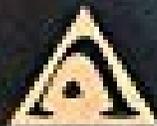
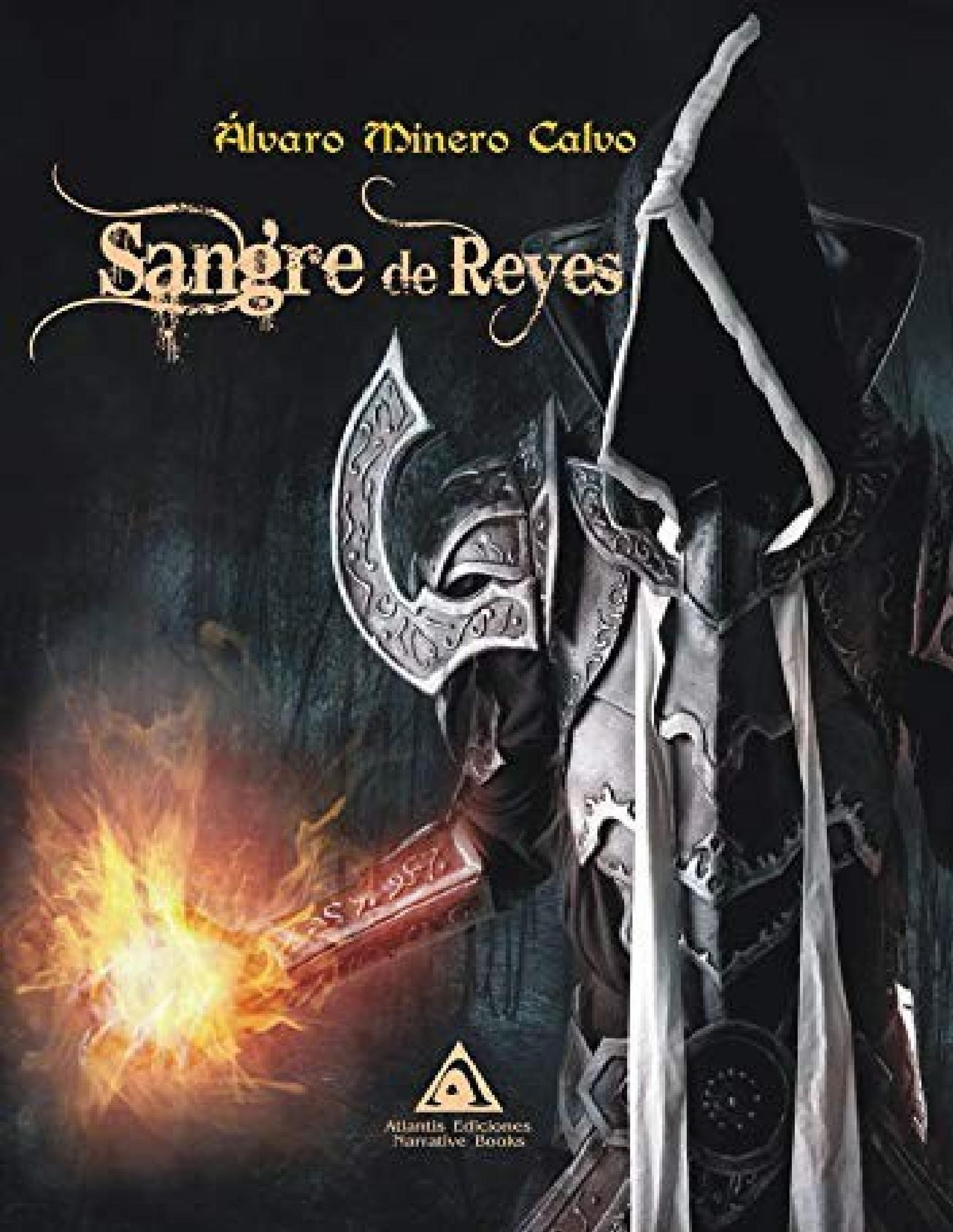


Álvaro Minero Calvo

Sangre de Reyes



Atlantis Ediciones
Narrative Books

Sangre de Reyes

Álvaro Minero Calvo

Primera edición Junio 2019 © Álvaro Minero Calvo

Agradecimientos

T.L,

Mi agradecimiento —y más siendo mi primer libro—, creo que debe ser primero para mis editores de Ediciones Atlantis por todo este trabajo que hay detrás de la publicación.

En segundo lugar quería agradecerle a mi novia Irene el ayudarme tantas tardes y noches para entregar el manuscrito a tiempo, corregir, promocionar y toda clase de cosas de redes sociales que jamás habría pensado que aprendería tan rápido si no estuviese a mi lado: gracias de corazón, cariño.

En tercer lugar quería agradecerles a mis padres, Antonio y Antonia, y a mi hermano Roberto el

estar ahí y apoyarme siempre, y sobre todo por que vieran bien algo tan difícil e incierto como es ganarse la vida con esto.

También querría agradecer a mis dos mejores amigos, David (alias Wolfy) y Mari, toda la ayuda que me han dado estos años y todo lo que me animaron a seguir y publicar, quiero decir que este día al fin ha llegado y por fin podéis leerlo.

Finalmente quiero agradecer en presente, pasado y futuro a todos los que me habéis animado alguna vez o a los que vayáis a leer el mundo que con tanto mimo y esfuerzo he creado, quiero que sea tan vuestro como lo es mío.

GRACIAS POR TODO.

7

Capítulo 1 El

principio del pasado

a nieve descendía del cielo lentamente sobre los cansados pinos y abetos. Los osos se aletargaban Ljunt o a sus crías bajo pequeñas madrigueras para pasar la etapa invernal. Las hormigas se habían preparado para este momento recogiendo grano durante todo el año; el invierno había caído sobre la región y el reino de Fósfor se preparaba para tan duro periodo...

El mundo de Argentor estaba en calma. Los magos servían en las cortes de poderosos reyes. Miles de aventureros buscaban tesoros en lugares llenos de temibles bestias. Los gremios de elfos artesanos, sabedores de la forja mágica, creaban las armas con las que se harían grandes hazañas o se cometerían los más terribles crímenes.

Parecía que el mundo avanzaba hacia una era de paz y armonía que en verdad inquietaba a todos y cada día se hacía menos creíble, pero dejémonos de detalles sin importancia.

Esta historia comienza conmigo y mi maestro Granis, mago de la corte del rey Argeos, con quien fui a entrenar a los Montes de Pontos, al norte de Fósfor.

La luz del ocaso se reflejaba en la llanura desplegando vivos colores de un otoño que ya estaba agonizando, los conejos se escondían ya en sus madrigueras ante la inminente salida de las bestias nocturnas, y una tenue brisa acariciaba 8

los montes como la mano de una madre sobre su recién nacido.

Construimos una pila llena de ramas y hojas secas e hizo un gesto con su bastón mientras decía: *¡SEGLORUM*

FATUA PIRA! y de pronto unas llamas salieron de sus manos creando un vivo fuego, el cual devoraba las hojas y ramas secas por segundos.

—Joven alumno, este hechizo lleva generaciones en mi familia, hace milenios se lo entregó un descendiente del mismo rey al que sirvo yo ahora a mi antecesor en una época oscura para el mundo —dijo con un tono que invitaba a mil preguntas.

—¿Una época oscura para el mundo? —dije con los ojos iluminados por el reflejo de las llamas y sus palabras.

—Veo curiosidad en tus ojos. Esta historia que te contaré implicó a todo el mundo conocido, a múltiples reinos, luz y oscuridad. Solo quedan algunos libros que la contengan, y pocos son los monumentos de aquella época los que han llegado a nuestros días.

—¡Maestro! Acorta los preámbulos, por favor, que no quiero dormirme antes de que cuentes una

historia así —dije entre risas y viendo su evidente enfado en el rostro.

—¡Serás insolente! —exclamó propinándome un golpe en el cogote—. Las grandes historias van seguidas de grandes preámbulos, si no , no merecen ser contadas, pero de todas formas comenzaré a relatarla:

Hace milenios, hombres y seres mágicos convivían en paz en un mundo lleno de las más nobles razas que nunca se llegaron a imaginar.

9

Estaba dividido en múltiples reinos y territorios sin conquistar; los reinos humanos Crecia y Fósfor, los únicos bastiones donde la raza humana había logrado sobrevivir y prosperar; los reinos subterráneos de Arcram y Lívlinzor, coaligados entre los enanos y las águilas por una antigua guerra, y el reino élfico de Astratia, conocido por su forja y sus hábiles arqueros.

En oposición existían los reinos oscuros, como el de los orcos, Altroth, conocido por ser un reino formado por bandidos y mercenarios; el reino de los elfos oscuros, llamado Lilith, que según la leyenda su fundadora y primera reina se llamaba así; y el reino alado de las mantícoras, Hordone, formado por esas terribles criaturas astutas que se aliaron con los orcos para tener mutua protección.

Por aquella época estaban en paz y armonía pero... un archimago elfo echado de la corte del rey de Astratia por experimentar con elfos para sus fines invocó al Dios de la muerte Zagmahor, señor de los no muertos, para vengarse del reino élfico. Para su mala suerte necesitaba para venir a este mundo el horrendo dios necesitaba el cuerpo y la conciencia del archimago para poder vivir.

Tomó su cuerpo, y de las entrañas de la tierra salía un olor putrefacto; la tierra rezumaba sangre que tomaba formas. Miles de ojos rojos con cuerpos negruzcos nacieron de ésta, y una nueva raza fue creada. Serían conocidos con miedo posteriormente por el nombre de «huecos», por no contener ningún tipo de órgano en su interior.

Formado ya el ejército de Zagmahor fue a atacar Astratia. El reino élfico, sorprendido por tan terribles criaturas, perdió la batalla rápidamente, pero logró repeler 10

a Zagmahor y a los huecos al recibir la ayuda militar de los reinos humanos y subterráneos.

Zagmahor entonces, junto a su ejército, comenzó a conquistar a los reinos oscuros uno a uno para asegurarse su apoyo y atacar de nuevo; los orcos, los elfos oscuros y las mantícoras estaban ahora bajo su mando, y la guerra entre los reinos oscuros y los reinos llamados «sagrados» tomó

proporciones magnificadas por la cantidad de sus contendientes.

Los cinco reyes, mediante la magia arcana élfica, crearon con su sangre mágica un ser de increíble poder de apariencia femenina a la que llamaron «Ardana». Ésta luchó contra Zagmahor y fue el único ser que logró penetrar su piel, pero no consiguió matarlo del todo, sino que lo selló en cinco reliquias.

Acabado Zagmahor, los reinos oscuros no tenían razones para luchar, y se retiraron rápidamente, mientras que los huecos vagaban por el mundo sin propósito, como espectros silenciosos.

Las cinco reliquias se escondieron en los cinco reinos; cada una custodiada por un rey.

Pero años después, el rey de Crecia, Arthos, por sus ansias de conquista, atacó al reino de Fósfor, siendo éste conquistado; pero la reliquia que allí se custodiaba desapareció en el asalto, y el su rey junto a varios ciudadanos supervivientes lograron huir a las montañas, formando en un lugar apartado del mundo que nadie conoce un nuevo Fósfor.

—Por esta noche es suficiente, mi insolente alumno. El resto deberás investigarlo en la biblioteca del castillo por 11

haberme interrumpido —dijo mi maestro en tono burlón mientras apagaba el fuego.

—Pero maestro, no me deje con las ganas, que fue un error inocente y sin importancia... —le pedí mirándole insistentemente.

—No se hable más. Si tanto quieres saberla, léela en la biblioteca del castillo; el libro se llama como la chica de la leyenda, «Ardana».

—Como usted diga, maestro...

—Ya podría ser usted más razonable —dije entre murmullos por lo bajo.

El maestro se metió en la tienda mientras yo me quedé mirando al cielo, maravillado; una infinidad de luces, la oscuridad sin fin, la luna llena brillando en el firmamento incesante desde el principio de los tiempos; miraba esto con tanto asombro como miedo, y me fui a la tienda pensando en la historia que me acababa de contar.

Ilusionado, dormí esa noche pensando en que descubriría la continuación al día siguiente.

12

Capítulo 2 Investigando el pasado or la mañana pusimos rumbo al castillo, y fui corriendo a la biblioteca de éste sin demorarme más, pues ya había esperado demasiado.

P Ya que mi maestro dijo que era una historia bastante olvidada y que sólo quedaban unos pocos libros, fui a la parte más antigua de tal reserva de libros. Se respiraba el polvo en el aire acumulado durante décadas, centenarios o quizás más tiempo. Las pilas de libros se erguían imponentes; pilares no sólo de libros, sino de recuerdos acumulados durante tanto tiempo que no se sabe cómo llegaron a aquel lugar.

Allí me encontraba yo, buscando uno entre miles. Fui hasta la zona de libros de historia general del mundo, y mientras buscaba, me choqué contra un hombre. Era bastante alto y corpulento, de raza élfica y cabello totalmente blanco.

Al chocarme, cayó un libro desde lo alto de la estantería, y el elfo lo cogió evitando que me cayera encima.

—Lo siento, señor, discúlpeme —dije avergonzado por el ruido que había formado y el tropezón.

—No pasa nada muchacho, pero ten más cuidado. Ha podido caerte esto en la cabeza... Mmm... «Ardana»... la primera vez que veo este título. Bueno, voy a ponerlo en su sitio.

—¡No, señor! ¡Es el libro que estoy buscando! —grité sin darme cuenta del alboroto que estaba formando.

—Chico, ¿no te enseñó tu maestro que no se debe hablar alto en una biblioteca?, esta juventud de hoy en día es demasiado enérgica... Bueno, aquí tienes el libro —dijo con 14

un tono replicante parecido al que había escuchado apenas el día anterior.

—Perdóneme... Gracias por ayudarme —dije despidiéndome del amable elfo y yendo a una de las mesas donde leían los magos.

Abrí el libro, y más o menos por la mitad estaba donde me dejó en ascuas mi maestro el día anterior. Comencé a leer.

Capítulo 3 Robando el secreto del mal

an pasado mil años desde esa fatídica época, y la reliquia de Fósfor sigue perdida. Un saqueador ha He ntrado en el templo de la diosa de la guerra, Arnette a la cual la gente daba tributos para mantenerla dormida y así evitar las guerras como la de hace mil años.

Aquel hombre, sabiendo esto, fue a robar esos tributos, y se adentró en el templo. Era una construcción labrada en la roca, al fresco. Ingentes columnas de varios metros de alto adornaban la entrada, y dos enormes estatuas de la diosa custodiaban la puerta. El interior del templo se

construyó aprovechando una cueva que no se sabe cuándo se formó.

Los tributos estaban en la parte más profunda de ésta, en el altar de la diosa.

El saqueador era un humano de una altura moderada, ni muy alto ni muy bajo, con ojos de un azul misterioso, casi hipnótico, y el pelo largo con un tono color castaño que recordaba al color de las hojas secas que caen en otoño. Una pequeña hada le seguía a todas partes, con ojos ambarinos, largas alas y pelo de un cian brillante que nada tenía que envidiar al azul de las profundidades del mar; su nombre era Barsine.

15

Los dos recorrieron el camino durante varios minutos y él piso algo blando en el suelo, eran excrementos.

—Mmm... Excrementos... Son tan grandes que tengo miedo a lo que me tenga que enfrentar...

—Tranquilízate amo... Sé que lo harás bien, con la suerte que tienes... —rio la burlona hada entre carcajadas.

Después de caminar unos minutos más, vieron varias luces; había antorchas, y al final del camino se vislumbraba una gran placa de piedra adherida a la pared de la cueva. Era el final del camino. Corrieron hasta quedarse delante de la placa y él leyó lo siguiente:

Si a ofrecer un tributo a la diosa Armette venís, bien recibidos seréis; pero si lo que buscáis es robar los presentes que le han sido encomendados a la diosa, lo lamentaréis, pues un terrible custodio hasta la muerte la protege.

Avanzad, sea cual sea vuestro propósito, golpeando la zona en donde este mensaje ha de acabar.

Vieron al final del mensaje una extraña marca en forma de media luna, y empujándola hacia adentro, ésta se hundió, y la placa de piedra fue retirada lentamente abriendo el camino hacia una gran sala.

La sala era ovalada, la pared estaba ornamentada con frescos de criaturas mitológicas, grifos, dríades, elfos, ents...

Y al fondo se veía una gran arca de piedra levantada por dos estatuas de la diosa como la de la entrada.

Las estatuas recreaban a la perfección la imagen de una mujer de cabellos largos llegándole éstos hasta la cintura, con una cimitarra en una mano, y la otra sosteniendo tan valiosa carga. El rostro estaba tan perfectamente esculpido, que 16

pareciera que se fuera a mover en cualquier momento, y detrás de éstas, al fondo, los frescos esculpidos en la pared acababan en la escultura de un horrendo monstruo.

Medía unos tres metros de alto. Tenía la cabeza de un gallo, una lengua viperina sobresalía de entre su intimidante pico, y un monstruoso cuerpo escamado como el de un reptil, con dos garras acabadas en alas similares a las de un murciélago. Por debajo de esta escultura, en el pedestal sobre el que se encontraba ponía:

«*βασιλίσκος*».

Ésta tenía dos enormes ojos rojos, y al acercarse al arca se escuchó una voz prominente de las

estatuas.

—¿A qué has venido, mortal?, ¿a rendir un tributo a Armette?, ¿o quizás a... robar...? ¡Responde, humano! —

dijo una de las estatuas con tono de superioridad.

—Yo... he venido a... ¡saquear todo cuanto contiene esa arca! —confesó el saqueador, llevado por la avaricia al ver los tesoros que contenía el recipiente.

—¡Que así sea, estúpido humano! ¡Acepta tu muerte con desesperación como lo único que sacarás de aquí! —dijo la otra estatua con una voz violenta y alterada, llena de odio.

La estatua del monstruo empezaba a desmoronarse, y esos rojos ojos comenzaron a emitir un brillo cegador. El saqueador pestañeó solo un instante, y al abrir los ojos, se encontraba su cara a escasos centímetros de la de un verdadero basilisco.

—¡Amo, el Basilisco! —gritó Barsine sobresaltada al ver a la temible bestia tan cerca.

El saqueador podía notar la respiración de la bestia encolerizada. Ésta fue a darle un zarpazo, y éste, sabiendo que todo lo que tocara el basilisco se convierte automáticamente en piedra, instintivamente sacó un gran pañuelo de su mochila y cubrió su garra en el momento en que este iba a desgarrarle. Instantáneamente el pañuelo se convirtió en piedra, y el hombre corrió rápidamente a por una antorcha para poder ver a la bestia mejor.

Ésta estaba golpeando su garra contra el suelo para romper aquel colgajo de piedra, se le ocurrió una idea al verlo; si todo cuanto toca se convierte en piedra, llegando incluso el efecto a quien la empuña... Debía atacarle con un arma hecha desde un principio con ese material.

—Entra, Barsine, aquí estarás más segura.

—¡Pero amo...! —dijo sin darle tiempo a acabar de hablar, ya que la metió en la mochila. Sacó de ella dos mantas larguísimas y un pequeño báculo con la punta verde; lo alzó, y comenzó a recitar un extraño hechizo.

—*¡Sigillum quinque portas!*

Éste brilló con intensidad, y salieron de él dos esferas verdes que entraron en las mantas.

El basilisco se abalanzó sobre el saqueador, y éste dio una voltereta por el suelo, pasando por un hueco sin cubrir por la bestia. Entonces lanzó las dos mantas sobre el inmenso cuerpo, terminado en la cola del basilisco.

Automáticamente éstas se convirtieron en piedra, y el hechizo surtió efecto, haciendo que fueran selladas al suelo, aprisionándolo a la fuerza.

18

Entonces, el saqueador le lanzó la antorcha y este ardió entre las llamas mientras trataba de zafarse y sacudírselas de encima.

El audaz hombre blandió el bastón y golpeó la mano de una de las estatuas de Armette, dejando caer una pesada cimitarra pétreo.

A duras penas lograba empuñarla e hizo acopio de todas sus fuerzas para correr hacia el basilisco en llamas, y rajándole en canal del pecho hasta la misma cola, tiñó el ovalado recinto de una pequeña capa sanguinolenta al tiempo que éste soltaba su último aliento en un agonizante grito desgarrador.

—Maldito monstruo... Me has dado más problemas de los que pensé, pero nunca te atrevas a menospreciar la inteligencia humana, porque eso ha sido tu fin —dijo en tono triunfante el ladrón.

—Ahora sal Barsine, ha pasado el peligro. ¿Has estado cómoda? —preguntó sarcásticamente mientras la sacaba.

—¿Tú qué crees? Amo, no sabes tratar a las damas con delicadeza... —replicó mirándole a los ojos algo aturrida.

Fueron directamente hasta el arca. Golpeó las dos manos de las estatuas que la sostenían, y ésta cayó al suelo, rompiéndose el recipiente y esparciendo por la sala su valiosa carga.

—Por fin... Mi ansiado tesoro... ¡Ja, ja, ja! —rio avaramente entre carcajadas.

Vio joyas de reyes que esperaban no guerrear con sus vecinos, adornos de mujeres que tenían perder a sus maridos en la batalla, y toda clase de objetos valiosos dejados allí por distintas razones, pero sus ojos se posaron especialmente en 19

un anillo color azabache con tonos rojizos que despedía un brillo hipnótico, y se lo puso.

Al salir del templo abrió su bolsa antes llena de trapos viejos y alguna que otra arma, y ahora repleta de joyas. Se le ocurrió una idea, iría a la corte del rey y vendería cada joya por el doble de su valor a los nobles del castillo.

—Barsine, vayamos a Crecia a estafar a los nobles, nos haremos ricos... con nuestra propia fuerza... —dijo con tono melancólico recordando un desagradable recuerdo, y con esta ambiciosa idea en la cabeza pusieron rumbo hacia el único territorio humano que quedaba.

Debían pasar por el camino de las ondinas¹ para llegar hasta Crecia, un peligroso paso que corta en dos el gran lago Ondeón.

Prosiguieron el camino, y detrás de las montañas de Bordemir, que es donde se encontraba el templo, se extendía un amplio valle que daba al lago.

La verde hierba adornaba todo el valle dando sustento a las cabras de los pastores que pasaban. El alegre piar de los pájaros parecía alejar el horror de la batalla pasada, y unos metros más adelante del camino, junto a un frondoso roble, había un gran carro con dos caballos; uno blanco, 1 . Las ondinas son moradoras de lagos y mares, terror de pescadores y viajeros. Son una variedad de ninfas, con un cuerpo femenino azulado o verdoso, con los dedos de las manos y pies palmeados, las orejas puntiagudas como los elfos, y los cabellos rubios o verdes.

Cuenta una vieja leyenda que las ondinas no poseen alma, y la única forma de encontrarla es casarse con un humano y tener con éste un bebé; pero en consecuencia, son más sensibles al dolor y los celos, por lo que suelen asesinar a sus maridos ahogándolos, al ser capaces de crear corrientes de agua.

20

hermosísimo con la crin marrón, y una yegua negra con la crin del mismo color. Detrás del carro había unas mesas y sillas, y un grupo de gente estaba comiendo. Al saqueador se le antojaron mercaderes por sus exquisitas ropas y las grandes mochilas cargadas de provisiones que llevaban, así que decidió negociar con ellos.

—Perdonen, buenas gentes, ¿ustedes son mercaderes?

Y de ser así... ¿Serían tan amables de llevarnos con ustedes?

No tiene por qué ser gratis, por supuesto —dijo sacando uno de los saquitos de joyas que había preparado para imprevistos como este.

—Amo, ese lenguaje tan culto no le pega, ji, ji... —

reía burlonamente Barsine por lo bajo.

—Por supuesto que somos mercaderes joven señor, nuestro gremio se encuentra en Crecia, e íbamos a reabastecerlo de mercancías procedentes de Astratia. Son bienvenidos en nuestro humilde carro hasta que llegemos a nuestro destino —dijo sin quitarle en ningún momento el ojo al saco.

Esperaron a que acabasen de comer, y metiéndose en el carro se pusieron en marcha. No pasó mucho tiempo hasta que se vislumbrara cada vez más cercano el gran lago Ondeón, llamado así porque nació hace miles de años la primera y única ondina macho, a la que llamaron de esta forma. El lago era tan inmenso que podría confundirse con el mar; el sol buscaba refugio entre las montañas y poco a poco oscurecía, por lo que pequeñas luces revoloteaban sobre el agua en una danza mágica, eran luciérnagas. El saqueador y Barsine se quedaron mirándolas fijamente y 21

notaron que unos metros más adelante, en el paso de las ondinas, las luciérnagas rodeaban un punto concreto en el agua sin acercarse.

—Oh no... Más problemas no... —dijo el saqueador desganado, intuyendo lo que iba a ocurrir.

Una gran corriente de agua salió disparada del punto que vieron y un hombre salió despedido de ella, yendo a caer sobre el saqueador. Era un hombre viejo, de unos 50 años o más por su canoso y enclenque aspecto. Parecía que no respiraba; eso solo podía significar una cosa: las ondinas. De pronto asomó por el vasto lago una cabellera femenina que inmediatamente miró al saqueador que sostenía al hombre, y su mirada se volvió de repente fría. Lanzó un indescriptible grito, y abriendo la boca, dos hileras de dientes se entreveían amenazantes.

—¡Devuélveme a mi marido! —gritó furibunda la ondina al tiempo que, metida en una corriente, fue a embestir el carro. El saqueador se ató a la espalda al hombre y saltó fuera del carro para no dañarlo más, la acuosa criatura fue directamente hacia él golpeándolo violentamente y cayendo este al agua.

La ondina fue a morderle el cuello y separarlo en dos para acabar con lo que se interponía entre su marido y ella, pero vio el león fósfor, símbolo del antiguo reino tatuado en él. La ondina entonces sacó rápidamente al saqueador junto al hombre y los puso a salvo en tierra. Cuando éste despertó, la ondina había absorbido el agua que habían tragado él y su marido, salvándoles la vida.

22

—Perdóneme, perdóneme, no sabía de dónde procedía, es una vergüenza lo que le he hecho, debería matarme en este mismo instante... —dijo profundamente apenada y avergonzada.

—No te preocupes Ondina, es normal que después de tanto tiempo sea difícil reconocernos, pero más importante, no intentes matar a este hombre, seguro que fue un malentendido —dijo restándole importancia al asunto.

—Con lo que les debemos y ahora esto... No se preocupe, no mataré a este hijo de... Marido, recuerde que siempre que necesite algo tiene a todo el lago como aliado después de aquello...

—No te preocupes por eso, con que lleguemos sanos y salvos a Crecia me doy por más que satisfecho. Ahora vete con tu esposo y cuídale —dijo el saqueador mientras la ondina se sumergía en las aguas con él.

—¿Aquello...? —preguntó uno de los mercaderes extrañado.

—Um... ¿Quieres saberlo? Luego te lo contaré, si así lo quieres, pero... si se lo dices a alguien, a quien sea, tu vida no durará mucho —amenazó sutilmente al mercader con una sonrisa vacía.

—¿Pero qué...? Pero... Adelante, cuéntame —dijo pensando en los beneficios que podía sacar de esa información.

Todos se metieron en el carro menos ellos dos y Barsine, y el saqueador comenzó a hablar:

—Hace mil años, cuando las tropas de Zagmahor atacaron los cinco reinos, el lago Ondeón fue atacado y las ondinas estuvieron al borde de la extinción. Pero Fósfor 23

defendió este territorio y, por si fuera poco, entregó a 100

hombres del ejército a las ondinas como esposos para salvaguardar la especie a cambio de una alianza con ellas.

Esa alianza se ha mantenido hasta nuestros días, siendo Fósfor un reino que sobrevivió y fue reconstruido en un lugar que sólo conocen las ondinas y que no debe ser revelado a nadie más. La ondina no me ha matado porque ha visto el símbolo de los de mi linaje en mi cuello.

—Y si esto no debe ser contado... ¿Por qué me lo cuentas a mí? —dijo extrañado.

—Te lo digo porque no espero que nadie te crea, sería increíble creer que Fósfor sigue en pie después de mil años en algún lugar, pero... si alguien importante te creyese sabemos cómo encontrarte —amenazó de nuevo el saqueador.

—¿Quién es este hombre? —murmuró el comerciante para sus adentros.

Los tres entraron en el carro y la marcha prosiguió. La ondina avisó a sus compañeras, y a medida que avanzaba el carro, se las veía saltar por el agua haciendo extrañas danzas, arropadas por la noche e iluminadas por un mar de luciérnagas en un mágico espectáculo. En el horizonte ya se empezaba a vislumbrar la gran muralla de Crecia, hecha por grandes sillares de piedra, y en sus altas torretas de vigilancia se podían ver a los centinelas señalándoles. Comenzaba a amanecer cuando llegaron a la muralla. Los soldados preguntaron:

—¿Quiénes sois y a qué venís, viajeros!?

¡Identificaos! —gritaron desde lo alto.

24

—Somos del gremio de comerciantes de Crecia. Aquí puede ver la insignia del gremio que llevo al cuello —dijo mientras sacaba del cuello un colgante con el símbolo de un dragón rodeando una gran espada.

—Veo que decís la verdad. Pasad por aquí, comerciantes —les invitó mientras daba una señal a varios hombres abajo, encargados de abrir las puertas mediante un sistema de poleas. Las imponentes puertas se abrieron de par en par lentamente dejando ver montones de callejuelas empedradas, preciosos jardines llenos de naranjos, mercadillos con las más variopintas mercancías y, por fin, una posada. El saqueador y Barsine se despidieron de los comerciantes, pero antes les dio lo acordado: un saquito repleto de joyas; y fueron hacia la posada.

—¿Por qué les has dado semejante fortuna maestro?

Creo que merecían menos cantidad que un saco tan grande

—preguntó el hada.

—Muy sencillo, Barsine. Tasé las joyas y les di las de menor valor, además de meter varias rocas en la bolsa para aparentar que había más en ella —rió con una sonrisa pícara.

—¡Serás bribón! Pero eso es lo que me gusta de ti —acompañaba en la risa a su maestro.

Entraron en la posada y sacó un anillo de oro con una gran esmeralda en su cúspide.

—Con esto bastará para darnos alojamiento y comidas para una semana. Quédese el cambio y... mándeme un médico... —dijo mientras se derrumbaba en el suelo por las heridas causadas por la ondina.

25

Capítulo 4 El

principio del fin

a luz del sol comenzó a traslucir por la ventana poco a poco hasta bañar la cara del chico con cálidos haces.

L Se escuchaba piar a los pájaros

melodiosamente buscando granos de pan por las calles. Los mercaderes anunciaban con jolgorio sus nuevas mercancías, las cuales traían de lugares lejanos, y tanto es el alboroto que se formó, que el saqueador abrió los ojos de par en par. Con una mueca rabiosa se asomó a la ventana y entre gritos les hizo enmudecer. De repente la puerta se abrió, dando un portazo contra la pared; Barsine había entrado bruscamente al escuchar los gritos, y llorando se agarró a su ropa.

—¡Maestro! Snif, snif... ¡Pensé que iba a morirse...!

Snif, snif... ¡Menos mal! —gritó entre sollozos.

—Tranquila Barsine, no puedo morir sin haber hecho tu sueño realidad, ¿no crees? —dijo con voz tranquilizadora, notando unas grandes ojeras en su cara.

—Maestro... No diga esas cosas... —murmuró visiblemente avergonzada.

—Más importante que eso, ¿cuánto tiempo he estado dormido?

—Has dormido cuatro días, cogí una parte de las joyas y pague al mejor médico de la ciudad. Le preparó unas vendas con un ungüento cicatrizante para las heridas de la ondina y usó una medicina rara de encontrar, el remedio de 27

fierabrás, que he ido dándote cada noche, maestro... —dijo secándose las últimas lágrimas.

—Cuatro días... Y unas curas tan perfectas... Me pregunto quién sería ese hombre, y Barsine, muchas gracias... —dijo mientras acariciaba su cabeza.

—No haga eso maestro, que no soy una niña... —

respondió ruborizada.

Desde la ventana se veía una vasta torre de piedra con un gran reloj a lo alto, el cual marcaba las once de la mañana.

El saqueador dijo:

—Barsine, pongámonos manos a la obra, que hemos perdido demasiado tiempo ya.

—¡Empecemos!

Se puso unas caras ropas que compró Barsine en los días que estuvo inconsciente. Una capa de piel de tigre blanco, unos zapatos de brillante cuero negro y un broche de oro robado del gremio de comerciantes, que seguramente engañaría a los nobles, y para finalizar, un largo estoque por si se complicaban las cosas. Salieron de la posada y atravesaron una larga callejuela empedrada, la cual terminaba en una gran plaza, en la que una marmórea fuente estaba coronada por una estatua del rey apuntando al cielo con su espada. El saqueador se quedó un rato mirándola y prosiguió la marcha. Pasaron la plaza y avanzaron por un estrecho paso en el que la gente mendigaba; mutilados de guerra que no podían trabajar por sus condiciones, niños huérfanos demacrados por el hambre, prostitutas y demás gente marginada vagaba por allí. Procuraron no mirarles, pasando de largo, porque no podían hacer nada por cambiar 28

su situación. Llegaron por fin a los portones de roble revestidos de hierro para evitar un incendio ante un posible asedio. Los torreones se alzaban imponentes sobre las murallas del inmenso castillo queriendo tocar el cielo. Una gran multitud esperaba audiencias con el rey delante del portón, que por su forma de hablar, sus ropajes de seda y los olorosos aceites perfumados que se olían a cierta distancia, denotaba su título nobiliario.

Pasaron un par de horas y por fin llegaron hasta dos centinelas que custodiaban la entrada.

—¿Qué asuntos tenéis con el rey, ciudadanos? —

Preguntaron al unísono como si se tratasen de dos autómatas movidos por la misma fuerza.

—Somos los comerciantes que hace unos días entramos en el reino. Traemos objetos de recónditos lugares para vendérselos a nuestro rey y sus nobles. Estamos aquí con ese fin, si nos dejan pasar. Pueden comprobar la mercancía si quieren —dijo sacando el broche mientras su otra mano invitaba a que le abrieran la mochila.

—No importa, comerciante, nos fiamos de ustedes...

¡Podéis pasar dentro! Pediremos que os acomoden y os den todo lo necesario para vender en palacio —dijo uno de ellos intimidado por lo que le pasaría si dijese la verdad y no les dejara pasar.

—Muchas gracias, son muy amables, cobardes... —

murmuró bajito Barsine entre risas.

Entraron dentro del castillo siendo escoltados por un guardia y miraron con interés su fastuoso interior: Blancas baldosas de costoso mármol recubrían todo el suelo del castillo, tan limpias que podían reflejarse en ellas 29

cual espejos. Largos pasillos se extendían infinitos ante sus miradas, y a sus lados los adornaban montones de cuadros que representaban realistas escenas de caza y personajes de la realeza pasada, de los fundadores del reino de Crecia, los cuales dejaron el majestuoso castillo como legado. Al pasar el largo pasillo por el que caminaban, un amplísimo patio se abría entre ellos. El

guardía que estaba delante se detuvo y les dijo:

—Esperad aquí mientras aviso al rey de vuestra llegada.

—No hay problema, estaremos esperando —dijo el saqueador mientras el guardia entraba por unas grandes puertas a una inmensa sala, la cámara real.

—Ven conmigo Barsine, te necesito para algo —dijo con una pícaro sonrisa.

—¿Qué quieres, maestro? ¡No me cojas tan fuerte...!

—dijo mientras él la agarraba con su mano, y la sostuvo hasta la altura del ojo de la cerradura.

—Quiero que me digas cuanto veas y escuches de lo que pasa dentro.

La pequeña hada comenzó a espiar y vio al rey. Era un hombre con unos oscuros ojos almendrados, de tez bronceada por el sol, y su largo pelo negro estaba marcado por algunas canas, el cual estaba culminado por una corona de un azabache misterioso con incrustaciones de oro. Por estos rasgos tendría una edad aproximada de cuarenta años.

Su porte era elegante y distinguido. Su cuerpo estaba bien formado, mostrando una musculatura poderosa. Iba ataviado con telas que relucían al brillo del sol, mostrando las excepcionales habilidades artesanas de su pueblo.

30

—¿Dices que vienen unos mercaderes a venderme sus valiosas mercancías? —dijo el rey con algo de interés.

—Si, su majestad. Por sus vestimentas se podría decir que han viajado mucho y puede que traigan cosas interesantes. Es posible que a usted le agraden.

—Mmm... En la noche de hoy había organizado una fiesta con los nobles para honrar las buenas cosechas del año... —murmuró el rey para sus adentros.

—Muy bien, déjales que se queden esta noche a dormir en el castillo y manda que les traigan lo que necesiten para vender en la fiesta —ordenó al guardia.

—Maestro, ¡que viene el guardia! Aléjese de la puerta conmigo, ¡rápido! —Habló Barsine alarmada.

El guardia salió de la puerta sonriente e inmediatamente le preguntaron con interés el resultado de su visita.

—El rey os ha concedido el privilegio de vender vuestras mercancías entre los nobles en la fiesta de la cosecha; ésta se celebrará por la noche en palacio.

—¿Esta noche? Es... repentino, pero lo haremos. Debe prepararnos en el salón de baile unas vitrinas, y por la noche disponga a un hombre que anuncie nuestros servicios entre los nobles.

—Se hará lo que usted ha mandado, mercader. Pueden esperar hasta la noche visitando las estancias del castillo.

—Será todo un honor para nosotros hacer eso, se lo agradecemos profundamente —dijeron tanto el saqueador como Barsine mientras el guardia se alejaba con prisas para completar los preparativos.

31

Los dos se fijaron en la cantidad de armas que había esparcidas por el gran patio en el que se encontraban. Pocos minutos después, una docena de guardias entró y formaron una fila bien alineada en la que cada uno de ellos cogió un arma y se puso a entrenar con ella. Cada hombre llevaba puesta la armadura oficial del castillo, que consistía en un sencillo casco labrado en bronce con plumas blancas adornando el morrión, junto a una gran visera que facilitaba la visión en caso de batalla. Unas amplias grebas del mismo material, pero forradas por dentro con pieles, otorgaban comodidad y evitaban así que los soldados pasasen frío. Una coraza hecha por entero de placas de una aleación de bronce y hierro cosidas entre sí que conferían mayor movilidad y agilidad al pesar menos. Por último, sus espadas reglamentarias descansaban sobre unas vainas de plata carísima con el símbolo del reino, el halcón conquistador de Crecia, que según la leyenda, el primer rey, su fundador, era un cazador que guiado por su halcón encontró un terreno válido para arar y cultivar al que fue trayendo a su familia y más gente, formando una aldea que poco a poco fue creciendo hasta convertirse en lo que era hoy.

Barsine y el saqueador decidieron dejarles entrenar en paz y fueron a visitar los torreones del castillo. Salieron del patio y caminaron por un pasillo hasta una gran sala circular rodeada de estanterías repletas de libros. Una inmensa escalera de caracol rodeaba la amplia sala en cada giro, subiendo hasta lo que parecía uno de los torreones del castillo. Ambos subieron por ésta y llegaron a lo alto del torreón. Era una modesta sala con el techo pintado de negro, con montones de estrellas lucientes, de entre las que

destacaba el imponente sol en uno de los laterales, y en el contrario, la nívea luna. Habían entrado en el planetario del castillo. El saqueador miró por una de las grandes ventanas del planetario y dijo entusiasmado:

—Mira Barsine, no te pierdas esto.

—¿Qué pasa, maestro? ¿Pero qué...? ¡Es precioso! —

gritó la pequeña hada viendo un verdadero mosaico de ciudad. Desde lo alto del torreón se podían vislumbrar jardines llenos de exóticos frutos; la ciudad entera parecía tapada por las copas de los altos árboles. Al lado de ésta no había campos que arar, ya que la misma ciudad era un campo de cultivo. Empezaba a oscurecer y las luces comenzaban a brillar por todo el reino. Montones de antorchas con sus cálidos brillos conferían a toda la ciudad un brillo mágico.

—Vayamos al salón de baile, Barsine. Comienza ahora el verdadero trabajo —sonrió repentinamente el pícaro saqueador.

Los dos bajaron por la larga escalera de caracol como vinieron, silenciosamente, como si nunca hubiesen estado allí. Pasaron la inmensa biblioteca de la sala y recorrieron el pasillo ahora arropado por la luz de las antorchas. Entonces, una dulce melodía iba sonando en sus oídos a medida que se acercaban al salón de baile. Llegaron al amplio patio y una larga fila de nobles esperaba junto a la gran puerta, por la cual espió Barsine horas atrás. Dos guardias les pedían sus

invitaciones para dejarles o no entrar en la fiesta.

Rápidamente el saqueador sacó la insignia del gremio robada, y los guardias les dejaron pasar al interior de la gran sala. Al abrir las puertas, una inmensa luz les cegó por un 33

momento, y se descubrió ante ellos una sala inmensa iluminada por grandes lámparas de aceite colgadas del espacioso techo, descubriendo las figuras de docenas de personas enmascaradas bailando al son de una extraña música. Ésta era tocada con flautas hechas de cuernos de ciervo por hombres ataviados con unas extrañas ropas confeccionadas únicamente con hojas. Entonces, dos hombres hicieron sonar sus trompetas a la llegada de la peculiar pareja, y haciendo tocar sus ruidosos instrumentos.

Las flautas cesaron y los nobles enmascarados miraron inmediatamente hacia la puerta por donde acababan de pasar.

—Nobles gentes de Crecia, con motivo de la excelente cosecha de este año y el favor de nuestro magnánimo rey, les anunciamos que durante esta velada, estos ricos comerciantes les han traído las más valiosas mercancías que el mundo ha conocido para que valoren y lleven a su gusto tales alhajas dignas de un rey —anunciaron al unísono los dos trompeteros entre aplausos de aprobación.

—Maestro, nos están anunciando tan bien que la estafa saldrá a pedir de boca. Podremos sacar el triple por lo menos... Je, je, je... —murmuró entre risitas Barsine al saqueador.

—Chsssst... Barsine, no hables tan alto y preparémonos, que ahora empieza lo complicado —dijo el saqueador mientras colocaba en las vitrinas preparadas por los guardias las joyas robadas. Se acercaban curiosas las nobles hacia estas, deseosas de presumir ante las demás de tener la joya más cara, mientras sus maridos se preocupaban por sus excesos sin poder hacer nada. El saqueador de entre 34

la maraña de mujeres vio a un grupo de hombres mirando indecisos las vitrinas destinadas a los anillos.

—Nobles crecianos, ¿qué buscan con tanta indecisión?

Si me permiten, podré ayudarles con sus dudas —dijo formalmente el pícaro.

—Verá, buen mercader. Todos nosotros, los cinco que aquí puedes ver somos hijos de la misma madre en el mismo sol, y por si el destino no fuese ya tan caprichoso como para que una mujer engendre cinco varones en un solo parto, igual suerte corremos cada uno en este mundo —dijo mientras él y sus hermanos se lamentaban por sus palabras.

—Pero mis buenos señores, aún no sé de qué padecéis y ya mismo quiero oírlo para sanar lo que les aflige —

parrafeó el astuto saqueador sobre tal parrafada bien calculada.

—Pues... hablo por todos mis hermanos al decir que cada uno de los que estamos aquí tiene en su

corazón una sola mujer, pero lo que tanto nos aflige no es sino que todos estos nobles corazones... aman a la misma dama... —dijo el pomposo noble mirándole con tristeza a los ojos.

—Y si tal dolor les aflige, mis buenos señores... ¿A que están esperando? Deberían estar cortejando a tal señorita que es capaz de enamorar a cinco hombres, y seguro que una buena proposición con un buen anillo les allanará el camino a tal privilegio como es gozar de sus amores —reía por dentro sin poder creer la sarta de tonterías que estaba diciendo.

—Es por eso que acudimos a ti, noble mercader, ya que tus ojos habrán visto tantas joyas... Qué mejor ojo que el de 35

un joyero. Necesitamos su recomendación para conquistar a la noble dama.

—Amo, me están haciendo vomitar estos nobles pedantes, déjeme a mí la elección de su anillo, que he tenido una gran idea... —volvió a susurrar en su oído, mientras éste le hacía un gesto de aprobación.

—En ese caso, le confío tal honor a los sabios ojos de mi ayudante Barsine, un hada que ha vivido como mercader más de lo que suman vuestras edades juntas y sabe lo que hace.

—¡Dejádmelo a mí! —gritó la entusiasmada hada.

—¿Deberíamos confiar en ella? Por sus gritos cualquiera diría que un orco pasarse por hada puede... —

susurró uno de los hermanos al mayor, que hablaba por ellos.

—Pensaba haceros una pequeña broma inocente, pero... me habéis hecho enfadar... —pensó el hada al haber escuchado lo que el hermano decía, mientras una malévola sonrisa le cambiaba su expresión por completo.

—Esperad, señores. Iré a buscar en el almacén del castillo el mejor de los anillos que tenemos para esta velada.

—Si nos complace la vista de tal anillo, con gusto esperaremos —dijo el mayor de los hermanos mirando intensamente a la pequeña hada.

Barsine salió por una de las ventanas volando y se fue directa al pozo del castillo, mientras su expresión volvía a tornarse en malévola sonrisa.

—Lo encontré... Je, je, je...

La pícara hada volvió por donde vino, y pasando por la ventana de la amplia sala, se posó sobre la mano del ansioso 36

mercader bajo la atenta mirada de los cinco nobles.

Descubrió un hermoso anillo con una esmeralda del tamaño del puño de un bebé recién nacido culminante en él.

—Esta impresionante joya que aquí ven fue robada del gran tesoro que guardaba un poderoso dragón. Ni mi maestro ni yo pudimos tener tanta suerte como la de salir vivos de tal peligro con tal joya, y como tal, vale más que nuestras vidas

—explicó Barsine aguantando la risa.

—Déjese de historias de dragones y tesoros y díganos cuánto vale tal maravilla, porque con ella conquistaremos a la dulce Ailith —respondió desesperado al ver la inmensa joya.

—Esta joya que aquí ven cuesta nada más y nada menos que 5.000 monedas de oro crecianas, un buen precio teniendo en cuenta lo que costó conseguirla —soltó Barsine mientras le guillaba el ojo al saqueador, que estaba boquiabierto por tal negocio.

Cada hermano pagó mil monedas a la avara hada, y con el anillo en mano se encaminaron los cinco hacia una joven de rubios cabellos, las caderas formando deliciosas curvas y un floreciente pecho que sobresalía del escueto vestido rojo sangre. Se acercaron a ella los cinco hermanos y el mayor de ellos comenzó a hablar:

—Mi joven señora, os vimos a usted, tal bella dama que cualquier padre tendría el orgullo de engendrar. Sola en una fiesta tan célebre y siendo esto así, nos acercamos para cortejarla apropiadamente —dijo convencido el mayor de los hermanos con tales pomposas palabras.

37

—Y, ¿tantos son los que a mí quieren cortejar? Sabed que no soy mujer más que de un hombre, el que esta noche me deba tomar algún día por esposa pero. Tal es mi alcurnia que no le será nada fácil —habló en presuntuoso tono la vanidosa noble.

—Créame mi señora que aun diciendo que venimos a cortejarla, sólo de los cinco aquí presentes yo debo hacerlo.

Los que aquí me acompañan son una mera escolta, pues mi alcurnia también es muy alta y mucho tengo que ofrecerlos.

—Pero será... —dijo el primero conteniendo los labios.

—Nos ha utilizado... —maldijo el segundo.

—Hermano... —suspiró el tercero.

—No me lo puedo creer... —dijo boquiabierto el cuarto.

—Creímos que eras noble en espíritu más que en cuerpo, hermano... —murmuraban perplejos sus cuatro hermanos entre maldiciones proferidas a él.

—Y bien, mi nobilísimo pretendiente, ¿qué es eso que decís poder ofrecerme? —preguntó con gran curiosidad la guapa pretendida.

—Con este presente os declaro mi total amor por vos, y ruego me lo acepte junto a lo que ello implica —soltó fríamente el primero de los hermanos.

—¡Oh, vaya! ¡Qué pedrusco! Joven señor, por supuesto que acepto. Tal joya sólo la podría merecer yo. ¡Mío eres y tuya soy! —exclamaba la dama maravillada—.

Póngame ese regalo de los dioses, se lo ruego —insistía mirando únicamente a la verde piedra.

38

El hermano fue lentamente a ponérselo en el dedo, cuando de pronto, un humo verde envolvió al anillo y sobre la mano de la joven un asqueroso sapo apareció de entre sus atónitos ojos, y estirando su larga lengua acarició la cara de la joven asqueada.

—¡Quitádmelo!

¡Quitádmelo!

¡Quitádmelo,

asquerosos y babosos engendros! ¡Sabía yo que esto no saldría bien! —chillaba agitada mientras le propinaba tal puñetazo en la nariz al primer hermano que dos tibias lágrimas carmesíes descendieron por sus nupias al tiempo en que éste caía sobre sus hermanos.

—Pero Ailith... Yo te quería... —murmuró mientras sus cuatro hermanos se acercaban a él con el ceño fruncido, y apretando sus puños se pelearon extendiendo tal alboroto por la sala.

—¿Lo ve, maestro? Hemos sacado lo que valdría una casa vendiendo un asqueroso sapo a unos ineptos como esos,

¡ja, ja, ja! —decía Barsine riendo de tal modo que sus mejillas estaban rojas y se quedaba sin respiración.

—Tienes mucha razón, Barsine. Te he enseñado bien, je, je...

El rey, que desde la gran sala estaba presenciando este cómico momento, esbozó una amplia sonrisa viendo a tales patanes pelear, pero ante tanto alboroto ordenó a los guardias que les echasen. Los nobles pataleaban y gritaban «¡Es culpa de los comerciantes, mi rey!» sin resultado alguno mientras este se fijó en el saqueador.

—¿Como...? No puede ser... Lo que tanto tiempo busqué... —dijo el rey para sí mismo mirando el negro anillo 39

que encontró el saqueador descansando en su dedo mientras se levantaba, y sacando su espada de la vaina así dijo:

—¡Esta fiesta acaba aquí! Uno de los que están entre nosotros tiene una de las reliquias de Zagmahor, es el comerciante que allí veis. Viene a por mi vida y la reliquia que custodio. ¡Guardias, matadlo y traedme ese anillo! —

gritó violentamente mientras los guardias iban hacia la pareja sorprendida.

—Este anillo es... Barsine, corramos, no hay que dejar que ese rey consiga el anillo aunque nos cueste nuestras vidas, ¡corre! —dijo el saqueador al tiempo que empujaba a un par de nobles que

intentaban inmovilizarlo, cayendo sobre las espadas de los guardias y siendo atravesados patéticamente.

El mismo rey iba a la cabeza y ante sus potentes gritos los guardias que custodiaban las puertas de la sala fueron directamente a por el saqueador. Éste, sacando su estoque, combatió con ellos en absoluta desventaja y mientras intentaban cortarle en dos, él hábilmente esquivaba los mandoblazos.

—¡Ahora, Barsine! —gritó apuradamente mientras Barsine comenzó a brillar intensamente, tanto, que los cegó a todos. Cuando el hábil saqueador se había tapado parcialmente con una manta para esconderse, vio de repente ante sus ojos volar un dedo con un precioso anillo azabache delante de él.

Una flecha acababa de seccionárselo y un agónico grito de dolor salió de su garganta, miró a su alrededor mientras otra flecha le pasó rozando la mejilla y rompiendo la manta 40

con la que se tapaba, trazó una delgada línea roja sobre su piel. Barsine no podía aguantar mucho más brillando, y el saqueador corrió como pudo, dejando atrás su dedo con el preciado anillo.

—Mi rey, ¡se han ido en dirección al torreón! He conseguido seccionarle el dedo que llevaba la reliquia, majestad —dijo el hábil arquero, ataviado por ropas negras y un arco hecho con astas de ciervo y flechas de marfil.

—Barsine, si no salgo de esta quiero que me hagas un último favor... —dijo con tono crítico mientras teñía el suelo con gotas escarlata.

—Maestro... No diga eso, vamos a salir de esta...

—Barsine, vamos al planetario y nos esconderemos allí hasta que pase el peligro y te lo explicaré mejor...

Ambos corrieron como bien podían, el saqueador sacó una piedra roja de su bolsillo y la agarró fuerte con su mano mientras subían la escalera de caracol hasta el planetario.

Empujaron los instrumentos de observación de las estrellas y varias estanterías de libros hasta la puerta para estar más seguros, y comenzó a hablar:

—Barsine, quiero que huyas por la ventana del planetario y que vuelas lo más rápido posible al lago Ondeón.

Allí busca a la ondina que me atacó y entrégale este anillo junto con el mensaje que acabo de escribir en sangre... —

dijo extendiéndole a Barsine los dos objetos.

—Maestro... No diga insensateces, vamos a salir de esta juntos... ¡Como siempre hicimos...! —gritó el hada llorando desconsoladamente mientras el saqueador la abrazaba. —Te quiero... Barsine... Y... sólo me arrepiento 41

de no haberte devuelto a tu forma original... —le susurró al oído al tiempo que tibias gotas recorrían sus rasgos hasta desembocar en el frío suelo.

—¡Maestro! Snif, snif... —lloraba el hada mientras se dieron un largo beso... Pero una gran bola de fuego atravesó la puerta, y las estanterías se precipitaron hacia ella, pero él se interpuso entre las dos.

—... Huye... Bar... —cayó al suelo herido de muerte mientras el hada, llorando, salía a toda velocidad del castillo por la ventana para dar el mensaje.

De pronto, el rey entró por la quemada puerta, esgrimiendo su espada aún candente por el hechizo lanzado, viendo al saqueador aún agonizante. Se acercó a él con un brillo demoníaco en los ojos y una sonrisa furibunda. Puso su malévola cara al lado de la suya hasta que pudo sentir una débil respiración menguante, y le susurró:

—Te contaré un secreto... Esa reliquia que tú poseías era especial, no es como las otras. Sirve para rastrear a las otras cuatro, y dado que ya poseía una, sólo tendré que encontrar tres más para obtener el poder de Zgmahor y resucitar a Clarise...

—Prepárate... Perro despreciable... Porque aunque yo muera, aún hay esperanza... ¡Fósfor limpiará el mundo de la sangre con la que lo vas a manchar! —gritó en su último aliento, y apagándose su vida, la piedra que portaba en su mano comenzó a brillar intensamente.

—Ese brillo... ¡Mierda! —se protegió como pudo con la espada llameante un instante antes de que la piedra

estallara, destruyendo el torreón y dejándole en pésimas condiciones.

Capítulo 5 Recuerdos de una promesa incumplida

lovía intensamente en el inmenso lago, las gotas parecían lágrimas infinitas cayendo de un paño de Lnube s que cubría el vasto cielo. La pequeña hada no había comido en dos días y tenía unas ojeras terribles, producto de haber llorado cada noche y haber perdido a su ser más querido.

Comenzó a despertarse y siguió volando hacia el lugar del lago en el que apenas cuatro días atrás había visto a su maestro, aún vivo, debatiéndose una vez más entre la vida y la muerte contra la ondina. Recordó entonces su pasado con él, cómo lo conoció y la promesa incumplida de éste.

Hace cuatro años, Barsine era una intrépida aventurera que se ganaba la vida buscando tesoros en mazmorras escondidas, buscando lugares inexplorados y viviendo una vida errante.

En uno de sus viajes encontró en el inmenso bosque de Oscbos a un gran grupo de personas que parecían peligrosas. Todas tenían un extraño tatuaje en el cuello y portaban ropas azules, dagas, y tenían sus caras tapadas por amplios pañuelos que les cubrían toda la cabeza a excepción de los ojos.

Llena de curiosidad les siguió hasta lo que parecía una inmensa cadena montañosa que partía el bosque. Se detuvieron ante una gran pared de piedra que se extendía delante de ellos y dibujaron entre todos un círculo mágico en el suelo con unos pequeños báculos. Barsine, que estaba detrás de unos arbustos, fue copiándolo de la misma forma 45

en el suelo. Acabado el dibujo, los hombres extendieron una vasta lona por encima de él y éste quedó grabado en ella.

Usaron un hechizo de sellado con la lona y se adhirió a la pared brillando intensamente el símbolo, y luego cayó ésta al suelo. La recogieron y tocaron la amplia pared que se deformaba cual líquido y pasaron a través de ella corriendo, hasta que instantes después, el símbolo grabado desapareció.

Barsine fue hasta la pared, y pasando la mano por ella vio que, efectivamente, no podía pasar. Pasó varias horas copiando el mismo símbolo que hicieron los hombres, y cuando lo hubo terminado extendió una gran manta por encima, y como horas antes había pasado, el dibujo quedó grabado en ella.

Cogió la manta, y como no sabía hacer hechizos, hizo una pasta con varias hojas y hierbas, pegando la manta con el símbolo en la pared. Ésta brilló intensamente, e instantes después, se despegó la manta, cayendo al suelo.

Barsine corrió y se metió dentro del muro cerrando los ojos fuertemente, esperando golpearse contra él.

Una larga cueva se extendía a lo largo de la oscuridad infinita y unas antorchas estaban clavadas

al lado de la pared de piedra. La cueva olía a podredumbre, y Barsine tuvo que taparse la cara con la manta. Avanzó poco a poco, viendo que el estrecho pasillo se ensanchaba y se dividía en tres, cuando escuchó un ruido horrible.

La valerosa chiquilla siguió el ruido por uno de los tres caminos pensando que habría algún monstruo custodiando un gran tesoro. El camino se ensanchaba cada vez más, hasta 46

que llegó a una gran sala. Alzó la mirada y se quedó horrorizada al ver el horrible espectáculo.

Los hombres que había visto entrar estaban siendo asesinados por una gran criatura, de aspecto humano pero con una inmensa concha formada por montones de espinas terminada en una gran cola, con tres espinas más grandes que sobresalían de ella. Sus ojos poseían un brillo negro intimidatorio y, además de los cuerpos de esos hombres, vio que había cadáveres de elfos, hadas, orcos y demás criaturas mágicas clavados a las rocosas paredes por luengas espinas.

Uno de esos hombres logró escapar por la parte trasera de la sala y desapareció por un muro similar al del inicio de la cueva. Barsine vio que los otros hombres que luchaban eran ensartados por las espinas de la cola del monstruo, y sus cuerpos se convertían en distintas razas. Uno se convirtió en un gran trol al que clavó aún vivo en la pared, desprendiéndose de una espina que al rato creció al instante.

La temeraria chica entró en la sala y el último de los hombres que quedaba con vida la vio.

—¿Quién eres? No te está permitido pasar por esta cueva. ¿Cómo has... el símbolo? ¡Nos viste!
—gritó encolerizado mientras alzaba su látigo contra la bestia.

—Sí, os vi, no sé lo que haríais o si vuestro objetivo era matar a este monstruo, pero... ¿Qué es más importante ahora? ¿Discutir? ¿O sobrevivir? —respondió la valerosa aventurera al tiempo que el monstruo lanzaba una lluvia de dardos sobre ellos mientras se resguardaban tras unas rocas.

—Argh... Tienes razón... Por ahora es mi deber que esta cosa no escape de aquí... Debemos encerrarlo con esas cadenas que allí ves...

—Entiendo... Pero, ¿qué clase de monstruo es? Nunca había visto uno así —dijo extrañada.

—Ese monstruo que allí ves es un arquílogo. Según las leyendas, los arquílogos fueron creados hace milenios por los dioses. Esta raza posee la habilidad de crear un veneno en su cola que maldice al ser al que le clava sus espinas, convirtiéndolo en un ser de otra raza. Hubo una guerra entre ellos mismos de la que salieron los distintos seres que hoy en día conocemos, incluidos nosotros. Podría decirse que son nuestro origen.

—¿Y qué hace un monstruo así en esta cueva...? —

preguntó sin darle tiempo a hablar, porque a dos centímetros escasos de su cara se había clavado una gruesa espina.

—He tenido una idea, pero tienes que ayudarme con tu espada. Entretenlo todo lo que puedas.

Los dos salieron rápidamente de las rocas al tiempo que éstas eran aplastadas por la enorme cola del arquílogo. La chiquilla sacó de su bolsa un pequeño arco y un bote con un extraño líquido verde dentro. El arquílogo, viendo que le apuntaba con el arco, se protegió con su dura concha de la flecha envenenada que le lanzó Barsine. El hombre entonces alcanzó con su látigo una de las cadenas mágicas, y el arquílogo, al escuchar su sonido, se lanzó furibundo hacia él.

El hombre no tenía escapatoria, iba a morir, y cerró los ojos llenos de rabia por su patético final. Pero al abrirlos la escena que estaba viendo era diferente. Barsine yacía, delante de él, 48

con su estómago atravesado por una larga espina, y ésta, alzando su arco con las fuerzas que le quedaban, lanzó una de las flechas envenenadas, que impactó en un ojo de la bestia.

El arquílogo comenzó a moverse cada vez más lentamente. El veneno paralizante hacía efecto y Barsine escupía sangre al tiempo que le daban incesantes espasmos.

Comenzó su cuerpo a disminuir en tamaño. Dos alas cristalinas sobresalían de su espalda, y sus orejas se tornaban puntiagudas. Se estaba convirtiendo en un hada.

Se le nublaba la mirada, no sabía que era realidad y que no y entonces vio un gran escudo delante de ella.

Eran varios hombres bien armados que por su apariencia parecían ser caballeros. Sus armaduras purpúreas relumbraban ante las llamas de las antorchas; sus inmensos escudos con grabados de escenas de lucha entre dragones y humanos brillaban imponentes; y sus largos bastones intimidaban a cualquiera.

—Somos la guardia real de Fósfor. Su mensajero consiguió avisarnos, nosotros nos encargaremos a partir de aquí, su al... —escuchó la recién convertida hada antes de desmayarse.

Los caballeros formaron un amplio círculo alrededor del monstruo y recitaron al unísono un extraño hechizo, al tiempo que alzaban sus bastones:

Θεέ μου σας προστατεύει βασίλειο μας , περιέχει

το κακό που μας στοιχειώνει για πάντα , με αυτές τις αλυσίδες *Phersep* επικαλούνται σας !

49

Dios mío protege nuestro reino.

Contiene el mal que nos persigue por siempre, Con estas cadenas Phersep ¡te invocamos!

Los ojos de los doce hombres brillaron con luz dorada; sus escudos levitaron formando un círculo en el aire, y como sus portadores, brillaban.

De ellos salieron unas nuevas cadenas mágicas que, moviéndose solas, se ataron a los brazos, al cuello, a las piernas, al costado y a la cola del arquílogo, y comenzaron a girar los escudos dejándole totalmente inmovilizado. Una vez hubieron hecho esto, se clavaron en las rocas del techo, cada uno en una dirección distinta. El arquílogo por primera vez habló en lengua arcana así:

—Αφήστε μου ανθρώπους, κάντε το ή θα το

μετανιώσετε! (*Soltadme humanos, ¡hacedlo u os arrepentiréis!*) —gritó en un último suspiro rabioso mientras les miraba desde lo alto de la cueva.

Las cadenas desaparecieron y el arquílogo ya no era violento, es más, obedecía a todo cuanto decían los caballeros misteriosos.

—Ya hemos controlado al custodio de nuevo. ¿Quién es esa chica? No es de los nuestros, deberíamos matarla por el simple hecho de estar aquí —dijo en tono crítico el capitán de los caballeros.

—No será necesario, esta chica me salvo la vida... y perdió su cuerpo convirtiéndose en un hada. No se irá de la lengua. Es más, llevémosla a un médico de Fósfor —

intervino el hombre.

—¡Pero...! —replicó el capitán.

—No hay peros, ¿o vas a osar contradecirme a mí?

50

—Como digáis, mi señor... —calló el capitán.

Cuando la recién hechizada hada despertó, se encontró entre blancas sábanas. Vio una habitación llena de tapices exquisitos, cuadros de escenas de caza y dos criadas que, al ver que se despertaba, fueron corriendo a buscar al hombre al que ella salvó, y al poco tiempo ya estaba en la habitación visiblemente agotado.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo es que sigo viva...? Espera...

Mis manos, mi cuerpo... ¡¡¿¿Qué soy??!! —hablaba tan sorprendida como desesperada al notar algo distinto en su aspecto a parte de los puntos en la tripa.

El hombre le acercó un espejo y es entonces cuando alcanzó a ver su nuevo rostro; sus ojos eran de un color ambarino muy intenso, dos alas largas y traslúcidas sobresalían de su espalda y el tono de su pelo, antes castaño, era ahora de un intenso azul brillante, finalmente dos oreas puntiagudas coronaban la trágica obra del arquílogo.

—¿¿¡¡Soy un hadaaa??!!!, no puedo creérmelo... —

dijo llevándose las manos a la cara, las orejas y las alas.

—Mis hombres y yo te hemos llevado a... Fósfor.

Normalmente te habríamos matado nada más verte entrar en la cueva, pero... me salvaste la vida y has demostrado ser digna de confianza, además de que... por mi culpa tu cuerpo está como está...

—No tenías porqué... hacer tanto... Yo misma me lo busqué entrando allí...

—Tengo una deuda de honor contigo. Soy el jefe de los espías de Fósfor, la ciudad se reconstruyó hace mil años 51

después del asalto y hemos permanecido escondidos desde entonces. No debes revelar nuestra ubicación jamás.

—Jamás lo haría después de que me salvarais...

Pero... ¿Qué hago con mi cuerpo...? ¿Cómo lo recupero...?

—dijo visiblemente nerviosa, con las manos temblando.

—Acabo de decir que tengo una deuda contigo. He decidido abandonar el castillo, y... mis funciones dentro de él para protegerte hasta que encontremos el antídoto para la maldición del arquílogo, la lágrima de un dios.

Así fue como Barsine conoció al jefe de los espías de Fósfor y comenzó su viaje por el mundo buscando la lágrima de un dios.

Capítulo 6 Pequeña brillante esperanza arsine recorrió el lago con el recuerdo de su maestro en la mente y el corazón y fue hasta un grupo de Bondinas que

jugaban en el agua saltando y zambu-

lléndose en las aguas del Ondeón.

—Por favor... Reunid a vuestras amigas... Es un asunto de... Fósfor... —dijo el hada mientras caía rendida al suelo. Las ondinas rápidamente se sumergieron llamando a cada compañera que encontraban a su paso. En poco tiempo, más de trescientas de ellas rodeaban el lugar donde el hada fue recogida por una compañera para evitar que se ahogase.

—Despierta, despierta chiquilla —llamó al hada la ondina que casi les mató días atrás.

La pequeña abrió los ojos poco a poco y luego, al acordarse de todo, los abrió fuertemente, tomó la mano de la ondina y le dijo:

—Mi maestro... ha muerto, le asesinó a sangre fría el rey de Crecia, Kilem. Me mando aquí antes de morir con un mensaje de suma importancia... Me dio con él un anillo, tomad... —dijo Barsine mientras le entregaba la nota y el anillo a la ondina. El mensaje estaba escrito en sangre y ponía así:

Fortuitamente encontré una de las reliquias en las que fue encerrado Zagmahor, el rey de Crecia. Al verla, me ha inculcado de intentar matarle y llevarme su reliquia sólo para asesinarme y llevársela. A estas alturas yo ya estaré muerto y estará en su poder. Se avecina una guerra inminente entre los reinos. Su rey perderá la cordura, por favor, ondinas... Sois las únicas que conocéis el camino a 53

Fósfor además de sus habitantes. Llevadle este mensaje al Rey y cumplid con una deuda milenaria.

Cuando hubo acabado de leer, la alarmada ondina miró el anillo que le entregó el hada y exclamó exaltada:

—¡Por los dioses! ¡Es un anillo con el sello real! Este asunto es de máxima importancia... Chiquilla, no hay tiempo para descansar, te llevaremos a Fósfor.

—Gracias... Maestro... cumpliré tu última voluntad...

—dijo Barsine mientras se secaba las últimas lágrimas.

—Te vamos a enseñar un secreto que sólo conocemos las ondinas. ¿Nunca te has preguntado cómo nuestros maridos no mueren ahogados en estas aguas a pesar de no salir de ellas? —dijo esta con una sonrisa.

—¡Anda! Es... es cierto... Por cierto... Ya que nos vas a ayudar, quisiera saber tu nombre.

—¿Mi nombre? Me llamo Sandala, pero entre mis compañeras me llaman Sanda. Ahora agárrate a mi pelo, chiquilla —le indicó dijo Sanda al tiempo que cogía a Barsine y se sumergía en las aguas.

—¡Me ahogo...! —exclamó exaltada el hada.

—No te preocupes, ya llegamos, aguanta un poco más... —dijo Sanda nadando lo más rápido que podía hacia el centro del lago.

—Mira, ya llegamos. Ésta es la razón por la que las luciérnagas visitan cada noche nuestro lago.

Llegaron hasta la zona más profunda y un gran cristal se erguía imponente sobre el fondo de éste. Sanda fue hacia él y extrajo un pequeño trozo. Se lo dio a Barsine y recitó un extraño hechizo:

— *Gemma maris. ¡Invoco potes!*

El fragmento extraído comenzó a brillar intensamente y su luz comenzó a cubrir a Barsine. Ésta, no pudiendo contener más la respiración, soltó el poco aire que le quedaba, pero no se ahogaba, ahora podía respirar bajo el agua.

—¡No me ahogo! Es increíble que este secreto haya permanecido oculto tanto tiempo... —dijo el hada maravillada.

—Este es un cristal mágico que está en el fondo del lago desde que tenemos memoria. Durante las noches brilla, por lo que atrae a las luciérnagas, y gracias a él nuestros maridos pueden vivir con nosotras aquí.

—Impresionante...

—Ahora vamos. Tenemos mucho camino que recorrer hasta Fósfor. Hay una entrada subterránea que conecta este lago con el reino, e iremos por allí.

La ondina nadaba rápidamente, y a Barsine le costaba no soltarse y perderse en las profundidades, pero al poco tiempo se acostumbró y vio el asombroso paisaje que se descubría ante ella.

El inmenso cristal iluminaba todo el lago y se podían vislumbrar toda clase de criaturas. Ondinas, hipocampos revoloteando y pastando entre las algas, un inmenso leviatán levantando corrientes de agua a su paso y montones de corales rojizos hacían del lago un recuerdo inolvidable.

Avanzaron hasta llegar a un extremo del lago y una gran cascada en la superficie creaba unas fuertes corrientes delante de ellas. Al fondo podían ver una gruta.

—Sanda, ¿ahora qué hacemos? El camino está bloqueado.

—No te preocupes, esta es mi casa, así que se moverme dentro de ella je, je... —sonrió maliciosamente la astuta ondina.

Agarró un puñado de algas y las trenzó hasta hacer una lengua cuerda; luego arrancó un trozo bastante largo de coral y ató el alga a él formando algo parecido a una caña de pescar. Un hipocampo estaba pastando tranquilamente cerca de ellas, Sanda nadó rápidamente hacia él antes de que pudiera huir y se montó encima. El hipocampo, asustado, nadó a una velocidad que superaría con creces el obstáculo que las separaba de la gruta. Entonces Sanda usó la caña y el hipocampo intentaba comerse las algas, con lo que la astuta ondina le dirigió hacia la gruta.

Pasaron la fuerte corriente doloridas y el hipocampo salió espantado con la caña en la boca. Ambas nadaron lo más rápido que pudieron por la gruta hasta que un inmenso haz de luz las cegó por un momento al subir a la superficie.

Barsine miró hacia arriba y vio un pequeño cubo; estaban en un pozo. Sanda la lanzó con una corriente de agua fuera del pozo y así se despidieron:

—Si alguna vez nos necesitáis, estaremos siempre en el lago velando por vosotros. Después de todo, somos vuestras aliadas, je, je. Mucha suerte... —se despidió la pícara ondina dándole como regalo el brillante amuleto a Barsine.

El hada salió volando por un reino que recordaba antaño: el mágico reino de Fósfor, conocido antiguamente 56

por sus excelentes magos, excelentes eruditos y creadores de hechizos que estaban a la vanguardia del mundo.

Ya estaba oscureciendo y el vasto reino se llenó de luces, pero no eran de antorchas; varios hombres en grupos de seis iban por las calles haciendo un extraño hechizo, que al acabar de recitarlo, esferas luminosas cubrían el cielo e iluminaban la ciudad alejando la oscuridad de la noche. Las callejuelas se ramificaban en un extenso laberinto que habría de conducir a todos los recónditos lugares de la ciudad; los niños se metían ya en sus casas ante el ya comienzo de la noche; y todo el reino se sumió en la calma.

Barsine sintió que la fatiga se extendió por todo su cuerpo, desde el primer hasta el último músculo; se adormecía en un mágico sueño. Cayó la pobre hada al suelo, rendida por el cansancio y una infinita tristeza.

A la mañana siguiente, la pequeña hada se levantó en un lugar que le era totalmente familiar. La misma habitación donde cuatro años atrás había sido atendida por su maestro se mostraba una vez más ante ella, y le traía ahora amargos recuerdos. Una voz conocida sonó desde detrás de la puerta de la habitación.

—¿Qué hace aquí la hadita granuja que nos visitó hace cuatro años? Um... Se llamaba quizás... ¿Barsine? —rio la misteriosa voz.

—No te burles de mí, príncipe Asken... Que aunque sea pequeña, no soy una niña... —dijo Barsine mirando fijamente con fingido desprecio al joven que entraba por la puerta hacia la habitación.

Era un chico de apenas unos veinte años, de constitución poderosa que indicaba que había entrenado 57

mucho; cabellos oscuros y largos salían de su cabeza como el agua de una cascada que se precipita al vacío, y unos ojos marrones almendrados se dejaban entrever detrás de su alborotado pelo.

—Dejando las tonterías a un lado... Te encontré cuando volvía de entrenar con la espada a palacio. Si no llego a pasar por allí podrían haberte vendido como esclava o cosas peores. ¿Qué te ha pasado? Y... ¿Dónde está mi hermano...?

—dijo con tono preocupado el joven príncipe. Se hizo un largo silencio incómodo.

—Por favor... Asken, reúne a tu padre y a toda la corte en el castillo. Tengo algo importante que comunicaros... El maestro ha... muerto... —dijo Barsine aguantándose amargamente unas lágrimas habiéndose prometido no volver a llorar jamás.

—Pero cómo ha pasado eso... Él... Debíais... —sólo consiguió balbucear sin poder creerse la terrible noticia.

Barsine le contó todo lo sucedido detalladamente con evidente amargura; cómo encontraron el anillo; como viajaron hasta Crecia; esa trágica noche en el castillo; y el mensaje que traía de su maestro. Asken, después de escuchar esto, desapareció por el oscuro pasillo en dirección a la sala del trono y, mientras, Barsine se quedó descansando en la cama.

Asken corrió como alma que lleva el diablo por el corredor. Al fondo se veían dos guardias ataviados con dos largas lanzas de madera con una punta afilada de bronce custodiando las puertas a la sala del trono. Los guardias, aun 58

sabiendo quién era, cruzaron las lanzas delante de la puerta, no dejándole pasar.

—Príncipe... no puede pasar. Su alteza está ocupado ahora en un asunto con los nobles... ¡Espe...! —le cortó el intrépido príncipe sacando de su vaina una espada de gran tamaño que cargaba sobre su espalda.

—No tengo tiempo ahora chicos, ha pasado algo importante... —dijo empuñando su espada y de una estocada cortó las lanzas que le impedían el paso, y con un gran portazo entró en la sala del trono. El rey Jormungand estaba atendiendo a un grupo de nobles, y ante la ruidosa entrada del príncipe todos se alarmaron.

—¡Hijo! ¿¡Qué haces!? ¡No puedes entrar aquí ahora, lo dejé muy claro! —dijo el rey furioso.

—Padre, es urgente. Por favor, acepto toda la responsabilidad, pero ha ocurrido algo terrible... Convoca a toda la corte aquí, padre, es un asunto de vital importancia para el reino.

—Hijo, más te vale que sea importante o esto no quedará en un simple castigo —dijo tajante el padre.

—No te preocupes... No te defraudaré —ironizó amargamente el príncipe.

El rey llamó a sus guardias para que fuesen por toda la ciudad convocando a toda la gente posible con el mensaje de que había una emergencia que afectaría a todo el reino y el rey iba a hablarle a su pueblo.

Al cabo de unas horas, acudió tanta gente que el rey sólo dejó pasar a los nobles, que aunque menos gente, eran bastantes.

59

—Pueblo de Fósfor, mi hijo Asken tiene una noticia terrible que dar a su pueblo. Una noticia de la que yo, como vosotros también, seré partícipe en unos instantes, y, así pues, hijo mío, habla.

—Ciudadanos de Fósfor, me ha llegado la noticia a manos de Barsine, el hada que acompañaba a mi hermano por el mundo, de que... él... ha sido asesinado.

—¿¡Pero cómo...!?! ¡El príncipe! ¿¡Cómo es posible!?!

—sonaban las voces de los nobles ante la terrible noticia.

—Pero qué... ¿¡Quién ha sido!?! —exclamó furiosamente el rey.

—¡Padre! Tranquilízate, porque hay aún más... Mi hermano descubrió en sus viajes la reliquia que hace mil años guardaba nuestro reino, y sin darse cuenta de lo que llevaba consigo fue a Crecia. Allí, su rey le asesinó para quitársela.

Antes de morir, mi hermano escribió un mensaje y se lo dio a Barsine para que lo trajera aquí... Está escrito en sangre.

Escuchad lo que os leeré:

Fortuitamente encontré una de las reliquias en las que fue encerrado Zaghahor, el rey de Crecia. Al verla, me ha inculcado de intentar matarle y llevarme su reliquia sólo para asesinarme y llevársela. A estas alturas yo ya estaré muerto y estará en su poder. Se avecina una guerra inminente entre los reinos. Su rey perderá la cordura, por favor, ondinas... Sois las únicas que conocéis el camino a Fósfor además de sus habitantes. Llevadle este mensaje al Rey y cumplid con una deuda milenaria.

Cuando el joven príncipe hubo leído esto, las mayores desgracias posibles estaban cumplidas y por cumplirse. El 60

rey, por la terrible noticia, mandó que los nobles con sus caballeros le acompañasen y así habló:

—Hay que cumplir el último deseo de mi hijo... En tres días partiremos hacia Crecia. Una vez más habrá guerra entre nuestros reinos...

—¡Padre! No sea tan imprudente, si atacamos sin un plan sólo conseguiremos que muera más gente... Además, dejaríamos el reino desprotegido mientras. ¡El pueblo te necesita aquí!

—¿¡Y qué propones!?! ¡No haciendo nada estoy manchando la memoria de mi hijo y la de los tantos que murieron hace mil años! —gritó con rabia el viejo rey.

—Propongo una campaña, iremos hacia los demás reinos y les avisaremos del inminente peligro. Les pediremos que nos entreguen sus reliquias para esconderlas de Crecia y... ¡Después

atacaremos juntos! —argumentó el príncipe.

—Sería muy peligroso, hijo mío, no quiero perder otro hijo más...

—Padre, al igual que tú, yo quiero vengar a mi hermano; quiero luchar por mi pueblo y recuperar lo que nos quitaron una vez, ¡déjeme, padre!

—Hijo... Serás un buen rey cuando llegue el momento... Tienes razón, pero antes debes saber una cosa: no será una campaña tan fácil como crees; no puedes ir con un gran ejército u os notará Crecia y estaréis en grave peligro.

Pero tampoco irás solo, un pequeño destacamento de quince hombres irá contigo e iréis al primero de los cinco reinos, Astratia.

61

—Pero, ¿por qué precisamente primero allí? —

preguntó indeciso el joven príncipe.

—Acompáñame luego al jardín de palacio. Tenemos que hablar de eso... Pero antes he de comunicaros a todos que... esta noche celebraremos un funeral en honor a mi hijo perdido... Ahora retiraos todos, necesito estar solo...

Al acabar de decir esto todos los caballeros y Asken salieron de la sala del trono, y un gran llanto se pudo escuchar al poco de abandonar la sala.

Asken fue hasta la habitación donde se encontraba Barsine y le contó las noticias de la inminente campaña y el funeral que se celebraría esa noche.

—Yo voy contigo... No puedo dejar esto así... No podría mirarle a la cara en la otra vida...

—Barsine... Está bien, vendrás con nosotros.

Partiremos en tres días por la mañana. Ahora... debo irme —

le dijo el afligido príncipe antes de salir de la habitación.

Asken fue a la caballeriza del castillo, y sacando un caballo salió al galope. Los guardias de la entrada tuvieron que apartarse bruscamente viendo que el príncipe no paraba aunque estuviesen ellos delante.

Galopó por las estrechas calles de la ciudad y salió de ella a toda velocidad. El sol se empezaba a esconder entre las montañas mientras ambos se escondían entre el denso bosque que rodeaba Fósfor. Asken bajó de su caballo y lleno de rabia comenzó a darles brutales tajos a los árboles.

—Hermano, ¿¡por qué!? ¡Tenías que vivir! Eras mi meta... Tenía que superarte... —gimió estas palabras mientras golpeaba los árboles, y acto seguido soltó su espada 62

y varias lágrimas salieron de su rostro. De repente escuchó un ruido, como si fuese el crujido de una rama al romperse, y se puso en posición de batalla con la espada.

—¿¡Quién eres?! ¡Muéstrate! —dijo con esperanzas de poder dirigir su rabia a alguien.

Barsine salió de entre unos matorrales y se acercó lentamente sin miedo a su espada.

—¿Pero cómo has llegado hasta...? —dijo perplejo el príncipe.

—Te seguí sin que te dieras cuenta y me agarré a tu caballo, Asken... Sé cómo te sientes... Yo le amaba... —

Barsine, yo no...

—He llorado días y días su muerte... Pero me hice una promesa... Que no lloraría jamás... Que no lo haría hasta haberle vengado. Además... no querría vernos sufriendo por él para siempre, ¿no?

—Tienes mucha razón, Barsine... Le daré los honores que merece vengándole... Ahora vámonos, que en poco tiempo será su funeral... —dijo mientras cogía las riendas de su caballo. Posó un pie sobre uno de los estribos y de un salto se incorporó en él. Barsine se agarró a su brazo y, galopando velozmente, salieron del ahora ya nocturno bosque.

Llegaron en apenas una hora al castillo y el príncipe dejó el cansado caballo a los guardias, que estaban asustados por no haberle visto en todo el día.

Todo el reino estaba sumido esa noche en la tristeza.

Un desfile funerario traía un ataúd desde los portones de la ciudad hacia el castillo. Varios encapuchados lo sostenían y lo traían lentamente; la gente se agolpaba a los lados de la 63

calle; las mujeres lloraban; y los hombres callaban con la mirada puesta en el ataúd, que contenía únicamente la nota con la sangre del príncipe y su anillo real. Al llegar al castillo los hombres con el ataúd, el rey y el príncipe dieron un discurso a todo el reino, y acabado éste, los encapuchados prosiguieron su marcha hasta llegar a la sala más baja del castillo, la tumba real, donde todos los reyes desde hacía mil años fueron enterrados. En la imponente lápida que se colocó al enterrarlo ponía:

Descansa con tus antepasados, quienes levantaron este reino. Con tu sacrificio ahora otros vivirán y los que estamos vivos siempre te recordaremos en nuestros corazones.

Aquí yace el Príncipe Irsia de Fósfor, décimo sucesor de la corona.

Acabado ya el funeral, Barsine y Asken se dirigieron al jardín de palacio, donde se habrían de encontrar con el rey.

La noche transcurría con calma, insensible a todo lo que pasaba; el cielo, exento de nubes, estaba cubierto por una bella capa de estrellas que parecían vigilar todo cuanto en el mundo pasaba. La luna se alzaba culminante por encima de todas estas y, debajo, en el jardín del palacio, vieron al rey Jormungand con la mirada hacia el cielo perdiéndose en el infinito. El rey reparó en ellos y su mirada antes melancólica se tornó en crítica y decidida. Se acercó a ellos y comenzó a hablar:

—Hijo mío, Barsine, esta campaña tiene muchísimos riesgos, no sólo para nosotros, sino para nuestro mundo. Y

tantos son los riesgos que hay que tomar todas las precauciones posibles.

64

—¿Precauciones...? —dijeron los dos a la vez.

—Sí... Como sabéis, hace mil años los cinco reyes usaron su sangre para crear a Ardana y sellar a Zgmahor, pero la misma Ardana antes de desaparecer le confió a mi antepasado una profecía. Esta profecía decía que algún día el confinamiento de Zgmahor acabaría y Ardana no podría aparecer más ya en esa forma para derrotarlo, que sólo los descendientes del rey podrían vencerle de nuevo y sólo podrían hacerlo forjando una espada con su alma.

—¿Una espada forjada con su alma? ¿Cómo podremos hacer eso sin que aparezca Ardana? No sabemos ni cómo crear esa espada —dijo alarmado Asken.

—Ardana le confió el método para forjarla. Había que imbuir una espada con la sangre de los descendientes de los cinco reyes la cual reaccionará con ella. Tal objeto nunca fue creado, y por esta razón le confió la receta para crearla si algún día lo necesitaba. Los materiales necesarios para forjarla son, el colmillo de un dragón, una gema mágica llamada Etria y el hechizo mágico de fuego que sólo conocen los herreros elfos de Astratia.

—Esa gema... Padre, ¿no es la que llevaba madre antes de morir...?

—Sí... La guardo en la sala del tesoro real. Podéis llevárosla para vuestro viaje. Esto es lo único que puedo hacer desde aquí... Confío en que vuelvas sano y salvo, hijo mío —dijo mientras abrazaba fuertemente a su hijo.

—Padre, lo lograré por nuestro reino y por Irsia...

65

—Confío en ti, hijo... Ahora id a descansar, os espera una gran campaña pronto... Yo me quedaré aquí un rato más mirando las estrellas.

—Adiós, padre.

—Adiós, rey.

Dijeron los dos dándose un fuerte abrazo antes de desaparecer en la oscuridad de la noche dirección a sus habitaciones. Se metieron en sus camas y durmieron pensando que todo lo acaecido no era más que un mal sueño.

Capítulo 7 La búsqueda de la espada legendaria

asaron los tres días acordados antes del viaje y ya todo estaba preparado. El rey había mandado traer un gran Pc arro con dos hermosos caballos para crear la tapadera de que eran comerciantes viajeros. Viajarían con Barsine y Asken un pequeño destacamento elegido por el rey que lo componían quince personas, tres mensajeros, cuatro espías, dos arqueros y seis caballeros mágicos con sus relucientes escudos gigantes.

Todo el reino estaba cubierto de guirnaldas y de arlequines bailando al son de los acordeones. Titiriteros enseñaban sus andantes marionetas a las gentes que se paseaban por las calles. Parecía que hubiesen olvidado las tragedias acaecidas, y sin embargo no lo habían hecho. Un gran desfile se había montado en honor a la partida de los jóvenes héroes y las gentes les vitoreaban a las diecisiete personas mientras salían lentamente del reino con el carro.

Las damas tiraban flores desde sus balcones, los hombres gritaban entusiasmados y el rey, esperando a las puertas principales del reino así les dijo: —Pueblo de Fósfor, alégrate, pues en estas diecisiete personas confiamos nuestras esperanzas, de ellos depende que en las generaciones venideras cada niño fosforiano crezca sin miedos ni inquietudes, y todos están comandados por mi hijo, ¡el príncipe Asken!

Toda la gente al escuchar estas palabras les vitoreaba y tras unas palabras del príncipe salieron por las grandes puertas del reino fortificado, y toda la gente salía para 68

despedirles mientras se iban. Ni un sólo fosforiano quedaba dentro de las murallas en ese momento.

—El pequeño destacamento no tardó en llegar a la cueva que servía de enlace con el exterior, aquel lugar en el que el arquólogo había sido confinado de nuevo hace cuatro años. Apenas entraron por el tamaño del carro y pasaron por la gran sala en donde una vez Barsine fue maldecida, el arquólogo permanecía allí, inmóvil, con sus brillantes ojos mirando impassible con su monstruosa apariencia todo cuanto pasaba. Llegaron hasta el muro de piedra que, con el símbolo ya copiado y preparado en varias mantas, abrieron el muro y el inmenso bosque de Oscbos se abrió ante ellos. Pararon cuando el sol se puso y al oscurecer montaron una gran tienda en la que esa noche dormirían y dos caballeros harían guardia mientras Asken tomaba las decisiones con los demás. El príncipe extendió un gran mapa del mundo sobre el suelo de la tienda y comenzó a hablar.

—Nosotros nos encontramos a las afueras del Bosque de Oscbos, en menos de un día lo habremos atravesado con seguridad. Al noroeste de él está el reino de Astratia, gobernado por elfos y conocido por sus forjas mágicas y arqueros. Pero antes, debemos atravesar el gran pantano de Harlarm. Este es conocido por estar en un proceso de decadencia por las sequías. Embarrado por todas partes, sirve ahora de cobijo a una especie de hormigas llamadas Turath, gigantes depredadores que debajo del pantano formaron su inmensa madriguera. Se dice que bajo esas

galerías ahora invadidas, algunos dragones vivieron allí en el pasado, custodiando sus preciados tesoros.

69

—Iremos todos nosotros menos Dábel y Astreth, mis espías gemelos. A vosotros os encargo el atravesar el pantano rápidamente y llegar a lo sumo en dos días a Astratia para recopilar información para cuando lleguemos.

—Y... ¿Qué quiere que averigüemos, mi señor? —

requirieron ambos sin saber el motivo de aquello.

—Necesito que encontréis al mejor herrero de toda Astratia y le paguéis para hacerme una espada. Decidle que le traeré los materiales yo mismo. Ah, también necesito que averigüéis cómo se encuentra el reino investigando a su rey.

—Déjelo en nuestras manos, Lord Asken.

—Podéis retiraros a descansar todos los demás.

Mañana será un día muy duro y puede que algunos no volvamos, pero toda nuestra patria nos recordará durante milenios si con valor hemos luchado hasta la muerte. No os rindáis nunca.

—Seguro que aunque hables así estás aterrado, Asken

—le susurró al oído la pícara hada entre risitas.

—Cállate... Hada del demonio... Dices cosas innecesarias... —dijo en voz bajita el nervioso mientras reían todos juntos antes de retirarse a dormir.

A la mañana siguiente prosiguieron el camino ya sin los dos espías que habían partido con la salida del sol hacia el este, durante unas horas atravesaron una espesa maraña arbórea; búhos que aún no se habían aletargado ante la luz del amanecer les miraban, expectantes en su travesía. Los pequeños animales huían despavoridos por el ruidoso traqueteo del gran carro y los rayos del sol apenas llegaban al suelo del bosque gracias a las altas ramas de los árboles.

Vislumbraron por fin una intensa luz. Habían atravesado por fin el Bosque de Oscbos y podían ver un alargado camino perderse en el horizonte hasta lo que parecía un gran territorio gris y marrón.

Prosiguieron el largo camino hasta el pantano y, mientras tanto, asuntos verdaderamente preocupantes ocurrían en Crecia.

Su rey fue herido de gravedad por la explosión del cristal que Irsia usó antes de morir. Su cuerpo estaba totalmente vendado y el rey pasaba los largos días recostado en la cama, con los ojos rojos por una ira e impotencia tales que una noche tuvo un sueño. El rey Kilem estaba junto a su esposa Clarise, disfrutando del campo, sentados en un florido prado y, de repente, las flores marchitaron, los campos ardieron y el cielo se oscureció. Miró a su mujer asustado y su piel caía a trozos dejando impoluto su esqueleto. El rey gritaba, gemía de miedo, y entonces escuchó una voz.

—¿Quién eres?

—Yo soy el poder, soy el gobernante de los muertos, Zagmahor —respondió la voz.

—¿Qué quieres de mí, engendro del mal?

—¿Quieres poder? ¿Quieres el poder... para recuperar a quien una vez fue tuya?

—Clarise... Por supuesto, haré lo que quieras. Sólo dime el cómo y ya estará hecho.

—Préstame tu conciencia, consigue las reliquias de los demás reinos y no sólo obtendrás a Clarise... Tendrás poderes nuevos, recuperaré tu piel muerta y devolveré tu 71

carne a su estado original. Pero has de servirme... Toma poder... ¡Toma mi poder!

—El rey se despertó súbitamente como si de una pesadilla se tratase. Tenía puesto el anillo que le arrancó de las manos a Irsia y el pendiente oscuro real. De pronto, sintió que algo creciente en su interior se propagaba por su cuerpo.

Lanzó un terrible alarido de dolor y su cuerpo aumentó de volumen. Sus músculos se tensaron y las vendas se rompieron, descubriendo una piel mucho más oscura que la que tenía antes. Su pelo, ahora rojo como la sangre, sobresalía de su cabeza junto a dos ojos inyectados en sangre.

—¡Ha, ha, ha, ha, por fin, Clarise, espérame!

Habían pasado unas horas más y el sol ya estaba en la cumbre del cielo del antes vasto camino hasta el pantano. Ya no les separaba ninguna distancia y observaron con curiosidad y cuidado aquel lugar. Manadas de Catoblepas corrían despavoridos huyendo de las Turath, las cuales les llevaban a las charcas de barro, donde, sin remedio alguno, se hundían para no volver a salir jamás. Pero algunos, levantando sus pesadas y peludas cabezas, de las cuales, unos sobresalientes cuernos brillaban intensamente ante la luz del sol, lograban alzar sus miradas sobre las grandes

hormigas, que eran convertidas en piedra en el acto. Así era la supervivencia en este terrible lugar.

—Chicos, comencemos ya, usad el hechizo de invisibilidad —ordenó Asken a sus seis caballeros mágicos.

Éstos rodearon a todo el grupo junto con el carro y los caballos, clavaron sus bastones formando un círculo y recitaron en perfecta sincronía el hechizo: 72

— *Trabes invisibilis visibilis, occulta fit manifestum.*

Tras decir estas palabras los seis caballeros, sus bastones comenzaron a temblar. De éstos nacieron unas líneas luminosas que comenzaron a crear solas un círculo mágico donde estaba el intrépido grupo. Una intensa luz les cegó por un momento y al abrir los ojos ninguno podía ver al compañero que tenía al lado.

—Chicos, ¿estáis ahí? —preguntó el príncipe mientras miraba de un lado a otro.

—Sí, mi señor. El hechizo ha hecho efecto.

—Entonces no os separéis de mis pisadas; yo iré delante —dijo buscando con la mano las riendas de uno de los caballos que, después de unos minutos, encontró al tiempo que escuchaba un fuerte relincho. Prosiguieron su marcha por la zona seca del pantano sin ningún problema, hasta que divisaron acercándose rápidamente una gran maraña roja de las Turath. Cientos de hormigas gigantes con sus antenas carmesíes, sus mandíbulas afiladas como dagas y sus duros cuerpos se acercaban peligrosamente a ellos, es entonces cuando se alarmaron y se dieron cuenta de que, aun siendo invisibles, les habían detectado.

—¿Pero cómo es posible? ¿Cómo nos han notado? —

se lamentaban algunos.

—Mierda. Leí en un sitio que las hormigas pueden detectar el calor con sus antenas. ¡Corred! —dijo uno de los magos.

Soltaron a los caballos que, viendo acercarse peligrosamente a las hormigas, salieron al galope por el pantano huyendo y mientras tanto el destacamento volcó el 73

carro para conseguir más tiempo. Las hormigas devoraban el carro y aprovecharon para correr hacia un gran árbol esperando poder subirse hasta que pasase el peligro. Cuál sería su sorpresa al descubrir que se estaban hundiendo irremediablemente, lo último que pudieron ver antes de hundirse fue a las hormigas retirándose.

Asken notó cálida su mejilla a la par que un gran dolor; Barsine le estaba dando bofetadas para despertarle.

—¡Despierta! Aún estás vivo, así que no te quedes dormido o no podrás volver a despertar —le amenazó Barsine mientras seguía abofeteándolo.

—¡Para ya! ¡Ya estoy despierto! ¿Es que no lo ves?

—gritó malhumorado el recién despertado príncipe.

—A todo esto... ¿Cómo es que seguimos vivos?

Vimos antes cómo los Catoblepas se hundían también... —

preguntó el príncipe.

—Mi señor, según pienso, las Turath tienen su hormiguero justo debajo del pantano y usan las arenas movedizas como trampas para cazar.

—Pero eso significa... ¡Preparaos! ¡A vuestros puestos! —gritó Asken viendo que no estaban solos.

Una multitud de hormigas se peleaban por pasar en la oscuridad y cobrarse buena cuenta de sus presas. Asken puso en formación a sus caballeros con sus grandes escudos, de forma que tres estarían en un lado de la cueva y tres en el otro para contenerlas.

—Barsine, ¡usa tu haz de luz! —le ordenó el príncipe.

—¡Bien, lo haré!

Barsine comenzó entonces a emitir un brillo cada vez más intenso, que cegó a las poco acostumbradas a la luz 74

hormigas encargadas de las trampas. Los magos hicieron brillar sus bastones para poder ver a su alrededor y, tanto Asken como los mensajeros y espías, cogieron sus espadas y dagas y se las clavaron fuertemente en el abdomen o en la cabeza a todas ellas. Algunas emitieron un sonido agonizante, desgarrador, pero luego llegó la calma de la muerte y se hizo el silencio.

—Vámonos, eso atraerá a más de ellas.

Corrieron por el estrecho túnel sin saber bien si subían o bajaban, y notaron que el camino estaba embarrado; las paredes estaban húmedas, y cayeron en la cuenta: el pantano se estaba secando no por la sequía, sino porque debía proveerlo de agua un río subterráneo, y las hormigas lo desviaron al excavar el hormiguero. Siguieron la travesía y vieron una gran sala que brillaba gracias a que hongos luminosos habían crecido allí. Unos huecos estaban excavados en la tierra y parecían guardar pequeños sacos de color blanco con lo que parecían unas mandíbulas; era la sala donde guardaban a las crías.

—¡Arlen, Ágamis! Quiero que queméis con vuestra magia esa pila de comida para las larvas, así las hormigas soldado de la sala estarán ocupadas un rato. A mi señal, corred todos —ordenó como un soberano el joven príncipe.

Las hormigas soldado se encargaban de las larvas, eran de hecho las más rabiosas del hormiguero, y se habían fijado en ellos. Al verles corrieron hacia allá para proteger a sus crías, y cuatro de los

caballeros las contuvieron, mientras que los otros dos alzaron sus bastones. Comenzaron a recitar el hechizo, pero de pronto, una hormiga había escalado el techo 75

de la sala y cayó sobre uno de los caballeros mágicos, que murió en el acto al ser decapitado por sus afiladas mandíbulas. La sangre fluía en un macabro charco y las demás se cobraron su cuerpo, mientras el otro caballero, llorando, acabó el conjuro y quemó a la hormiga homicida que corría despavorida en llamas por toda la sala.

—¡Corred chicos, por aquí!

—Pero Asken... —dijo su compañero llorando mientras veía el cadáver de su amigo.

—No hay peros, corred o moriréis como él.

¡Seguidme! —ordenó el príncipe con una gélida expresión en la cara.

Siguieron corriendo por la oscura galería durante unos minutos, y vieron salas y salas vacías. El olor a tierra mojada se hacía más agudo y se mezclaba con un intenso olor a azufre.

—Príncipe, ¿esto no es muy extraño? —preguntó extrañado uno de los informadores mirando en todas direcciones.

—¿Qué es tan extraño, si puede saberse? —replicó Asken mientras se tapaba la nariz con la mano por el intenso olor.

—¿No os habéis fijado en que, por más galerías y túneles que hemos recorrido... no había ni una sola hormiga?

Es como si las hubiesen matado, o... si hubiesen salido del hormiguero —expuso inquieto el avisado informador.

—Lo que dices es cierto, pero sólo podremos descubrirlo si llegamos hasta el final de este odioso nido...

—¡Asken! ¡Veo una luz! ¡Debe ser la salida! ¡La encontramos! —gritaba el hada entusiasmada.

—Adelante, chicos. ¡Lo hemos conseguido! —gritó el príncipe contagiado por las palabras de Barsine.

Fueron directos hacia la luz que veían, pero lo que encontraron no fue muy agradable; una gran sala gigantesca se extendía ante sus ojos, montones de hormigas huían por todas partes calcinándose hasta ser reducidas a ceniza y tres grandes siluetas destacaban de entre todas las demás.

Una piel grisácea, casi azul, se extendía por todo su cuerpo, el cual estaba acabado en una cola prominente, semejante a una gran serpiente; cuatro patas acabadas en grandes garras afiladas como cuchillas le sobresalían; dos alas membranosas le otorgaban la posibilidad de volar; y su rostro, con unos ardientes y brillantes ojos los cuales intimidaban a cualquier ser las miraba, furibundo. El gran dragón estaba soltando bocanadas de fuego mientras empujaba con las patas traseras a su cría, obligándola a retroceder. Unos cristalinos ojos carmesíes y brillantes sobresalían de pronto. Un grueso abdomen gigante se hacía notar; unas luengas alas salían de éste, fulgurantes ante la tenue luz del fuego; era sin duda la hormiga reina de las Turath. La reina emitía chillidos espantosos, que obligaban a los caballeros a taparse los oídos.

—Chicos, está llamando a más de las suyas, entrad dentro de la sala o seréis comidos por las siervas a las que está llamando. Además, quiero que ayudéis a los dos dragones que luchan contra ellas; podemos conseguir como 77

premio uno de sus colmillos, je, je... —sonrió avariciosamente de la misma forma que su ya caído hermano.

Así lo hizo el pequeño destacamento. Los magos, con sus hechizos de fuego, quemaban a las hormigas por la retaguardia, y con sus amplios escudos tapaban la entrada de la cueva por la que las hormigas debían pasar; los mensajeros y espías, entrenados especialmente como asesinos expertos, sacaban sus agujas, y con un movimiento casi imperceptible de sus manos, las lanzaban a puntos críticos como la cabeza, los ojos o el abdomen; el príncipe alzó su espada justo cuando una hormiga cayó del techo, como momentos antes a su difunto amigo, y ésta quedó clavada en ella. Diezmada la mayor parte de las hormigas y sin refuerzos, la hormiga reina, rabiosa y furibunda, arremetió contra el dragón clavando sus afiladas mandíbulas en sus gruesas escamas, que apenas sufrió un corte, cuando cualquier otro ser habría sido cortado como la mantequilla. El dragón con un movimiento de cola golpeó a la gigantesca hormiga, que salió despedida hacia la húmeda pared chillando dolorida.

El pequeño destacamento había ya matado a todas las hormigas de la gran sala excepto la reina, y se batían en duelo a la entrada de ésta contra las rabiosas hormigas, que intentaban pasar llamadas por su líder.

—Chicos, aguantad un poco más. ¡Matad a todas las que vengan! —animaba la pequeña hada intensamente.

El dragón, rugiendo por las heridas causadas, lanzó una llamarada tal, que iluminó hasta el lugar más recóndito del habitáculo, y la hormiga reina, sacando sus alas, las hizo vibrar intensamente, levantando una bocanada de aire que

dispersaba el fuego, y volando a una velocidad pasmosa clavó sus mandíbulas en el cuello del dragón, el cual desangrándose y en una última exhalación, con sus afiladas garras rasgó las dos alas de la inmensa hormiga. El pequeño dragón movía con su cabeza la pata de su madre extrañado porque no se movía. Al cabo de un rato llorando, miró con rabia a la hormiga asesina. Apilada en la entrada había ya una montaña de cuerpos de hormigas, los magos la incendiaron y así la sellaron para que no entraran más. La hormiga reina posó sus ojos carmesíes sobre el grupo, y emitiendo chillidos de nuevo corrió hacia ellos.

—¡Aquí viene! ¡Magos, formación de defensa!

Los magos usaron el hechizo de sellado con su cuerpo y pusieron sus escudos en formación de defensa. La hormiga asesina chocó contra los gigantes escudos, que no retrocedieron ni un centímetro.

—¡Arqueros, dejadla ciega!

Los dos arqueros se pusieron uno a cada lateral y, tensando lo máximo que pudieron el arco, dispararon una flecha a cada ojo de la reina, la cual, herida de gravedad, gemía de dolor mientras lloraba sangre.

La hormiga entonces disparó por la boca un líquido corrosivo que deshizo tres de los cinco escudos de los magos, y con las patas delanteras les ensartó como si fueran de mantequilla.

—¿¡Cómo te atreves!?! ¡Vas a morir! —gritó lleno de rabia Asken mientras apretaba los dientes y empuñaba con fuerza su espada.

—Los demás cubridme, ¡voy a matarla! —ordenó furioso el príncipe.

El príncipe salió de la férrea defensa y corrió debajo de las patas de la reina. Ésta lo notó y se movió violentamente hacia los lados intentando darle con las patas para matarlo, pero los espías las inmovilizaron clavándole agujas en la unión de los músculos de las patas, impidiendo contraerlos y parando su movimiento.

—¡Esto por mis compañeros muertos! —gritó Asken clavándole la espada en el abdomen desde abajo. La hormiga emitió un último chillido agónico que se fue apagando gradualmente para no volver a escucharse jamás.

Sacaron a sus compañeros muertos de entre las patas de la reina muerta y los apilaron al lado del dragón muerto.

Entonces, Asken vio que el pequeño dragón se le acercaba lentamente.

Era un reptil de color blanco, sus escamas relucían con la luz del fuego, cuatro pequeñas garras no tan fuertes como las de su madre pero si bien afiladas sobresalían y dos ojos azules cristalinos dejaban ver una preciosa cría de dragón.

—Tu madre protegió vuestro hogar hasta el último momento y a ti, pero... como yo, tú también has perdido a alguien importante ahora... —dijo el príncipe con una apenada mirada mientras el pequeño dragón se dejaba acariciar por él.

—Asken, creo que le has gustado. Podría sernos muy útil llevar un dragón con nosotros, déjale que nos acompañe, ¡i, i!... —rio Barsine.

80

—Si quieres venir con nosotros no te detendré, pero hay algo que debo hacer ahora —dijo el príncipe con gélida voz yendo donde estaba el cadáver de la madre, y con su espada hizo palanca en uno de los inmensos colmillos, que al cabo de un rato de trabajo salió.

—Príncipe, algo está mal en esta habitación... ¿No notáis el suelo encharcado? —dijo el caballero Ágamis observando que había agua bajo sus pies.

—¡Mirad chicos! La pared de ahí, ¡se está resquebrajando! Seguro que al golpearse la reina hizo un boquete que conecta con el río subterráneo.

—Chicos, corred, se está rompiendo, ¡nos ahogaremos! —gritó el príncipe alarmado al ver que el agua empezaba a salir violentamente de la grieta.

Ágamis corrió hasta el príncipe y le protegió con su escudo de una enorme roca que cayó del techo; Barsine voló rápidamente encima del dragón y ellos dos se montaron encima también.

El agua salió violentamente y fue tragándose todo; la hormiga, la dragona, el destacamento; todo a su paso.

—Príncipe, Ágamis, ¡agarrad esta piedra conmigo!

—dijo el hada justo antes de desmayarse.

81

Capítulo 8 Forja y Sangre ra de noche; la fresca brisa acariciaba la tierra; los destellos de la luna se reflejaban en el agua, Ec onfiriéndole un aura mística; las estrellas fugaces se movían rápidamente. Casi parecía que en cualquier momento fuesen a caer sobre la tierra, y la silueta de un dragón tapaba la nívea figura de la luna.

La incesante brisa alborotaba los cabellos del príncipe, que pronto volvió a sentir sus mofletes hinchados por las bofetadas de Barsine.

—¡El agua, me ahogo! Espera... ¿Estoy vivo? —

balbuceó Asken mientras miraba a su alrededor, viendo que estaban con él Ágamis, Barsine y el dragón. Estaban volando en su lomo.

—Pues claro que estás vivo, todos lo estáis gracias a mí. Cuando vine a Fósfor, una amiga ondina me regaló una piedra mágica que da la habilidad de respirar bajo el agua, y este pequeñín nos sacó nadando del hormiguero —dijo sonriendo y acariciando las orejas al pequeño dragón blanco.

—Príncipe, ese gran lago que ves justo debajo de nosotros era antes el pantano estancado.

En la superficie del gigantesco lago se podían ver docenas de cuerpos de hormigas flotando, y algunas que luchaban por llegar aún a tierra.

—¿Y los demás? Barsine, ¿dónde están?

Se hizo un largo silencio y el príncipe y Ágamis bajaron la mirada amargamente.

83

—No puedo proteger a nadie... Ni a Irsia, ni a mis compañeros... Soy horrible... —se maldecía llorando el príncipe.

—Perdóneme por esto alteza —Ágamis le propinó un puñetazo en la cara acto seguido de decir estas palabras.

—¿Por qué has...?

—¡Asken! Ellos, al igual que yo, estamos preparados para morir por nuestra causa. ¡Lo que estamos tratando de hacer es para proteger nuestro reino! ¡Si te lamentas en tu miseria estás manchando sus memorias! —gritó llorando el mago.

—Ágamis... Tienes razón... Leukathos, baja a las proximidades del lago —ordenó el príncipe al dragón, acariciándole el cuello.

—¿Leukathos? ¿Le llamarás así? —preguntó Barsine.

—Sí... Por su tono blanquecino de piel. Nos ha salvado la vida y le trataré como a un compañero más.

El recién bautizado Leukathos bajó rápidamente a la orilla del ahora lago Turath, y el príncipe improvisó una gran tumba con piedras. Encima del montón puso una tablilla pétrea en la que con la espada escribió este mensaje: *Aquí yacen los valerosos caballeros anónimos que con su vida defendieron Fósfor. Vuestros ancestros siempre os recordarán por vuestra hazaña.*

—Chicos... Adiós... —se despidió Ágamis con la mirada perdida en el lago.

—Vámonos, no tenemos nada más que hacer aquí.

¡Rumbo a Astratia!

Montaron en Leukathos y volaron durante toda la noche, arropados por las estrellas, la oscuridad de la noche y un profundo dolor por los compañeros restantes.

Justo antes del amanecer ya podían divisar el reino fortificado de Astratia. Sus muros no eran de piedra, como los de los demás reinos, sino de puro hierro forjado por los mejores artesanos elfos. Todo el reino estaba construido encima de una gran montaña y era conocido por sus minas subterráneas, de las que sacaban todos los minerales necesarios para la forja.

—Baja Leu. Ágamis, cuando bajemos Barsine y yo entraremos en el reino diciendo ser viajeros, quiero que os escondáis en la montaña, y que al atardecer vayáis a este mismo punto. Si vieran un dragón intentarían matarlo.

—¿Pero qué cambiará si vamos aquí al atardecer?

—dijo el caballero extrañado.

—Tranquilo, tengo un plan, confía en mí—. Sonrió astutamente el príncipe.

Ya en el suelo, el príncipe y el hada se despidieron del caballero y su alado compañero. Fueron caminando hacia las puertas de la muralla y se divisaban unos guardias bostezando al empezar su turno mañanero, que al verles, se desperezaron repentinamente. Llegaron ya a las puertas de la muralla y hablaron así:

—Por favor, guardias, déjennos entrar en Astratia.

Somos viajeros que tuvieron que atravesar el pantano Turath para llegar hasta aquí.

85

—¿El pantano Turath? Esa es la ruta más peligrosa para llegar a nuestro reino, ¿cómo es que no lo rodearon para llegar hasta aquí? —preguntaron sorprendidos los guardias.

—Necesitábamos llegar rápidamente al reino por un asunto de vital importancia para vuestro rey. Por favor, dejadnos pasar —dijo el príncipe con un tono que no admitía replicas.

—¡Abridle las puertas, muchachos! —ordenó uno de los guardias a los que estaban dentro de la muralla.

Las puertas se abrieron chirriantes y la gran ciudadela se descubrió ante ellos. El suelo repiqueteaba al pasar los caballos. Se escuchaba el sonido del golpear el martillo en los yunques de los artesanos, y los mercados estaban a rebosar de gente. Todos los caminos de la ciudadela daban a una gran plaza central con un inmenso jardín en el que los arqueros del rey probaban sus habilidades para el asombro de la gente.

—Barsine, vamos a la plaza central, es más probable que nuestros espías me detecten en un lugar más concurrido.

—Yo creo que sólo quieres ver el espectáculo de los arqueros, pero buena idea, je, je... —reía Barsine mirándole de reojo.

El príncipe ignoró sus palabras con una mirada maliciosa y emprendieron una caminata por el mercado. Sin saber cómo llegar a la plaza, Asken pensó en preguntar a alguien cómo llegar hasta allí, y se fijó en un elfo un tanto extraño. Era bastante más bajito que los demás y tenía una gran barba hirsuta y brazos bastante musculosos. Se fijó tanto en él, que decidió preguntarle:

86

—Perdone, señor...

—¿Qué necesitáis, chicos? Veo que no sois elfos.

¿Acabáis de llegar y necesitáis saber dónde hay una posada?

—No se trata de eso, amable señor. Es que venimos desde una aldea remota para ver el espectáculo de los arqueros del rey. Su fama llegó hasta donde vivíamos y no sabemos dónde está la plaza central... —le expuso Asken.

—Aaaah... Sabéis valorar el arte... Fijaos cuando les veáis en sus manos, no todo el mundo sabe el porqué de sus tiros certeros y potentes, je, je. Seguid recto por el mercado hasta que encontréis una gran fuente en una plazoleta. Desde ella, girad a la derecha y al final del camino la encontraréis.

—¡Gracias, vejete! ¡Eres buena persona! —gritó Barsine con una sonrisa mientras el príncipe y ella se alejaban corriendo por el mercado.

—Estos jóvenes de hoy en día, qué poco respeto tienen, je, je —rio de buen humor el viejo elfo.

El mercado estaba lleno de los puestos más variopintos, tiendas de fruta con vendedores prometiendo propiedades imposibles al probarlas, puestos de armas con espadas, lanzas, bastones y demás objetos, espectáculos callejeros con titiriteros moviendo sus marionetas al son de un acordeón, y muchos niños pobres pidiendo por las calles con caras sucias y demacradas por el hambre.

—Vamos, Barsine, no mires a nadie y continuemos, por favor...

—Sí, Asken...

Pasaron el mercado y fueron por una estrecha callejuela todo recto, como les indicó el elfo anciano.

Llegaron a una pequeña plazoleta con una modesta fuente; 87

una graciosa ninfa estaba esculpida en ella, mirando a los cielos y soltando un chorro de agua por la boca. No fue difícil saber por dónde ir, pues solo había otra salida en la plazoleta. Fueron por ella, y al poco de acercarse, fueron encontrándose a más y más gente que venía a ver espectáculo de los arqueros reales.

Siguiendo a las gentes, poco a poco se escuchó a un pregonero anunciar el inminente espectáculo, mientras éstos llegaron a la plaza central por fin.

Cinco elfos ataviados con capas verdes, unas sencillas sandalias y unas túnicas cortas portaban

majestuosamente impresionantes arcos de un tamaño tal, que eran más altos que el propio príncipe. Grandes árboles adornaban frondosos el inmenso jardín, y en el centro un pequeño acuífero había generado una modesta charca con lo que parecía que se hubiese traído a la plaza un pedacito de bosque. La gente se agolpó a lo largo de un entramado de madera construido para presentar a los jóvenes arqueros, y el pregonero comenzó a hablar así:

—Gente de Astratia, reino legítimo de los elfos, admirad a los arqueros reales de nuestro rey, que se dignarán a mostrarnos sus legendarias habilidades con el arco.

Admirad tales obras maestras artesanales; estos arcos son tesoros reales hechos con madera de Ents, que son los más resistentes que en el mundo existen. Ahora, admiremos su dominio de la cuerda y la flecha —anunció entusiasmado el pregonero. Hizo una reverencia a las gentes y salió del escenario arropado en aplausos.

Unos soldados aparecieron con varias dianas en la mano. Eran unos quince, y a una señal de su capitán, 88

comenzaron a lanzarlas cual discos en distintas direcciones.

Se perdían entre las ramas y las copas de los árboles, y algunas chocaban en el aire. Los arqueros cogían con sus manos tres flechas cada uno, y con mortal precisión disparaban a una velocidad tal que había que forzar mucho la vista para verlas.

Los soldados buscaron por toda la plaza y encontraron las quince dianas. Las recogieron y se las enseñaron al público.

Cada una de ellas tenía una flecha clavada en el centro. Las gentes aplaudieron entusiasmadas ante tal precisión. Cuando los soldados dieron señal para que pararan los aplausos, prosiguió el espectáculo.

Cuatro de los cinco arqueros se retiraron, y el que quedaba comenzó a tensar el arco mientras un soldado clavaba una diana en el último de una fila de seis árboles.

El arquero tensó y tensó hasta que no pudo un solo centímetro más y disparó la flecha con una fuerza impresionante.

—¡Barsine! ¿Lo has visto? ¡Tiene un círculo mágico en la mano! —dijo Asken mientras la flecha había atravesado los troncos de los árboles y dejó un agujero limpio en la diana, pasando incluso a través de ella.

—No me digas que es... ¿un mago? —dijo Barsine sorprendida.

—Fíjate, la flecha ha pasado por los árboles, pero el diámetro de los agujeros es mucho mayor que el que hace una flecha normal —observó el príncipe.

—Tienes razón... ¿Pero qué magia podría hacer eso?

—La única magia que creo que pueda hacer eso es la magia de... viento. Con el impulso de su

hechizo de aire es 89

normal que las flechas alcancen tal potencia. Los arqueros de Astratia son terribles...

—¡Asken! ¡Que nos distraemos! Hay que encontrar a nuestros compañeros...

—Cierto... Barsine, quiero que vuelas a una altura de unos cinco metros y rodees la plaza. Con suerte, Dábel y Astreth te verán y te seguirán hasta aquí. Ahora ve —ordenó el príncipe con los ojos más puestos en el espectáculo que en ella.

El hada voló rápidamente a la altura mandada por Asken, dando pequeños destellos de luz mientras sobrevolaba toda la plaza. El público no tardó en notar esto y abucheaban a la pequeña sin darse cuenta de que los arqueros, al no fijarse en Barsine, pensaron que hacia ellos estaban dirigidos, y se pusieron a criticarles.

En poco tiempo, unos exaltados subieron al escenario y fueron a por los arqueros. Se sumaron los soldados a la pelea para protegerlos, y al cabo de un rato, prácticamente toda la gente estaba peleándose en una gran contienda. El príncipe y Barsine salieron de la plaza no sin golpes, tanto recibidos como dados, y dos hombres encapuchados con túnicas de color negro les alcanzaron. A uno de ellos le faltaba el brazo izquierdo.

—Dábel, Astreth, sois vosotros, teníamos que localizaros entre la multitud de este modo, aunque... no ha salido como esperábamos... Espera... ¡Dábel! ¿¡Qué te ha pasado!? Tu brazo... —balbuceó el príncipe con la mirada fija en el ya inexistente miembro.

90

—Es... una historia larga de contar. Vayamos a la posada en la que estamos hospedados y te pondremos al corriente de todo... —dijo Dábel con tono crítico.

—¿Visteis al venir aquí una pequeña plazoleta con una fuente en el medio? Pues en esa misma plazoleta está nuestra posada —intervino Astreth.

—Pues vayamos allá entonces...

Esquivaron de nuevo a toda la gente agolpada en la inmensa trifulca, prosiguiendo su marcha por donde habían venido hace apenas sólo una hora solos el príncipe y el hada.

Llegaron rápidamente a la plazoleta y la pétrea ninfa seguía ahí, bella y sonriente, con la mirada puesta en el firmamento.

Vieron unas grandes puertas y un gran cartel en el techo con el nombre de la posada, ALDRUICK.

Al entrar, una multitud de elfos estaba bebiendo cerveza, agrupados en distintas mesas y contando batallitas mientras reían. Al fondo estaba el tabernero, que supusieron que sería Aldruick por el cartel.

—¿Qué queréis beber, muchachos?

—No nos apetece ahora nada, Aldruick. Estos amigos nuestros acaban de llegar al reino después de un largo viaje.

Acomódales en una habitación. Correremos con los gastos

—dijo Astreth extendiendo sobre el mostrador una bolsa con monedas de oro.

—Oro de verdad... No os preocupéis. Con esto tenéis para varios meses de estancia. Quedaros todo lo que queráis.

—Nos vamos arriba.

Subieron unas escaleras de madera que conducían al piso superior y entraron a la habitación donde se hospedaban 91

los dos espías. Habiendo entrado, cerraron la puerta con llave. Era una gran habitación provista de dos camas, una amplia ventana desde la que se tenía vista de la bella fuente, e incluso se podía avistar el castillo del rey. En una de las paredes colgado estaba un gran escudo con dos espadas relucientes, y habiéndose acomodado en las camas, Dábel comenzó a explicar:

—Veréis... Corrimos por el pantano sin demora, pero nos vio un grupo de hormigas. Continuamos corriendo sabiendo que no nos podían alcanzar, pero escuchamos un agudo chillido a nuestras

espaldas, y al poco de eso vimos delante nuestra que un numeroso grupo de ellas se dirigía hacia nosotros. Estábamos rodeados, tanto por delante, como por detrás y... continúa tú ahora...
Astreth.

—Nos rodearon las hormigas, y viendo que estaba todo perdido, seguimos corriendo hacia las que venían por el frente en dirección a nosotros lanzando agujas para crearnos un camino por el que pasar. Corrimos entre los recientes cadáveres de hormigas, pero las demás intentaban despedarnos con sus mandíbulas... Una de ellas logró seccionarle el brazo a Dábel, y ellas, viendo su brazo caer al suelo, se lanzaron a por él y logramos escapar... Sin descansar seguimos corriendo, y le hice un torniquete con un pañuelo para que no se desangrara. Continúa tú ahora, Dábel...

—Sí, hermano... En unas pocas horas llegamos a las puertas del reino y conseguimos pasar las puertas al ver mi estado. Una vez dentro buscamos un médico en la ciudadela que logró cauterizarme la herida antes de que hubiese una

infección. Desde entonces llevo en cama recuperándome mientras Astreth buscaba un buen herrero, y cuando salimos a dar un paseo por la plaza central fue cuando os vimos...

—Tome, Asken... En esta dirección está el mejor herrero de todo el reino... Es un mestizo de elfo y enano. Su gran fuerza e intelecto le han servido para hacerse un nombre en esta ciudad. Se llama Gálmar —dijo poniendo en las manos de Asken un mapa de la ciudadela y señalado con un círculo en rojo dónde estaba la herrería de Gálmar, situada junto al castillo de Astratia.

—Gracias, chicos... Habéis hecho un buen trabajo...

Te conseguiremos un brazo de madera en Fósfor cuando todo esto acabe, pero ahora necesito que os instaléis en Astratia los dos. Os mandaré cartas de vez en cuando contando nuestra situación, y necesito que cuando recibáis cualquier noticia mía, uno de vosotros vaya a Fósfor e informe a mi padre.

—Por

supuesto,

príncipe...

Nosotros

le

comunicaremos nuestras noticias de vez en cuando mandando un mensajero —dijeron los dos casi simultáneamente mientras el príncipe, junto a Barsine, se iban por la puerta.

—Gracias por la ayuda, chicos —dijo Barsine despidiéndose mientras salía por la ventana de la habitación y esperaba a Asken en la puerta.

Siguieron el camino indicado por el mapa, atravesaron calles y calles, vieron casas y más casas,

pero al pasar dos veces por el mercado, se dieron cuenta de que algo andaba 93

mal. A la tercera vuelta Asken estaba tan concentrado en el mapa que no miraba a su alrededor y se chocó con alguien.

—Ugh... Perdona, ¿estás bien? Ha sido culpa mía, lo siento —se disculpó educadamente el príncipe.

—No os preocupéis, chicos, sólo ha sido un golpecito.

No es nada. ¿Pero qué...? El mundo es un lugar pequeño ciertamente, je, je —rio el hombre.

—¡El vejete! Pidámosle ayuda, Asken, gracias a él encontramos la plaza —intervino el hada mirando sorprendida al viejo.

—Pero Barsine... Seríamos una molestia dos veces...

—¿Um? ¿Necesitáis otra dirección? Decidme cuál es, no me importa ayudar a unos muchachos tan enérgicos.

—¡Mira, nos dirigimos aquí! —dijo Barsine quitándole a Asken el mapa de las manos y entregandoselo al viejo elfo.

El hombre miró exhaustivamente el mapa hasta descubrir la marca roja y su expresión cambió; abrió los ojos algo sorprendido y una leve sonrisa asomó por su velludo rostro. —Mmm, así que os dirigís a la herrería de Gálmar.

Mi casa está de camino y me dirigía hacia allá, si queréis os puedo guiar, mozuelos.

—Pero... Son muchas molestias...

—¡No te preocupes, Asken! El vejete es una buena persona, je, je —dijo el hada dándole un fuerte manotazo en la espalda.

—Decidido pues, muchachos. Seguidme.

El viejo elfo aceleró el paso saliendo del mercado.

Pasaron calles y calles; el cielo ya estaba acercándose al oeste y el príncipe estaba preocupado por su amigo.

—Señor, vayamos más rápido, tengo que hacer algo antes del ocaso...

—¿Quieres ir más rápido? Haberlo dicho antes, muchacho, seguidme lo más rápido que podáis, y... bonita espada de platino... Esa forma de forjarla... Es una buena espada —dijo el elfo sin parar de admirarla.

—Pero como sabes... ¡Ah, espera elfo, no vayas tan rápido!

—Je, je, qué divertido es el viejo —dijo a carcajadas Barsine agarrándose al príncipe en la carrera por seguirle el ritmo al extraño hombre.

Pasada la plaza central y con la revuelta sofocada por los guardias del castillo, pasaron sigilosamente por la zona norte de la plaza. Siguieron corriendo y pasaron un gran arco que diferenciaba la zona pobre de la rica en la ciudad.

Comerciantes adinerados paseaban con sus blancos caballos por la calle empedrada; los nobles les miraban con malos ojos al ver que unos campesinos vivían, comían y vestían incluso mejor que ellos. Encima de las puertas de algunas casas, varios escudos de armas labrados en piedra estaban por encima de las puertas de los hogares de los nobles recordando su antiguo linaje. Siguieron en dirección norte por una callejuela que dio a un extraño lugar. Una pequeña plazoleta se extendía ante ellos y prácticamente la ocupaba por entero una inmensa carpa en la que varios arlequines y bufones practicaban a su alrededor.

—Vejete, ¿y esa carpa? ¿Qué hacen tantos arlequines y bufones practicando allí? —preguntó el hada con gran

curiosidad y los ojos puestos en los trucos de aquellos hombres.

—Je, je, esto es... un capricho del rey. Le encantan los espectáculos y las bromas graciosas, así que creó esta gran carpa como escuela ofreciendo grandes cantidades de monedas de plata a quienes más le hiciesen reír.

—Pero... un capricho así... ¿No es muy infantil para un rey de esa edad? —repuso Asken extrañado.

—¿No lo sabes...? Nuestro antiguo rey... murió hace un mes... Varios nobles que le odiaban envenenaron su bebida y fue asesinado... Pero afortunadamente, les atraparon y fueron ahorcados hace una semana en la plaza central. El espectáculo de los arqueros que visteis era un homenaje al antiguo rey... su hijo, Sir Agenort, con la temprana edad de dieciséis años tuvo que subir al trono y soportar la pesada carga de su padre...

—Y por eso... ¿hace algo como lo de los arlequines?

No tiene ningún sentido...

—Lo tiene... Más de lo que crees, muchacho... Se ha vuelto un joven arisco ante su propio pueblo y la nobleza, tiene verdadero terror de que le pase como a su padre y se ha refugiado en las risas, el mundo oscuro de las bromas grotescas y la apariencia para no ser consumido por sus miedos.

—Es... horrible... Deberé tener cuidado cuando vaya a verle... —pensó Asken.

Mientras tanto Barsine se quedó mirando impresionada a aquellos hombres. Sus extravagantes trajes con rombos estampados y su albo maquillaje con zonas oscuras en los 96

ojos les conferían un aspecto misterioso. De la carpa salieron dos arlequines seguidos por tres niños vestidos que iban de igual forma. Uno de ellos cogió a los tres niños y junto con el otro arlequín comenzaron a hacer malabares con ellos.

Barsine, viendo esto, estaba fascinada, y al rato aparecieron dos bufones muy pequeños. Eran adultos, pero en tamaño eran comparables a los niños de los malabares. Iban encima de dos jabalíes jóvenes y se situaron cada uno a 10 metros del otro, cogieron un palo cada uno simulando a los lanceros de las justas y atizándolos con el palo en el trasero corrieron llenos de rabia el uno contra el otro. Los jabalíes chocaron y los bufones se golpearon mutuamente en el aire y cayeron al suelo.

—Dios mío, qué buenos son... ¡Ja, ja, ja, ja! —rió casi sin respiración el hada mientras, guiada por la curiosidad, fue donde había una mesita colocada a la entrada de la carpa con tres huevos, de donde cogió uno.

—¿Para qué usaran estos huevos?

De pronto uno de los arlequines cogió dos huevos y a la desprevenida Barsine pensando que era otro de ellos, y haciendo malabares los blancos proyectiles impactaron en Barsine, llenándola de la viscosa clara.

—¡Agh, qué asco, mis alas! Estoy pringosa...

—Eso te sirve para que aprendas, Barsine, ja, ja, ja.

Ahora vámonos con el viejo, que tenemos mucha prisa —

dijo Asken sacando un pañuelo con el que limpió la clara de la viscosa hada.

Rodearon la amplia carpa y vieron la continuación del camino. Avanzaron varios metros en dirección norte y cada 97

vez quedaron menos casas. En cierto punto se acabó el empedrado de la calle y la luz que antes era atrapada entre la inmensa cantidad de casas que rodeaban el camino, ahora, al haberlas pasado todas, solo iluminaba los hierros de una gran reja; habían llegado a la gran herrería de Gálmar.

Un amplio jardín verdoso con frondosos manzanos dejaban relucir sus sonrojadas manzanas a la luz del sol; las mariquitas revoloteaban entre las flores y toda esta belleza estaba protegida por una amplia valla. Formada por largos barrotes, daba entrada una puerta de más de tres metros de

alto, sin duda aquel bello lugar estaba protegido de cualquier amenaza. En el centro del jardín una gran torre se alzaba compitiendo en altura con los torreones del castillo, que se podía ver majestuoso desde ese pequeño lugar escondido de la ciudad.

—Je, je, ya hemos llegado muchachos. Este es el famoso taller de Gálmar —dijo el viejo que seguramente sonreía con su boca, escondida entre la poblada barba que le colgaba.

—Vaya torre... Es impresionante... Pero esa puerta de hierro es demasiado grande para que un hombre normal pueda abrirla, ¿cómo la abrimos, señor?

—Tranquilos, jovencitos, este viejo tendrá muchos años, pero lo que gana en edad no lo pierde en fuerza, ¡je, je!

—dijo el viejo elfo empujando las puertas con sus manos.

—Vejete, ¡pare! ¡Se va a romper un hueso! —dijo el hada preocupada por el inútil esfuerzo del elfo.

—No te preocupes, chiquilla, ¡allá voy!

El viejo elfo apretó la puerta esta vez con aún más fuerza. Se le notaban las venas y acabó por desgajarse la parte superior de su ropa dejando ver un cuerpo lleno de cicatrices hechas en toda una vida, sus músculos relucían por el sudor, y la puerta que antes no se movía ni un centímetro comenzó a ceder ante él abriéndose lentamente.

—¡Dios mío, qué animal...! Para abrir una puerta así harían falta por lo menos tres hombres... No eres... un elfo corriente, ¿quién eres? —dijo asombrado el príncipe.

El elfo ignoró la pregunta de Asken y pasó por el hueco que dejó la pesada gran puerta. Dio un puñetazo a uno de los manzanos en una extraña marca. Hacía ver como si hubiese hecho eso más veces. Una manzana cayó hasta su mano derecha producto del golpe, y mientras le daba un mordisco con su envejecido rostro sonreía vivamente plegando las arrugas que le recorrían por las facciones de la cara.

—Esta es la torre de Gálmar, aquí no sólo trabaja el famoso herrero Gálmar, sino que acoge en ella a docenas de aprendices llegados de todas las partes de mundo y de razas variadas. Acoge a herreros, afiladores y recolectores de materiales para la forja.

—Guau, vejete, ¿cómo sabes tanto? ¿Eres un aprendiz suyo? ¿O un familiar? —preguntaba sin parar el hada mientras entraban por las puertas.

Estaban labradas en hierro forjado. Dos leones estaban tallados en el hierro; sus majestuosas melenas, sus amenazantes garras; y en el interior de sus bocas, dos manijas hacían de lenguas. El elfo las agarró y abrió las puertas.

Al entrar fueron arropados por el calor y luz de las antorchas que estaban desplegadas una tras otra a lo largo de las paredes. Había varias estancias en el interior de la torre.

Dos hileras de escaleras estaban en el piso; unas subían pasando por diferentes habitaciones hasta llegar a la cima cual escalera de caracol; y otras iban hacia un cuarto subterráneo que servía como sótano y almacén donde guardaban los pedidos de armas, armaduras y herramientas, además de materiales que recolectaban para la forja. Se escuchaban ciertos ruidos, ruidos metálicos, de golpes secos; los aprendices martilleaban el candente metal en el yunque con sus martillos. Con unas tenazas cogían el objeto metálico y lo metían en el agua. Lo calentaban de nuevo en un horno, y cuando estaba al rojo vivo lo volvían a traer al yunque y volvían a martillar en un indefinido ritual hasta alcanzar la perfección en la forma del objeto.

—Ya ha vuelto, espera... ¿Quiénes son esos? —

cuchicheaban entre ellos los nuevos e inexpertos aprendices.

—Seguidme por estas escaleras, muchachos. Al final de ella veréis a Gálmar, el gran herrero, ¡ja, ja, ja! —reía el viejo sin escuchar al príncipe y al hada, que estaban detrás de él fascinados por ver el interior de la torre.

Se acercaban por momentos a la cima, donde debía estar la zona privada de la torre donde trabajaba Gálmar.

La tenue luz de la antorchas cada vez se notaba menos, siendo anexionada a una luz más fuerte. La escalera ya se estaba acabando y llegaron por fin a la cima. El último piso de la herrería no estaba cubierto. Consistía en una gran cúpula sostenida por seis pilares formando un hexágono en 100

sus vértices. Desde allí soplaba el aire fresco y se tenían vistas del reino entero.

En la gran sala había todos los instrumentos necesarios para la forja, un yunque del tamaño de un ataúd intimidaba no por su tamaño sino por lo que se debió forjar en él.

Apiladas en un rincón toda una suerte de armas, desgastadas, oxidadas o simplemente rotas descansaban a la espera de recibir una nueva vida. Una gran bañera labrada en la roca era el detalle más llamativo de toda la sala. Podía usarse tanto para templar el metal ardiendo como para lavarse. Asken se fijó en que al lado de una de las columnas, mirando hacia el castillo, un trono de metal inmenso estaba clavado al suelo y el viejo elfo dándoles la espalda se colocó en él.

—Soy Gálmar. ¿Qué queréis que forje para unos muchachos como vosotros? Je, je... —sonrió con vitalidad infantil el recién descubierto herrero.

—Espera... ¿¡Tú eres el herrero mestizo Gálmar!? Se te notaba con bastante más pelo y musculatura que un elfo normal, pero... sería difícil decir que eres mestizo... —

exclamó exaltado el príncipe.

—¡Increíble, vejete Gálmar! Ugh... No, no debería llamarte así ahora... —dijo pensando después de actuar Barsine.

—¡Tranquila, muchacha! Puedes llamarme como quieras, no me importa demasiado, ya que tengo una edad, je, je. Bueno, ¿qué queréis forjar? Porque habréis venido para eso, creo yo... —dijo curioso el herrero.

—Verás... Queremos forjar cierta espada mágica capaz de extraer los poderes de la sangre mágica. Nunca 101

antes se forjó, por lo que te traemos las instrucciones que pasaron de generación en generación por mi familia —asken sacó de su mochila una tablilla de piedra con los ingredientes que hacían falta:

Un colmillo de dragón, el hechizo de fuego de un herrero poderoso y la gema inmortal Etria.

Se la dio a Gálmar, y al ver tan raros ingredientes se pudo observar una leve expresión de asombro en sus ojos. —

¿Estás seguro de querer forjar esta espada? Los ingredientes que aparecen aquí no podría conseguirlos ni un ejército, además de que ese hechizo de fuego... Es un método de forja arcano, afortunadamente, mi familia aún lo conoce y... —

dijo Gálmar sin poder acabar, porque Asken puso sobre el yunque, tanto la gema de Etria, como el colmillo de la madre de Leukathos.

—¿Cuándo crees poder empezar? —sonrió Asken ante el asombro del herrero.

—Ja... Ja... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué jóvenes más interesantes han venido a mi herrería! No os preocupéis, no os cobraré ni una moneda de oro. Pensé en retirarme hace un tiempo, pero parece que me aguarda un último trabajo...

—También necesitamos una cosa más, Gálmar, ¿ves esta espada de aquí? Es un tesoro real de mi país, ha pasado de generación en generación en mi familia y deseo venderla... —dijo Asken con decisión mientras desenvainaba su espada.

—¡Asken, no! ¡Es la espada que te dio tu padre antes de partir! —gritó el hada visiblemente confundida.

102

—¿Cuánto quieres por ella, muchacho? Desde que la vi supe que su forja no era normal, está hecha con materiales muy poco frecuentes; la quiero.

—Quiero... 1.000 monedas de oro... Barsine, ¿no lo entiendes? En la guarida de las hormigas perdimos todos nuestros víveres y nuestro dinero, además de nuestro carro.

Sin dinero no sobreviviremos mucho tiempo...

—Asken...

—Muy bien, que sean 1.000 monedas de oro. No sé dónde os deparará vuestro viaje, pero con esta pequeña fortuna muchos vivirían para toda su vida —dijo tendiéndole varios saquitos con 100 monedas de oro cada uno.

—Gálmar, tenemos que irnos, nos corre prisa un asunto. ¿Para cuándo estará la espada?

—Hablas con un profesional de la herrería... Je, je...

Los materiales que me has traído son muy difíciles de forjar y se tardarían meses en hacerla, pero voy a poner todo mi empeño en este último trabajo. Cuenta con ella en dos semanas —dijo con una jovial sonrisa el enérgico herrero.

—Vámonos, Barsine, el tiempo apremia —dijo Asken bajando rápidamente las escaleras de la gran herrería de Gálmar.

—Maestro, ¿a dónde vamos con tanta prisa?

—Barsine, ¿por qué crees que le dije a Ágamis que volveríamos con el ocaso a por él y Leukathos? Si entramos con Leukathos en la ciudad intentarán matarlo, por eso tenemos que comprar un carro y caballos para esconderlo y poder entrar en las ciudades, chiquilla...

—Es increíble, pero, ¿cómo se te ha ocurrido eso a ti?

Sueles pensar primero con la espada antes que con la cabeza, me has dejado muy sorprendida, ¡ja, ja, ja! —rio a carcajadas el hada mientras Asken tenía cara maliciosa, y cogió el paño con el que limpió a Barsine del huevo y a la propia Barsine y se lo acercó.

—Ya que sólo se me da bien pensar con los puños, eso hare, acercarlos, je, je...

—¡No, no lo hagas! ¡Vale, vale, lo siento, eres muy sabio! Uff... —dijo aliviada Barsine mientras Asken la soltaba con cara de satisfacción.

Entre tanta conversación ya habían pasado la carpa, la zona rica del reino y la plaza central. Se acercaba ya el ocaso y Ágamis, junto con Leukathos, ya debían estar esperándolos.

Después de un rato el príncipe y el hada llegaron por fin al mercado.

Una vez dentro del mercado buscaron entre las incontables tiendas que anunciaban productos de todo tipo.

Primero debían encontrar un par de caballos, así que buscaron un puesto donde los vendieran. Siguieron el indescriptible pero fácilmente reconocible olor a boñigas y encontraron un vendedor de todo tipo de objetos, esclavos y animales subastándolos entre la multitud.

—¡Pasen y vean! ¡Aquí les traigo mercancías de todas partes para subastar! Los productos de calidad que subastaremos hoy son los siguientes: un carro completo con dos caballos, dos hermanos. ¡Miradlos qué sanos están! ¡Ja, ja, ja! Un carro lleno de especias, sal y azúcar, procedentes 104

de los más exóticos lugares; y seda de la mejor calidad para aquellos que quieran vestir como la nobleza con exquisitos ropajes.

—Guau, qué mercancías trae hoy. —

Es impresionante, qué calidad.

—Yo quiero esas telas, cariño...

—Entiendo, amorcito... Te las conseguiré...

Y así es escucharon un sinfín de comentarios sobre las mercancías del mercader.

—Asken, mira, ¡justo lo que necesitamos! ¡Un carro con caballos!

—Mira atentamente, Barsine... ¡Esos caballos son los que se nos extraviaron en el pantano!

Tenemos que recuperarlos en la subasta, vamos.

Asken y Barsine se colocaron al frente de la fila y el hombre comenzó a subastar las telas. Mientras lo hacía, uno de los caballos, al reconocer a Asken, dio un fuerte rebuzno que hizo caerse del susto al jocoso comerciante. Acabadas de vender las telas la mitad de la multitud se fue, pues era el producto que más interesaba, y a continuación llegaron los dos hermanos. Eran un chico y una chica de unos trece años, ambos rubios y con aspecto de no haber comido en días, y el vendedor dijo así:

—¿Quién da diez monedas de plata por estos niños?

Están en perfectas condiciones de salud y pueden trabajar como esclavos.

—¡Yo doy quince!

—¡Yo veinte!

105

—Asken... Sé que no debemos meternos en estas cosas... Pero por favor... cómpralos, dales la libertad... Yo misma antes de ser aventurera... fui una esclava que escapó de su amo... —dijo con tristeza el hada.

—¡Yo pujo por ellos! ¡Que sean cuatro monedas de oro, el equivalente a cuarenta monedas de plata! También pagaré otras cuatro monedas de oro por el carro, ¿alguien puede dar más? —dijo Asken con mirada decidida.

—No puedo dar tanto... Es demasiado.

—Mi mujer me matara si gasto más de diez monedas...

—Al señor de las monedas de oro, ¡adjudicados los dos lotes! Tuyos son los niños y el carro con los caballos —dijo el vendedor mientras con unas llaves abría las jaulas donde estaban atrapados los niños y le entregaba a Asken las riendas de los caballos, ya preparados en el carro.

Después de eso, Asken les dio orden a los niños de subir a este. Ya encima del carro guio a los caballos hasta la salida de la ciudad, pues ya era el ocaso. Una vez hubieron salido, Asken habló con los niños:

—Chicos, ya sois libres, podéis hacer con vuestra libertad lo que queráis.

—¿Cómo es que no nos haces nada? ¿Nos das la libertad a mi hermana y a mí? ¿Cómo...? ¿Cómo...? Snif...

Haces eso por personas a las que acabas de conocer... Snif...

—dijo el chiquillo llorando junto a su hermana.

—Simplemente, porque no soporto ver más injusticias, y una chica que pasó por lo que vosotros me lo pidió... Ahora corred... A unos kilómetros de aquí hay una aldea. Sabrán cuidaros. Suerte, chicos. ¡Ah, me llamo Asken y esta es 106

Barsine! —dijo Asken mientras cogió las riendas de los caballos y se fue a toda velocidad, dejando a los niños a las puertas de la muralla.

—¡Señor, muchas gracias, le debemos la vida! —

dijeron los niños entre lloros mientras caminaban hacia su destino.

—Asken... Has hecho bien... No soporto estos momentos... Snif... —dijo el hada con algunas lágrimas en los ojos.

Con el carro yendo a toda velocidad pronto vieron en el punto acordado. Vieron entonces las

brillantes escamas de Leukathos, devolviendo los últimos rayos del día. Ágamis estaba con él, acariciándolo, y al ver el carro corrió junto con Leukathos hasta donde estaban ellos.

—¿Cómo os ha ido en Astratia? ¿Atontasteis a nuestros espías? ¿Y ese carro? —dijo Ágamis entre preguntas.

—Sí, les encontramos. Uno de ellos... perdió un brazo, pero eso es otra historia... Gracias a ellos encontramos a un herrero famoso, Gálmar, que está dispuesto a forjarnos la espada de las leyendas de Fósfor.

—¿Y el carro?

—El carro es para esconder en él a Leukathos y poder entrar en las ciudades, además de que es un buen medio de transporte.

—Chicos... ¡Vámonos ya, que me ruge la tripa y tenemos alquilada una habitación en una posada por algo! —

gritó ansiosa Barsine con la tripa rugiente.

—¡Grrrh! —rugió el joven dragón, mientras con mucho esfuerzo le metían Asken y Ágamis en el carro.

Ya de noche habían vuelto a entrar en Astratia. Dejaron el carro con Leukathos en su interior en la caballeriza de la posada, y una vez dentro cenaron los cinco supervivientes juntos, contándose todo cuanto había pasado en los últimos días.

Pasaron las dos semanas en lo que se les hizo una eternidad. Mientras había pasado ese tiempo habían trazado un plan a seguir para cuando fuesen al castillo de Astratia para conseguir la reliquia maldita y la sangre del rey.

Asken iría al castillo y le contaría al joven rey cómo de grave es el problema al que se enfrentan todos los reinos; le diría que procede de Fósfor y la situación de su patria, con la esperanza de que le creyera, y Astratia se aliase con Fósfor.

Pero antes debía ir a ver a Gálmar.

Fueron los cinco a la imponente torre, y al llegar hasta su cima se encontraron con la gran habitación donde trabajaba Gálmar llena de marcas oscuras, como si se hubiera incendiado todo, y vieron al viejo herrero acabar de preparar la espada sin reparar en ellos en un estado de absoluta concentración. Se podía apreciar que en el yunque había un sello mágico de fuego, y cuanto más fuerte golpeaba Gálmar, más calor desprendía por toda la habitación, especialmente en la espada el sello.

Dando el viejo herrero un último gran golpe seco en el cuerpo de la espada, la sacó con unas tenazas y la enfrió metiéndola en la bañera llena de agua. Entonces, saliendo de su trance, reparó en el pequeño grupo que estaba delante de él. —Llegáis justo a tiempo, ya está terminada... Para acabarla tan rápido no dormí en estas dos semanas...

Cogedla e iros... Este viejo necesita descansar durante el 108

tiempo que estuvo despierto... —dijo mientras se sentaba en su trono de metal y comenzaba a roncar.

—Veamos qué tal hecha está la espada... —dijo Asken acercándose hacia la bañera donde acababa de templarse.

La espada tenía un tamaño de un metro y medio. Su hoja de colmillo de dragón relucía reflejando cualquier luz que osase tocarla y la empuñadura, de oro, tenía en su centro la gema mágica de Etria. En la hoja aparecían las siguientes palabras:

Tu sangre será mi guía, mi filo, tu camino.

—¡Guau! Qué espadón, es preciosa... —dijo el hada maravillada.

—¿Y esta espada absorberá la sangre mágica de los reyes?

—Por supuesto que sí, Ágamis. Padre me dijo que así era la leyenda, y hay que confiar en ella...
Ahora vámonos, tenemos una última tarea que cumplir en esta ciudad.

Capítulo 9 Malentendidos, disputas y sangre oras después ya se encontraban los cinco a las puertas del imponente castillo. Era comparable en altura al doble del castillo de Fósfor; sus cimientos debían

ser sólidos para soportar tan monstruoso tamaño, lo que hacía notoria la gran habilidad constructora élfica. Sus torreones se alzaban sin restricciones hacia el cielo, rasgando las nubes, y llegando a lugares inciertos donde apenas llega la imaginación. El gran portón, imponente, parecía custodiar todas las reliquias del mundo, dando entrada a las entrañas del castillo.

—Dábel, Astreth, necesito que traigáis el carro con Leukathos dentro cerca de la entrada, es posible que no salga esto bien y hay que asegurarse. Esperaréis en él mientras hablamos con el rey.

—¡Entendido, mi señor! Vamos, Dábel, debemos ir rápido.

—Sí, hermano —dijo mientras se alejaban en una maraña de calles en dirección a la posada de Aldruick. —

Barsine, Ágamis, entremos.

—¡Sí! —dijeron los dos al unísono.

Por la portentosa apariencia de la espada de Asken y el uniforme de Ágamis, los guardias les dejaron pasar pensando que eran nobles. El interior del castillo impresionaba tanto o más que su exterior. Un bosque de columnas soportaba la gran bóveda central de la gigantesca construcción, y en ella, grabadas en el techo, varias escenas sobre la fundación del reino élfico parecían cobrar vida. Llegaron a través de la sala 111

central del castillo ante una gran puerta custodiada por dos guardias; debía ser la sala del trono por su exquisito acabado en oro. Acercándose a ésta, dos guardias les cortaron el paso.

—¿Quiénes sois y a qué venís? —dijo uno de los guardias mirando de arriba abajo las vestimentas de cada uno.

—Somos nobles de un país extranjero. Venimos a hablar con vuestro rey sobre un asunto que si no se trata...

podría significar la caída de su reino... —dijo Asken con el tono crítico que le brindaban sus fuertes palabras.

—Esto es sospechoso... Si fuese a pasar algo tan grave ya nos habríamos enterado... —dijo uno de los dos guardias con una mirada cada vez más intimidante.

—¿Sospechoso? Nos herís con esas palabras. Sólo veníamos a avisaros de una catástrofe

venida y así nos tratáis, con desconfianza... Nos vamos, pero sabed que los primeros que caen en los asaltos son los guardias... Y aun si sobrevivís, vuestro rey os mandará matar por no avisarle de tan importante noticia. Pero habéis escogido ese tortuoso camino... Je, je... —parlamentó ingeniosamente Ágamis advirtiendo la indecisión en la cara de los guardias a medida que hablaba.

—¡Si, vámonos, aquí no nos quieren! —reforzó el hada.

—No, ¡esperad! Perdonad nuestras impertinencias, pasad por esta puerta... Su alteza estará encantado de recibirlos... —dijo el otro guardia asustado.

—Menos mal que habéis entrado en razón. Dejadnos pasar ahora mismo —dijo Asken apresurándose hacia la puerta que estaban abriendo los guardias.

Los guardias abrieron las puertas y el pequeño grupo se encontró una escena digna de recordar. La sala del trono parecía la habitación de un bebé. Tenía el imponente trono en medio, pero estaba llena de cunas, sonajeros de madera y toda clase de cachivaches, y había marionetas colgadas en el techo que le conferían un toque siniestro al lugar. En el centro de la sala real se encontraba el joven rey, un chiquillo que cualquiera por su aspecto podría decir que perdió el juicio. Su piel estaba pintada de maquillaje blanco, confiriéndole un aspecto pálido. Sus ojos verdes intensos no dejaban ver el resto de los rasgos de su cara. Vestía zuecos de madera acabados en una punta de acero cada uno. Su musculatura, aunque aún joven, se hacía notoria. Un gran gorro de cascabeles de oro culminaba su cabeza a modo de corona, dejando escapar apenas unos cuantos cabellos rojizos. Éste era el nuevo rey de los elfos. El joven rey de pronto les miró y dijo:

—¿Venís a entretenerme como los demás?

Intentadlo... —rio históricamente saltando del trono con una mueca maliciosa en la cara.

—No venimos para cosas tan banales como esa, su alteza... —ironizó Asken.

—¿Entonces qué queréis de mí si no buscáis dinero?

—dijo mientras su antes semblante zalamero se tornaba en serio y frío.

113

—Venimos a advertiros sobre un gran peligro, y a la vez a pedir un favor.

—No te hagas el remolón y ve al grano, que me aburro

—dijo sin mostrar interés ni respeto.

—Verás... Por increíble que parezca, somos de Fósfor, el país que desapareció hace mil años. Nuestro pueblo consiguió huir y formamos un reino en un lugar que pocos conocen. Recientemente descubrimos que el rey de Crecia se hizo con la cuarta reliquia oscura, y pretende juntarlas todas para resucitar a Zagmahor... Sabemos cómo detenerle, pero necesitamos que nos preste su alteza dos cosas... Su sangre y la reliquia que guardáis en vuestro reino... —relató Asken con voz firme y enérgica.

—¿Cómo esperáis que me crea semejantes patrañas...?

Ja... ¡Ja, ja, ja! Teníamos noticias de movimientos extraños en Crecia, pero... ¡¿Sois de Fósfor?! Eso no se lo cree nadie, sois asesinos enviados por Crecia para descabezar mi reino y quedaros con la reliquia...

—¡Espere! ¡Eso es sacar conclusiones precipitadas!

Escúchenos, sólo venimos para avisaros y conseguir...

—¡Cállate! Sólo venís a tomar mi vida como lo hicieron con mi padre... Vos lo dijisteis... ¡Vais a por mi sangre! No me mataréis... ¡No lo haréis! ¡Guardias! —

exclamó el joven rey histérico y temblando mientras cogía un pequeño mangual situado debajo del trono real.

—Chicos, preparaos para huir, no atiende a razones.

—¿Qué se ha creído ese? Otra vez no... Como con Irsia no... —dijo el hada visiblemente cabreada.

—Asken, Barsine, ¡parad! Ya están en la puerta los arqueros, ¡si pasáis os agujerearan! —gritó Ágamis viendo a seis arqueros acercarse hacia la puerta junto a los guardias.

Tres flechas atravesaron la gruesa pared de la habitación e impactaron de lleno en el escudo de Ágamis.

Éste, viendo que si lograban entrar en la habitación estarían condenados, corrió hacia las puertas de la sala, y con su gran escudo se puso a defender su posición.

—Príncipe, mientras los contengo consiga la reliquia,

¡sáqueselo a ese payaso pugnante!

—Gracias... ¡Vamos, Barsine!

—¡Sí! Éste se va a enterar.

—¡No me mataréis! ¡No acabaré como mi padre!

¡Atrás, bellacos! ¡Prueba mi mangual, miserable! ¡Ja, ja, ja!

—rio de nuevo maliciosamente mientras golpeaba en el estómago a Asken con el mangual y caía al suelo.

—¡Agh...! Mi... tripa... Te acordarás... de mí... —

¡Muere! —gritó el rey arlequín, mangual en mano.

El rey lanzó el mangual, pero en el último segundo, Asken lo repelió golpeándolo con su espada y le seccionó una mano al rey con un corte limpio. La tibia sangre danzaba sinuosamente sobre Ardana, llenando los huecos de las letras grabadas en su interior.

—¡¡Gyaaaah!! Mi mano, duele... ¡Duele! Guardias, padre... ¡Ayudadme! —gritaba el rey llorando de miedo con una expresión de horror en la cara.

Mientras tanto, entre los guardias y los arqueros lograron hacer retroceder a Ágamis lo suficiente como para 115

entrar y dispersarse rodeando, tanto al joven mago, como a Asken y Barsine.

—¡Disparad, matadlos! —gritaba una vez más el rey.

Los arqueros se distribuyeron desde seis puntos distintos; Asken y los demás no podrían esquivarlo y éstos tensaron las cuerdas, pusieron las flechas y dispararon hacia ellos. —La sangre fluye, Ardana brilla... La sangre me guiará... —murmuró Asken observando que las letras

grabadas en la espada brillaban intensamente. De pronto, de la espada surgió un vendaval de tal magnitud que logró desviar las flechas mágicas y golpear a los arqueros contra las paredes de la sala cual hojas a merced del viento.

—No puedo creerlo... Éste es su poder... —miró estupefacto el príncipe a la espada, ahora semitransparente.

—Asken, corramos, ¡es nuestra oportunidad! —gritó el joven mago, estando intacto gracias a su escudo.

—¡Sí! Escapemos, que menuda has hecho, ja, ja, ja —

reía el hada.

Corrieron a través del bosque de columnas, abatiendo a cuanto guardia intentaba matarlos, y Ágamis, poniendo los dedos sobre sus labios, silbó ruidosamente, llamando al dragón blanco.

Se podían ver a unos metros las puertas que conducían a la salida. Detrás de ellos, docenas de guardias corrían con sus espadas y lanzas esperando darles muerte y varios arqueros apostados en la entrada les esperaban apuntándoles con sus grandes arcos. Los tensaron al máximo y lanzaron una lluvia de dardos que antes de llegar hasta ellos cayeron al suelo en forma de ceniza. Un fuego abrasador había

calcinado a los arqueros que tenían delante y quemado las flechas. Al fondo, Asken y sus compañeros pudieron distinguir de entre las llamas un ser de blancas alas al atravesar las puertas; era Leukathos. Con apenas un movimiento de sus grandes alas el fuego creado se disipó fugazmente, y volando a ras de suelo se dirigió rápidamente hacia Ágamis, que de un salto montó en él y se dirigió hacia sus perseguidores por la retaguardia.

—Nosotros nos encargamos de esto. Asken, Barsine,

¡huid de aquí! —gritó el ya jinete de Leukathos.

—Estúpidos... ¡No muráis! ¡Nos encontraremos en el lugar que acordamos en la puesta de sol! —respondió Asken dirigiéndole una última mirada y una sonrisa confiada, un momento antes de que unos por la retaguardia y otros por el frente se separasen.

Ágamis apretó suavemente el cuello Leukathos y éste lanzó una llamarada inmensa, atravesando el bosque de columnas del castillo y quemando a los guardias. Al ser tantos, se dividieron en dos grupos, y uno de ellos logró pasar a través de ellos para perseguir al príncipe.

—Suerte, chicos... —murmuró Ágamis viendo cómo se alejaba el grupo de guardias y se quedaba a luchar con Leukathos.

Asken y Barsine lograron salir finalmente del castillo y vieron delante suya varios cadáveres de guardias esparcidos alrededor del carro; lo habían protegido todo ese tiempo. Corrieron hacia él y vieron a los dos hermanos sentados en el suelo, exhaustos por la lucha.

—Mi señor... Lo protegimos hasta el final... —dijo Dábel con voz débil, incorporándose en la parte trasera del carro junto con su hermano.

—Habéis hecho bien... Ahora descansad, huyamos de aquí. Vamos, Barsine —ordenó el joven príncipe incorporándose en el carro y cogiendo las riendas de los caballos.

—¡Sí! Vámonos de este lugar. Ya me he cansado de ver payasos —rio Barsine a carcajadas mientras se posaba en el hombro de Asken.

Asken tiró de las riendas y los caballos empezaron a correr, pero una flecha en llamas se clavó justo delante de los caballos y los descontroló violentamente; el grupo de guardias que se separó les había pillado.

Los guardias corrieron hacia el carro y Asken saltó del este empuñando fuertemente a Ardana. La hoja casi transparente desprendía un gélido viento que cada vez salía con más fuerza, y la voluntad de la espada le llegó a la mente de Asken:

— *Reú ne los cinco nombres para que renazca una vez má s. Yo soy el primero, «Eolia Ardana»*
—resonó la voz en su cabeza.

—Los cinco nombres, ¿eh...? Espero poder reunirlos después de esto... Déjame portarte una vez más... ¡Eolia Ardana!

Al gritar el joven príncipe estas palabras, el fuerte viento de la espada tomó forma; duplicó el tamaño normal de la hoja y un intenso viento recubría el cuerpo de Asken como el capullo en el que se esconde la oruga a punto de renacer como una mariposa.

Los lanceros arrojaron sus lanzas sobre él violentamente en una inmensa lluvia de dardos, que al entrar en contacto con el aire de la espada se desviaban, clavándose en los cadáveres de sus compañeros esparcidos por el suelo.

El príncipe, sin inmutarse lo más mínimo y con una mirada fría en los ojos, dio una estocada hacia delante y levantó una columna de viento que derribó a los guardias que tenía al frente, lanzándolos contra las paredes del castillo. Varios arqueros mordieron sus dedos y goteaban incesantes perlas carmesíes de ellos. Dibujaron en sus ropas el símbolo que llevaban en su mano y tensaron sus arcos. Cogieron una flecha cada uno de sus carcajes y dispararon. Tal era la potencia de sus disparos que las cuerdas de sus arcos se rompieron.

Las flechas impactaron contra el escudo de aire de Asken y lograron traspasar parte de él, haciéndole cortes tanto en brazos como piernas, provocándole caer al suelo de rodillas.

—¡Ah! ¡Duele! Esto es... sangre... Esto no es un juego... Puedo morir... Pero... ¡Eso no va a suceder! —

gimió de dolor el herido príncipe, y levantándose lleno de rabia por dolor corrió hacia los pocos guardias que quedaban en su camino.

Al cabo de un rato se veían esparcidos por el suelo cadáveres recientes de personas que lucharon sin saber por qué, heridos que huían junto con sus compañeros de la horrible escena, y un muchacho con una espada tirado en el suelo sobre un charco de sangre que trataba de levantarse con la mirada borrosa, puesta hacia el interior del castillo. El 119

joven sonrió antes de caer inconsciente. Un dragón de alas blancas se dirigía hacia él.

Capítulo 10 La resurrección del oscuro pasado

e escuchaba la lluvia golpear intensamente sin descanso a la tierra; el sol y sus brillantes rayos eran Shurta dos por las enfurecidas nubes, que tronaban sin descanso en una sinfonía interminable; y un pequeño carro tirado por dos caballos avanzaba por un sendero cubierto a ambos lados por oscuros charcos nacidos de las lágrimas del cielo. Los ojos del príncipe comenzaron a abrirse lentamente, volviendo a la realidad que precede a los sueños, y la primera imagen que vio después de su letargo fue la de Barsine echándole una jarra llena de agua en el rostro.

—¡Te pillé! Llevo esperando desde que salimos del reino con la jarra para hacerte esto, ¡ja, ja, ja!
—reía burlona mientras el príncipe, sobresaltado por el susto, se dio en la cabeza contra la madera del carro.

—¡Pero serás...! ¡Agh! Mi cabeza... Estos vendajes...

Los derroté... Vi a Leukathos venir como si fuese un ángel viniendo a por mí —murmuró pensativo Asken mientras le daba un manotazo a Barsine y la mandaba a volar un rato. —

Sí... Este pequeñín y yo logramos vencer a la mayoría de los guardias, y cuando salimos del castillo te encontramos tirado en medio de docenas de cuerpos y con el carro descontrolado por los caballos... Te metimos en él y huimos en dirección al portón de entrada, forzamos las puertas y logramos escapar al fin... —explicó el ya imprescindible Ágamis.

—Así que todo eso pasó... Pero... Perdimos la reliquia... Debemos conseguir al menos una de las cinco para que no resucite ese demonio...

122

—Dábel y Astreth, como dijiste, se quedaron en el reino para recabar información desde allí...

—Entiendo... Es mejor así...

De repente escucharon el ruido de muchas pisadas sobre los charcos dejados por la lluvia. Se asomaron fuera del carro y vieron caravanas llenas de gente; madres, padres y niños caminando con miradas tristes y con las cabezas cabizbajas andaban a su lado. Ágamis se ofreció a preguntarles por qué tal grupo de gente estaba peregrinando a algún lugar. Saltó del carro, y viendo a un hombre con un vendaje en la cabeza que cubría su ojo derecho, le preguntó:

—Perdone, viajero, ¿qué ha ocurrido para que emigre tal cantidad de gente y que de entre ellos haya tantos heridos?

—preguntó Ágamis viendo que al acabar de hablar el hombre lloraba por un ojo y se humedecía la venda que cubría el otro.

—No emigramos, huimos...

—¿Huis? ¿De quién? ¿Qué os ha ocurrido?

—Fue... hace un mes... Somos el pueblo de Crecia...

Nuestro propio rey nos ha desterrado violentamente... a todos... Snif... —lloró tristemente el hombre viendo la expresión de gravedad en la cara de Ágamis.

—¿¡Pero cómo...!? Si vuestro reino se preparaba para la guerra contra todos nosotros... Cuéntame qué ha pasado,

¡te lo ruego!

—Así que eso es lo que difundió el rey fuera de nuestras fronteras... Verás... Hace más de un mes hubo un atentado contra nuestro rey según nos contaron y estuvo con la mayor parte de su cuerpo quemado descansando en cama.

Un día despertó sin ninguna herida, pero su piel se volvió

oscura y su pelo rojizo como la sangre. Se volvió... extraño; ya no era nuestro rey...

—¿Extraño? ¿No era vuestro rey? ¿Qué ocurrió? —

preguntó atropelladamente el preocupado mago.

—Él... mandó a todo el ejército contra los orcos...

Pero como nos superaban y mucho en número... obligó a mujeres y niños a venir a la campaña...

Prácticamente todo el reino fue... Recuerdo cómo al llegar al reino de los orcos, Altroth... Venían enemigos por todos lados, mataban a los niños... Torturaban a las mujeres, y los hombres morían como perros en una guerra que no tenía sentido... Ese lugar por un momento se convirtió en el propio infierno... Y

entonces... Entonces... —dijo el hombre con el rostro pálido.

—¿Entonces qué? ¡Por los dioses, dímelo! —exclamó Ágamis, perdiendo los estribos por el horror de los hechos que le estaba contando.

—¡Entonces nuestro propio rey nos traicionó! Venció a su rey en combate, y tras hacerlo todos los orcos le obedecieron, y... reuniendo a los dos ejércitos nos dijo en voz alta: «Os doy dos opciones, crecianos: morid por mi espada y convertíos en mis vástagos no muertos, o... ¡morid a manos de los orcos y sed reducidos a la nada!». Cuando acabó de decir esto... el pánico cundió entre todo nuestro ejército... Instantes después intentamos huir y el rey mandó a los orcos contra nosotros... Un ejército de 50.000 orcos contra apenas 30.000 crecianos... Íbamos a morir todos en esa batalla. El rey cortaba con su espada a los soldados, pero al morir... cambiaban su forma... Se convertían en seres

negros con los ojos carmesíes, y sus cuerpos, que chorreaban sangre, despedían un aura oscura y olor a descomposición...

—dijo el hombre llorando desconsoladamente.

—Con una batalla así... ¿Cómo lograsteis sobrevivir?

Es casi... irreal... —dijo Ágamis sin poder creerse lo que escuchaba.

—Si logramos sobrevivir fue sólo porque el ejército se sacrificó conteniéndoles, mientras mujeres, niños, ancianos y... desertores como yo pudiésemos huir... ¿Qué otra cosa podía hacer más que huir? ¿Qué otra cosa podía...? Snif...

Sólo eso... Huir... —se lamentó el hombre llorando de rodillas en el suelo.

—Es horrible... Es... peor de lo que me temía. Señor, guíe a los supervivientes por el camino que está detrás de ese carro de allí. En medio día más o menos llegarán hasta el reino de Astratia... —dijo Ágamis despidiéndose del hombre.

El joven mago corrió sin descanso hasta el carro y de un salto se metió dentro de él. Relevó a Asken de dirigir a los caballos y los dos le preguntaron:

—¿Cómo te ha ido? ¿Por qué hay tanta gente peregrinando? —preguntó con curiosidad el príncipe.

—No te hagas de rogar, vimos cómo hablabas con ese hombre y empezaba a llorar... Dinos, ¿qué pasó? —

preguntó preocupada el hada.

Ágamis les relató todo cuando contó el desertor herido, y a medida que iba contando sus semblantes se iban volviendo pálidos unas veces y palpitantes por la rabia otras.

Cuando acabó de relatarles lo sucedido, Asken dijo: 125

—Entiendo... Así que su objetivo es volver a crear un ejército formado por los reinos oscuros nuevamente... Y por la descripción que te dio ese hombre, esas criaturas oscuras son... «huecos». Son los vástagos que tiene Zagmahor en el infierno... —dijo con el semblante serio y pensativo.

—Debemos detenerle... Pero, ¿cómo? No poseemos ni siquiera un ejército con el que hacerle frente... Estoy harta de tanta muerte...

—Chicos, sólo hay una cosa que podemos hacer por ahora, y es reunir tanto la sangre de los reyes, así como conseguir las reliquias para evitar la resurrección de Zagmahor... Ágamis, ¿cuál de los reinos que no hemos visitado está más cerca de nosotros?

—El más cercano es... Lívlinzor, el reino subterráneo de las Águilas.

—¿Águilas bajo tierra? ¿Estáis locos? ¿Cómo puede haber águilas bajo tierra...? —preguntó incrédula el hada.

—Créeme que las hay, Barsine. Leí de pequeño muchos libros sobre ese lugar... y esconde más sorpresas de las que crees... Je, je —rió vagamente el príncipe, insinuando cosas que aún no podía comprender el hada.

—¡Si de verdad existen, vayamos! ¡Adelante, caballos!

—gritó la intrépida hada mientras les daba un cachete en las posaderas a los sementales, que reaccionaron con una gran piafada a la que le siguió el rápido traqueteo de sus cascos sobre los charcos.

Capítulo 11 El agua mágica y el vencedor

de la tormenta

sken abrió el mapa y comenzaron a trazar la ruta a seguir a partir de allí.

A —Nosotros estamos en este punto, al este de Astratia, cerca de la cordillera de Equistos. Para llegar a Lívlinzor debemos seguir este camino y avanzar hacia el sur hasta llegar a las Costas Gargáricas. Una vez allí debemos buscar alguna ciudad costera para encontrar un barco.

—¿En barco? ¿Las águilas no estaban bajo tierra?

Como me digas que nadan esta hada te va a propinar tal puñetazo que te volverá la lucidez —dijo el hada malhumorada, pensando que le tomaban el pelo.

—Qué violenta eres... Esta es una de las sorpresas de Lívlinzor; el reino de las águilas es la inmensa isla de Lívlinzor. Es un pedazo de tierra con paredes rocosas de hasta cien metros de altura. En éstas, las águilas crean sus casas, tanto nidos, como verdaderas cuevas excavadas con sus picos, donde guardan los huevos y mercancías que recogen por todo el mundo para comerciar por comida.

—Es más fácil creer que respiren bajo el agua que creer eso. Seguro que me estáis engañando, jo... —dijo el hada enfurruñada.

—Ya lo verás con tus propios ojos, pero antes quiero que hagamos una pequeña parada ¿Veis esta marca circular en el mapa? ¿La que está rodeada por un pequeño bosque?

—les preguntó Asken, señalando un punto intermedio entre la zona en la que estaban y las Costas Gargáricas.

—¡Ese lugar! Ya entiendo por qué quieres ir allí —

exclamó Ágamis con expresión erudita, pareciendo recordar algo sobre el tema.

—¿Qué lugar es ese? Decídmelo, no os andéis con rodeos u os devolveré la lucidez —amenazó el hada con sonrisa malévolamente mientras Asken procedía a explicarle.

—Verás, se dice que en ese lugar hay un manantial mágico custodiado por las hadas del bosque que es capaz de regenerar cualquier herida. Pero las hadas desconfían de los humanos y jamás ninguno ha logrado bañarse en sus aguas, ya que si lo hiciesen sin el consentimiento de estas, el propio lago haría lo contrario: succionaría la vida de quien se bañó en él hasta la muerte.

—¿No iréis...? ¡No, ya sé qué queréis hacer! ¡No me vais a usar para que os dejen bañaros en su lago, aprovechados!

—Barsine, necesitamos recuperarnos. Además, quizás esa agua mágica sea capaz de curar tu maldición, ¿quién sabe? —puntualizó Ágamis con una sonrisa.

—¿A qué estáis esperando? ¡Vamos a ver a mis hermanas! ¡Adelante, caballos! —dijo con expresión más que decidida, dando un «golpe de lucidez» de nuevo al trasero de los caballos que corrían al galope y piafaban por los cachetes. —Qué fácil de convencer... Como las niñas —
rieron Ágamis y Asken.

Les llevó casi un mes atravesar la cordillera de Equistos en dirección sur. No pudiendo ir encima de Leukathos para no abandonar el carro con los caballos, soportaron las cruentas ventiscas de las montañas.

Sobrevivieron cazando las pocas bestias que se encontraban en la nívea cumbre y bebiendo de la nieve derretida.

Lograron pues, en casi un mes, bajar la montaña y proseguir su camino. Era la hora en que el sol pugnaba con la luna la supremacía de los cielos, y perdiéndose con ésta, el firmamento se teñía con su sangre incandescente para dar paso a la oscuridad de la noche. Se vislumbraba ya bajo el fragor de las estrellas una pequeña arboleda y al verla, el intrépido grupo comenzó a gritar:

—¡Por fin! ¡Lo encontramos! ¡Al bosque de las hadas!

—gritaron todos al unísono, aun estando cansados y algo desnutridos por el viaje.

—Démonos prisa. Esta noche... por fin sanaremos...

—dijo con un suspiro de alivio Asken tirando fuertemente de las riendas, obligando a los caballos a adentrarse en el bosque. Llegaron a un claro y ataron a un árbol a los caballos.

Podían sentir la brisa nocturna acariciar su piel; el ruido de los grillos amenazaba el silencio de la noche y las copas de los arboles parecían nutrirse del cielo para dar lugar al vasto mundo por el que caminaban. Dejaron a Leukathos como guardián de los caballos, por si les atacaban los lobos, y prosiguieron su búsqueda del manantial secreto de las hadas.

—Asken, mira. Hay hombres caminando por esa dirección, tienen las manos ensangrentadas y heridas graves, vamos a ayudarles, ¡vosotr...! ¡Mi... bzoca! —intentó exclamar el hada, pero Asken le tapó la boca con la mano. —

¡Sssh! ¿No ves que son bandidos? Si les llamas intentarán matarnos y robarnos la poca comida que nos queda.

—Pero... Están heridos... Podrían morir... —dijo preocupada el hada con su boca ya libre.

—Creo que con esas heridas sobrevivirán... Además, seguro que están buscando lo mismo que nosotros: el manantial de las hadas —puntualizó Ágamis.

De pronto se escucharon una multitud de cantos femeninos por todo el bosque. Era una melodía armoniosa y relajante e iba acompañada de flautas. Los bandidos corrieron en dirección a los dulces cantos y el grupo de Asken les siguió.

—Miraz, se veh una luh, ¡vayamoh hacia ella, perroz!

—exclamó el que parecía el jefe de los bandidos.

—¡Sí! ¡Vayamoh! —gritaron todos mientras corrían entre la espesa masa de árboles.

Asken y los demás les seguían a una distancia prudente y no tardaron en ver lo mismo que sus antecesores. Un manantial enorme brillaba, robándole la oscuridad a la noche; la luna se miraba en sus aguas fascinada y docenas de hadas se bañaban desnudas en sus aguas, desprendiendo de sus alas brillante polvo mágico que hacia iluminar el lago con luz propia.

—¡Guau! ¡El manantial! ¿Pero qué...? —no pudo acabar de hablar el hada, porque esta vez Ágamis la había agarrado con la mano.

—Sssh, no grites... Escondámonos detrás de esos arbustos —le susurró Ágamis al príncipe.

—Sí, tienes razón...

Escondidos en los arbustos, el grupo observó cómo los bandidos se acercaban a las hadas y les decían:

—Así que e'to eh ese manantial que cura a los he-ríos... Tenemoh camarás heríos, así que... Nos dejaréis usarlo, ¿verdad? Si no... Pasan mushas cosas... —amenazó el jefe de los bandidos.

130

Una de las hadas, la más grande de ellas, la cual doblaba el tamaño de una normal y tenía unas alas azuladas y brillantes les respondió:

—Soy la reina de las hadas; aquí no aceptamos gente marcada por las fechorías y la sangre. ¡Marchaos si no queréis morir! —avisó la reina.

—Pse... Un mojquito grande dándome órdenes a mí...

¡Chicos, apartad a toas esas moscas y lanzaos al agua! —

exclamó el líder de los bandidos, y todos se pusieron a correr hacia el manantial.

—¡No! ¡Parad o moriréis! —gritó Barsine saliendo de su escondrijo junto con el príncipe y el mago para avisarles del peligro, pero ya era demasiado tarde; la banda ya estaba en el agua.

—Qué dishe la mosca esa, el agua se siente muy bien...

—dijo el líder visiblemente relajado en el agua.

—Sí, jefe... Esto es la gloria... —respondieron los demás.

—Vosotros lo habéis querido... ¡Probad la ira de las aguas de mi pueblo! —gritó la reina enfurecida.

A una llamada de su reina todas las demás hadas se unieron en un extraño baile y su antes brillo cerúleo se tornaba en azabache. Bailaban sobre las aguas del manantial dejando caer polvo negro, antes brillante. Las aguas del manantial se volvieron rojizas. Era sangre. Docenas de rostros etéreos se aparecían desde el fondo del sangriento líquido mirando a los bandidos en una atmósfera de horror y desesperación. Poco a poco veían estos cómo sus cuerpos se iban consumiendo; tripas turgentes se volvieron desnutridas y luego quedó sólo piel y huesos, sus espíritus fueron devorados por el lago, añadiendo más rostros etéreos a la

larga lista de personas a las que el destino no supo favorecer.

Sentenciados ya los bandidos, las hadas, especialmente la reina, se fijaron en Barsine y su grupo, y se alborotaron cuando vieron a la pequeña hada llorar.

—¿Qué hace un hada viajando con humanos? ¿Por qué llora?

—¿Es posible...?

—¡Callad todas! Veamos, chiquilla... ¿Qué haces con unos humanos viniendo hasta aquí? Los humanos no son de fiar... Roban, matan, son presos de sus propias ambiciones y eso les cuesta la vida, así que... ¿Por qué estás aquí junto con ellos? —preguntó la reina.

—Mi nombre es Barsine... Y eso que dices de los humanos... Sí, puede que roben, maten y busquen poder...

¡Pero no todos son así! Son incontables las veces que estos dos hombres me han salvado la vida. ¿Veis las heridas que tienen? Varias de ellas las recibieron por defenderme...

Vengo con ellos para rogaros que les dejéis usar el manantial... —le suplicó Barsine a la reina de las hadas, llorando en parte por los que acababan de morir y en parte por la emoción de las palabras que había pronunciado.

—Eres... un hada muy interesante... ¡Ja, ja, ja! Si es cierto lo que dices, querida, no sólo merecen bañarse en estas aguas para recuperarse, sino el privilegio de llevarse una pequeña porción de ella.

—¡Pero reina! Los humanos nos atacaron en el pasado para vendernos como meras mascotas, ¿lo ha olvidado...?

—dijo una de las hadas indignadas.

—Como bien dices, nos atacaron en su propio beneficio, pero no darle el beneficio de la duda a una de nuestra especie sería como traicionaros a todas. Para saber si 132

es verdad o no lo que dice, con sólo un toque de mis labios sobre la frente de ellos veré sus recuerdos y distinguiré lo verdadero de lo falso —dijo sabiamente la regente.

—¡Asken, Ágamis, venid a su lado! No tenéis nada que temer... Lo sé... —dijo Barsine secándose las lágrimas.

—Vayamos... Es un honor, su majestad... —

respondieron los dos arrodillándose en una postura solemne ante la reina.

La reina de las hadas besó primero la frente de Ágamis y su expresión seria se volvió sonriente. Respondió lo siguiente:

—Tú, caballero que domó a un dragón; tú, que eres un amante de la sabiduría y el arte de la magia, y tú, que eres leal y con tu escudo protegiste de la muerte a los que te importan; tú eres bienvenido a nuestro manantial —dijo mientras quedaban las hadas sobresaltadas. —Es todo un honor para mí...

Dicho esto, la reina se acercó a Asken y besó su frente.

Al cabo de unos segundos quedó extasiada. Los ojos se le abrieron de golpe y se apartó sobresaltada.

—¡Tú, que portas la Ardana! ¡Tú, que posees tanto venganza como justicia en el corazón! Tú, quien tiene los hombros más pesados de entre los hombres, entra en el manantial y purifica tu cuerpo, eres digno.

—Os agradezco estas palabras... Os debemos la vida.

La reina junto con sus hadas esta vez volaba sobre el manantial y comenzaron a cantar al son de las flautas. Era la melodía que les había traído hasta allí. De sus alas salían polvos impregnados del color del arcoíris y las aguas brillaron de igual forma. Asken y Ágamis entraron en las aguas habiéndose desnudado, y cada herida al contacto con

el agua se deshacía, dando paso a piel y carne nuevas. Se podría decir que el agua devoraba las heridas dando a cambio la cura al que se sumergía en ella.

—¡Por los dioses! ¡Ni el bálsamo de fierabrás fue tan potente! —exclamó Asken viendo cómo las cicatrices semiabiertas sufridas en Astratia y el mal estado de su cuerpo debido al frío de las montañas se desvanecían como el polvo arrastrado por el viento.

—Qué relajante... Siento como si jamás hubiese sido herido... Esta agua aleja el dolor del cuerpo... —dijo Ágamis viendo que las múltiples heridas de flecha que tenía tanto por su curtida espalda y torso desaparecían.

La regente les trajo una pequeña botella de cristal con el símbolo de una runa mágica. La llenó completamente con el agua del manantial y extendiéndosela a Asken dijo así:

—Tomad. Este es el único recipiente capaz de conservar el agua mágica sin que pierda sus propiedades curativas.

De este modo ayudaremos al elegido por la espada viviente.

—La custodiaré con mi vida, reina de las hadas.

—Asken, ¡pasemos la noche aquí junto a ellas! Aquí no vendrán lobos durante la noche y estaremos seguros.

—Tienes razón... Además... Estoy demasiado relajado como para discutir contigo Barsine...

Así pues, un grupo de hadas trajo el carro con los caballos y Leukathos y pasaron allí la noche, arropados por el canto nocturno de estas. Al día siguiente, habiéndose despedido de la reina y sus hadas, partieron hacia el sur de nuevo, habiendo atravesado el bosque. En el horizonte ya se veía por fin el mar y un hilo de humo que indicaba que podría haber un pueblo se podía distinguir de entre las enormes

costas Gargáricas. Pasó una semana hasta que pudieron cubrir la tan cercana y a la vez lejana distancia que les separaba de la costa. El pueblo costero estaba ya cercano.

Se podía respirar una cálida brisa que traía olor a sal, a pescado y a mar. La playa, de arena finísima, se extendía infinita hacia los lados, y el mar parecía cada vez más cercano y a la vez distante; conocido y a la vez desconocido; misterioso. Llegaron por fin a la entrada de la ciudad. Ésta no estaba fortificada, por lo que desde lo lejos se podía apreciar cada casa, cada árbol y cada persona. Vieron un cartel en la entrada, y en él ponía:

«Puerto Merrow».

—Puerto Merrow... He leído tanto sobre él... —dijo Ágamis viendo el cartel con admiración.

—¿Cómo es que has leído sobre un sitio tan apartado como este? Es raro que una pequeña ciudad salga en los libros... —dijo Barsine con cara de extrañeza.

—Je, je, eso tiene fácil explicación. Verás... Como habitantes de Fósfor, estamos bastante lejos del mar; jamás lo habíamos visto hasta hoy... Como es natural, queríamos saberlo todo acerca de él, y mirando libros no tardó en salir el Puerto Merrow —explicó detalladamente el príncipe.

—¿Leísteis sobre este sitio sólo porque estaba cerca del mar? Creo que necesitáis los dos uno de mis golpes de lucidez...

—Te equivocas... Este sitio sale hasta en los libros por... su historia... Verás... Hace más de quinientos años, una flota de barcos piratas liderada por el famoso capitán Zoan acababa de atacar a un barco mercante y habían conseguido un buen botín, pero una fuerte tormenta se desató... La furia de los mares crecía por momentos y de 135

entre las aguas emergió el temible Kraken, el terror del mar.

La flota, afrontando el doble problema, perdió la mitad de sus barcos, pues quedaban veinte de ellos... El Kraken sacó sus largos tentáculos y fue hundiendo barco tras barco. Los piratas fueron aniquilados en una sola noche. Al día siguiente, unos quinientos piratas se despertaron semiinconscientes en la playa. Sin poder creerse que habían sobrevivido miraron a la lejanía del mar, y cientos de merrows se veían en el horizonte con varios peces en sus manos, al llegar a la playa, las merrows les explicaron que mediaron en la lucha contra el Kraken, salvando a todo pirata que pudieron del hambriento ser legendario. Los piratas, entre ellos su capitán, en agradecimiento decidieron dejar la vida pirata y fundaron esta ciudad bajo el sobrenombre de

«Puerto Merrow» —relató entusiasmado el erudito mago.

—¡Guau! ¡Menuda historia! Ahora me han entrado ganas de entrar en la ciudad... ¡Vayamos! ¡Corred!

Entraron con el carro a la humilde ciudad y no tardaron en ver el muelle repleto de barcos faenando. Los pescadores lanzaban inmensas redes al agua y al cabo de un rato, entre tres hombres sacaban cada una, que contenían docenas de peces. El mercado de la ciudad se situaba también cerca del muelle; los mercaderes exponían su mercancía a las gentes que curiosas veían peces de varios tamaños y colores y de los más raros lugares. Había pargos, lubinas e incluso salmones más grandes que un humano. Dieron varias vueltas con el carro por Puerto Merrow, hasta que por fin encontraron una posada para pasar la noche. Entraron, y dentro había marineros,

pescadores

y

comerciantes

charlando

ruidosamente embriagados por sus cervezas. El casero, al ver las monedas de oro que llevaba encima Asken, les dio la 136

mejor habitación de toda la posada, con vistas al mar.

Habiendo dejado el carro con Leukathos en la caballeriza de la posada fueron a su habitación para discutir el plan a seguir.

Asken abrió el mapa sobre el suelo y dijo:

—Para llegar a Lívlinzor debemos conseguir que nos lleven en barco o nos será imposible llegar hasta allí.

Tenemos que ir al muelle para ver si quieren llevarnos...

Dejaremos el carro aquí, junto con los caballos, y nos traeremos a Leukathos. Siendo descendientes de piratas les dará igual ver uno más.

—Sí... Tienes razón, vayamos al muelle. Le pedí al posadero un mapa de la ciudad por si acaso —dijo el previsor mago.

—¡Adelante con el plan! ¡A Lívlinzor! —exclamó Barsine.

—Decidido pues. Vayámonos ya.

Bajaron las escaleras de la posada y le dejaron el cuidado del carro al posadero. Luego desataron a Leukathos, que extrañado miraba en todas las direcciones, casas, fuentes, y los deliciosos peces.

Nada más salir de allí la gente se apartaba de ellos, y era normal, iban calle abajo dos hombres, un hada (por si no fuese eso ya motivo de que les mirasen) y además un pequeño dragón blanco, llamaban demasiado la atención, pero les daba igual, cogerían un barco y se largarían de allí.

Siguiendo el mapa de Ágamis tardaron poco en llegar de nuevo hasta el muelle. Era ya mediodía y estaban las calles menos concurridas, por lo que pudieron llegar fácilmente hasta los pescadores. Les dijeron que les pagarían bien si les llevaban a Lívlinzor y sólo uno de ellos accedió a cambio de que le protegiesen mientras pescaba en esas aguas, 137

ya que el Kraken de la leyenda seguía vivo y los pescadores del puerto siempre tuvieron miedo de la bestia.

Era un barco de tamaño reducido; apenas cabrían en él veinte personas. Tenía lo necesario para navegar: el timón, un mástil del que colgaba la vela, y varios remos. La madera estaba podrida por el agua y parecía tener al menos treinta años el barco.

—¿Vamos a ir en este cachivache a Lívlinzor? Si parece que cuando nos subamos el barco se vaya a hundir y nos comerán los tiburones... —dijo el hada sin reparos.

—Sssh, Barsine... Que es el único que accedió a llevarnos, calla... —le susurró Asken.

—Menudo pico de oro tiene la moza, ¡ja, ja, ja! Tienes razón, este barco ha sufrido demasiado. Perdí una apuesta hace años y perdí todo... Mi tripulación... Mi mujer... Mis hijos... Sólo me quedó este pequeño y toda la pobreza que veis.

—Entonces, señor, ¿por qué nos dijo que nos llevaría por un lugar tan peligroso? Fácilmente podrías perder este barco, lo único que te queda —dijo Ágamis desconfiando.

—Pues porque... Este viaje es para o cambiar mi vida o morir... Os dije que protegerais este barco mientras os llevaba para pescar un pez que sólo crece en estas aguas...

Un pez que vale su peso en monedas de oro... ¡Quiero que me ayudéis a conseguir un esturión errante!

—Guau, por el nombre debe ser un bicho grande.

¡Quiero verlo! ¿Cómo es, Ágamis?

—El Esturión errante no es un pez normal... Vive para morir. Ese pez puede alcanzar los tres metros y medio de longitud y trescientos cincuenta kilos de peso, de los cuales, 138

al menos un cuarto son sus huevas... consideradas un manjar por los nobles. Por eso vale tanto.

—Espera, ¿vive para morir? ¿Qué sentido tiene eso?

—preguntó Asken.

—Lo tiene... Porque como su nombre indica, son errantes, vagan por el mar durante toda su vida, y al final de ésta, sin saber cómo ni por qué, vuelven los esturiones errantes hasta su lugar de nacimiento para dejar sus huevas y que el proceso se repita, pero después de eso mueren, ya que al desovar se encuentran demasiado débiles como para alimentarse y fácilmente los cazan — explicó el joven mago.

—Así es, muchacho. Estás muy bien enterado...

Cuando le ponga las manos encima a esas huevas... ¡Seré rico, ja, ja, ja! —rió el pescador avaro.

—Asken... Este tipo no me gusta... —dijo el hada preocupada.

—Tranquila, Barsine, este hombre ha tomado una decisión e hicimos un trato con él... Le conseguiremos ese pez y podremos llegar a Lívlinzor...

—¡Zarpemos hacia los esturiones! ¡Izad las velas, grumetes! —gritó el viejo pescador.

El barco salió del puerto lentamente pero sin pausarse; en poco tiempo ya no se veía la costa, sólo mar abierto. Las gaviotas volaban incesantes y libres por el cielo en grupos.

Luego se hundían en el agua, y al salir traían consigo un pez en la boca. La brisa marina empujaba

las velas del barco moviéndolo como si de un hechizo se tratase, y el avaro pescador miraba con insistencia al horizonte.

—Por fin nos volvemos a ver, bastardo... ¡Se acerca una tormenta! —exclamó el pescador cambiando su expresión seria por una malévolamente sonrisa.

Rápidamente, un cúmulo de nubes se concentró delante de ellos. Las nubes antes blanquecinas oscurecieron como si cargadas de algún veneno se tratase; veneno que descargaron en forma de rayos, truenos y lluvia sobre el mar embravecido. Del agua, tan grande como una isla emergió el inmenso Kraken. El gigantesco monstruo poseía al menos treinta tentáculos de más de cuarenta metros de largo cada uno. Su piel era grisácea con tonos verdosos, y dos ojos más grandes que un ser humano brillaban intensamente con una mirada que invitaba a hundirse en la desesperación. A su lado, cuatro desesperados esturiones intentaban escapar de la fuerte corriente que formaba su boca al aspirarles hacia la muerte.

—¡El Kraken! ¿Qué hacemos, Asken? ¡Es gigante!

—exclamó el hada con más admiración que temor.

—No tenemos otra opción. Dijimos que le escoltaríamos hasta los esturiones, y eso haremos. ¡Ágamis!

—¡Sí! ¡Dame tus instrucciones! —indicó el mago.

—Tengo un plan; podemos morir, pero también podemos sobrevivir a ésta, ¿me ayudarás, amigo?

preguntó Asken a su compañero, mirándole a los ojos con una expresión de decidida valentía.

—Pse. Sabes que sí, no lo dudes jamás. ¿Cuál es el plan?

—Montaremos los tres en Leu e iremos a por él. ¡No vamos a morir en un lugar como este! —gritó Asken entre la violenta lluvia y el rugiente trueno que acababa de sonar cuando dijo esas palabras.

—¿Estás loco? ¡Moriremos! —dijo Barsine asustada.

—Barsine, no está loco, tiene un plan; su mirada me dice que sabe lo que hace —le replicó Ágamis al hada asustada.

—Eso es... Id a por él... Distraedlo mientras le quito ese tentempié tan valioso que tiene ahí... ¡Ja, ja, ja! —reía el codicioso pescador sacando un arpón atado a una cuerda de la bodega del barco.

Los tres valientes montaron en Leukathos y volaron hacia el Kraken, que habiéndose percatado de la presencia del dragón, comenzó a segregar una exorbitante cantidad de tinta a su alrededor. El océano se volvió oscuro; un veneno mortal mataba lentamente la furiosa agua del mar, dejando a su paso cuerpos de peces, medusas y otras especies marinas.

Los esturiones flotaban bocarriba a la deriva por el inmenso mar teñido de negro. El Kraken alzó sus treinta tentáculos por encima de las aguas y comenzó a girar sobre sí mismo en una danza escalofriante. Los tentáculos se abalanzaban sobre el joven dragón, que guiado por Ágamis los esquivaba hábilmente.

El cochambroso barco luchaba por no desgajarse ante las tremendas olas que levantaba el Kraken en su incesante movimiento, pero poco a poco llegó hasta los cuerpos de los cuatro esturiones. El avaro pescador lanzó su arpón con la fuerza suficiente para alcanzar a uno de los esturiones, y tirando con todas sus fuerzas, metió en su barco al valioso animal de trescientos kilos.

—Ya tengo lo que buscaba, je, je... Quería una escolta porque el Kraken se alimenta de estos bichos... Ya no os necesito... ¡Cubriréis mi huida! ¡Ja, ja, ja! —exclamó agarrando fuertemente el timón y girándolo al lado opuesto al que le arrastraban las aguas.

El Kraken giraba cada vez más y más rápido, hasta que en el cielo nublado se hubieron apartado las nubes en la zona en que giraba violentamente, formando un remolino. Se podía ver la luna, expectante en el firmamento sobre lo que acontecía allí mismo. Leukathos no pudo lograr esquivar todos los tentáculos, y uno de ellos impactó brutalmente sobre su cuerpo, lanzándolo por encima del hueco sin nubes en el cielo; estaba inconsciente.

—¡Leu, no te rindas! ¡Vuela, compañero! —gritaba malherido Ágamis al dragón.

—Por favor... Resiste... Resiste... Snif... —lloraba el hada.

—¿Vas a morir aquí, dragón? ¿Vas a desperdiciar el sacrificio que hizo tu madre para que sobrevivieras?

¡Despierta, dragón! ¡Derrotémoslo! —gritó Asken agarrándose al cuello del joven reptil blanco, que reaccionando a estas palabras abrió los ojos, y replegando las alas se dejó caer en picado hacia el Kraken.

—¡Grrrraaa! —rugió el dragón lleno de rabia.

—Así me gusta... Toma, Ágamis, ahora me encargo yo...

Leukathos bajó volando a toda velocidad hacia el Kraken. Asken levantó a Eolia Ardana, y con fulgurante brillo envolvió al dragón en su aura eólica doblando su velocidad.

El Kraken viendo esto dirigió los tentáculos hacia su objetivo, que fallaban ante la inmensa velocidad del dragón.

Ágamis le dio varios toques en el cuello y el dragón escupía bolas de fuego que impactaban en los tentáculos, abrasándolos y obligando al Kraken a esconderlos bajo las aguas.

Leukathos impactó en la cabeza del monstruo haciendo tambalear su cuerpo, pero un tentáculo le lanzó en ese momento varios metros atrás evitando un golpe mortal. El dragón entonces, lleno de rabia y protegido por el viento, voló a ras del agua, acercándose rápidamente hacia la cabeza del monstruo infernal, y éste, con los ojos llenos de odio por las quemaduras y el golpe, lanzó su ataque más mortífero; abrió su gigantesca boca y lanzó un chorro de tinta inmenso hacia el dragón que, lanzando una bocanada de fuego por la boca, la incendió, impregnando al pulpo con las llamas y consumiéndolo lentamente en medio de la tormenta, ya que incluso la tinta por encima del agua seguía ardiendo en un espectacular brillo del que se hablaría durante años. El barco del pescador ya no se divisaba; había huido lejos, muy lejos.

—¡Lo ha conseguido! ¡Ha matado al legendario Kraken! —gritó el hada emocionada.

—Je, je... Lo has hecho bien... Muy bien, compañero... —dijo respirando aliviado Ágamis.

—¡Grrrraaa! —rugió Leukathos victorioso.

—Ahora descansa, te lo has ganado. Vamos al barco, que una corta travesía nos aguarda... Espera... ¡El barco!

¡No está! ¡Será rastrero! —gritó el príncipe apretando los dientes con rabia.

Leukathos, ya no pudiendo aguantar más consciente, se desplomó sobre las aguas oscuras del mar.

— *No... Maldita sea... Ya estábamos tan cerca... ¿Qué*

es esa luz...? Da igual... Ya da igual... —pensó Asken viendo que algo se acercaba a ellos mientras se hundían lentamente en el fondo marino.

Capítulo 12 El

reino isleño de las águilas

ra de noche. Las nubes que antes tronaban sobre el mar se habían disipado dejando ver la inmensidad de Ela noche. Todo un mundo infinito se reflejaba en la oscuridad de las aguas del mar, la luna, las estrellas y el infinito universo. El sonido de las olas pugnando contra las rocas era constante y poderoso. Un misterioso canto perturbaba la calma del mar, cada vez más distante; cada vez más cálido, se alejaba. La pequeña hada se despertó escuchando este canto. Estaban tirados el príncipe, el mago y el joven dragón a su lado en una pequeña playa y miró al mar. Docenas de luces se alejaban junto con el canto y pudo distinguir el brillo de las escamas de una pequeña aleta hundirse para no volver jamás.

Barsine voló lo más alto que pudo sintiéndose atraída por esta calma, mirando al cielo, a sus compañeros sin mediar palabra. Sin saber cómo, habían sobrevivido. Y aún más importante; sin saber dónde estaban. A los pocos metros que voló se pudo dar cuenta de algo; estaban en una gran isla, mas no era Puerto Merrow ni ningún lugar por el que hubiesen pasado antes. Voló rápidamente hacia sus amigos para despertarlos.

Una vez hubo bajado hasta la playa junto a ellos, Barsine exclamó:

—¡Despertaos, que no habéis muerto! ¡Hemos llegado a una isla! —gritó el hada sin recibir respuesta.

—Así que esas tenemos... ¡Ahora veréis, vagos! Je, je... —Barsine le dio un cachete en el trasero a Leu, que, levantándose sobresaltado, les dio un golpe con la cola en la cara a Ágamis y Asken.

—¡Ah! ¡Mi cara! —gritaron los dos al unísono, apartando la cola del dragón de sus rostros.

—¡Barsine! —gritaron los dos persiguiendo al hada.

—No es culpa mía, es que no os despertabais, ¡ja, ja, ja! Pero más importante, estamos en una isla inmensa y no sé cómo hemos llegado... Al despertar vi extrañas luces en el mar y escuché un canto... Creo que fueron las merrow...

—dijo Barsine pensando en lo que vio al despertarse.

Al escuchar esto, los dos se pararon, y Ágamis dijo:

—Eso es imposible. Según las crónicas, durante quinientos años no se ha visto una sola merrow desde la fundación del puerto. Te lo habrás imaginado al despertar, estamos muy cansados... Simplemente, tuvimos suerte y las olas nos habrán arrastrado hasta aquí... —rebató Ágamis.

—¡Pero sé que las vi! Eran las merrow...

—¿Qué más da lo que pasara? Chicos, estamos vivos; sobrevivimos al Kraken y estamos aquí. ¡Estamos vivos! —

dijo Asken haciendo que se callasen los dos.

Ágamis miró al cielo fijándose en la luna; una sonrisa esperanzadora dibujada en el cielo le indicó a Ágamis que era creciente. Cogió un palo y empezó a dibujar en la arena con una expresión erudita en la cara.

—¿Por qué dibujas en el suelo, Ágamis? No es momento para dibujar... Deberíamos buscar un lugar para dormir esta noche —dijo preocupada el hada.

—Barsine, no está dibujando, je, je... Está orientándose, averiguando en qué dirección hemos ido —le dijo Asken a Barsine, advirtiéndole que Ágamis estaba poco a poco dibujando los puntos cardinales en su dirección exacta.

—¡Acabé! Chicos, mirad —dijo señalando con el palo los dibujos que había hecho.

—Esto de aquí es el este; las puntas de la luna creciente siempre señalan en esa dirección, por lo que la dirección opuesta será el oeste, ¿me seguís? —explicó dibujando flechas en las dos direcciones con el palo.

—Qué listo es. Se nota que quería ser marino... —

balbuceó asombrada el hada sin poder dejar de mirar el dibujo de Ágamis.

—Teniendo en cuenta eso y la posición de las estrellas, esto sería el norte, y esto el sur. Según los puntos cardinales puedo decir que hemos sido arrastrados hacia el este, la posición en la que se encuentra... Lívlinzor... Pero no puedo asegurar que estemos allí... —dijo dubitativo el mago.

—¿Podríamos estar en... Lívlinzor? El destino no sólo quiso que sobreviviésemos de nuevo, sino que... nos ha guiado hasta aquí... Chicos, vamos a buscar un lugar en el que cobijarnos esta noche y mañana exploraremos la isla...

—dijo Asken mirando a las estrellas, como dando gracias por la suerte que les llevó hasta allí.

Mientras el príncipe y el mago recogían sus bolsas y objetos desperdigados por la playa, Barsine voló en dirección 147

opuesta a ellos, y de pronto paró en seco sorprendida por lo que había visto. El hada voló rápidamente hacia donde estaban Asken y Ágamis, que acaban de recoger sus cosas, y le estaban aplicando unas gotas de agua mágica a Leukathos.

—Chicos... Vosotros sabéis si las águilas saben...

¿Construir escaleras? —dijo la sorprendida hada.

—Es obvio que no, Barsine. ¿Por qué lo dices? —dijo Asken intuyendo que iba a responder algún disparate.

—¡Es que allí delante hay unas escaleras que dan al interior de la isla! —exclamó Barsine, conservando su cara de asombro de cuando las vio.

—Eso es inaudito. Vamos hacia allá. Venga, Leukathos, ya deberías estar recuperado —dijo Ágamis apartando el frasco con el agua mágica del dragón.

—¡Seguidme! —dijo el hada.

Barsine volvió a recorrer el camino hasta las escaleras seguida por sus amigos, hasta que pudieron verlas. La playa era una ínfima parte de la isla; el único hueco por el que se podía acceder a ella. El resto era una gran pared rocosa en la que su cima contenía frondosos árboles que no dejaban ver su interior. Vieron las escaleras. Algunos peldaños estaban resquebrajados y crecía en ellos el musgo.

Era muy antigua.

—Aquí es... Mirad.

—Esto está construido por humanos, y sin embargo...

¿Cómo es posible? Ninguna isla excepto Lívlinzor ha estado habitada desde que el Kraken amenazaba estas aguas... Y no es un reino humano...—dijo desconcertado por la cantidad de preguntas a las que se enfrentaba el mago.

—Sólo hay una manera de descubrirlo, Ágamis.

¡Subamos, venga! —gritó Asken poniéndose al frente y subiendo rápidamente la gran cantidad de escalones que había hasta el final.

Los demás le siguieron y vieron que el príncipe se quedó petrificado al llegar a la cima de la montaña de peldaños que estaban subiendo, y por fin llegaron junto a él.

Un mar boscoso se abría ante ellos. Entre los árboles, distribuidas en damero, cientos de casas de piedra se disputaban un hueco a ocupar. Las inscripciones arcanas abundaban en las puertas, en rocas clavadas en el suelo, el musgo, las telarañas y las grietas parecían ser los únicos habitantes que parecía haber tenido ese lugar en mucho tiempo.

—¡Prodigioso! Este es el sueño de todo erudito...

Estamos ante... ¡Los restos de una civilización antigua conservados en su totalidad! Perdonadme un momento... —

dijo Ágamis sacando un gran manuscrito de su bolsa. Sacó también un pequeño tintero y una gran pluma de oca.

El joven mago fue anotando las inscripciones de las piedras, dibujando cada casa con precisión milimétrica y recorriendo la ciudad fantasma, mientras Asken y los demás se metían en una de las casas y preparaban unas mantas para pasar la noche.

Al cabo de una hora, Ágamis volvió a la casa donde estaban Asken y los demás. Una pequeña hoguera y su tenue luz le indicaron cuál era y llegó hasta allí andando lentamente, con la mirada perdida y cubierto de ramitas; sumido en sus pensamientos. Llevaba su gran manuscrito

lleno de dibujos y anotaciones sobre aquel extraño lugar.

Asken y Barsine le esperaban en la entrada de la humilde casa, preocupados porque tardaba demasiado en volver.

—Chicos... Ya he llegado... Me perdí en la jungla...

Pero encontré algo maravilloso... Mirad... —dijo el cansado y sucio Ágamis sacando uno de los dibujos que hizo y mostrándoselo a los dos, recobrando ciertas ganas que le faltaban en ese momento con la fatiga.

—Ágamis... ¿Pero qué has visto...? Esto...

¿Realmente ha sido construido por humanos? —dijo Asken sorprendido, sin poder dejar de ver el dibujo.

—¡Guau! ¡Increíble! —exclamó el hada.

—Sí... Existe... Encontré esta gran torre al perderme.

Es más antigua que esta ciudad al juzgar por su aspecto, pero mirad... Tiene esculpidas en sus paredes imágenes del dios de los mares, ríos y océanos, Apsur.

—¿Apsur? ¿Qué dios es ese? Jamás escuché hablar de él —dijo el hada extrañada.

—No me sorprende, Barsine. Es un dios antiguo de la época de Zagmahor, y en la mayoría de lugares le han olvidado. En Fósfor no quisimos perder nuestras tradiciones y conservamos su leyenda.

—Esa leyenda me la contaba mi padre... Siempre me ponía triste al escucharla... Te la contaré, Barsine...

—Pues empieza antes de que me duerma... Estoy cansada... Es muy tarde...

—La leyenda dice que tuvo una esposa mortal, y ésta, después de haberle dejado dos hijas, Mares y Rías, los abandonó para no volver jamás. Y el dios, infinitamente entristecido, lloró y lloró durante milenios hasta formar los 150

mares y ríos, que tienen estos nombres porque los dejó el cuidado de éstos a sus hijas... — explicó el príncipe al hada.

—Zzzh... Quiero comerme ese trozo de carne... Zzzh...

—Iba en serio lo de que estaba cansada... Aunque es normal... Vayámonos a dormir, Ágamis. Mañana iremos a ver esa torre que encontraste...

—Cierto... Descansemos y mañana iremos...

Al día siguiente el sol salió radiante; no hubo una sola nube en el firmamento, sólo la belleza del cerúleo cielo competía con el mar. Las hojas de los árboles le hurtaban sus rayos al sol, dejando sólo el calor propio de la jungla. Se escuchaba el ruido de los insectos y el piar de las crías de los pájaros pidiéndoles comida a sus padres, que resonaban en cada árbol de la inmensa jungla, y entre todo este ambiente, los jóvenes viajeros se despertaron. Después de bostezar largo rato se pusieron en marcha. Ágamis les llevó a un pequeño arroyo en el que pequeños peces de diversos colores danzaban sinuosamente por el fondo, buscando algún pequeño insecto que tuviese la desgracia de caer al agua.

Cazaron unos cuantos de ellos con una improvisada lanza hecha con un palo. Les entró en sus estómagos su primera comida en dos días. Después de haber comido decidieron ir al lugar que había descrito Ágamis en sus dibujos.

El joven mago les guio entre la maleza, árboles, arbustos e insectos. Esa era la razón por la que la noche anterior volviese cubierto de hojas y ramitas. Vieron entonces a sus pies un camino de piedra y Ágamis sonrió.

—Ya casi estamos, sólo un poco más... Je, je... —les indicó con una sonrisa llena de confianza.

Siguieron por el pétreo sendero hasta que apartaron unas cuantas ramas y pudieron verlo. El camino les guiaba hasta un gran hoyo que descendía circularmente por él como si de una escalera de caracol se tratase, y al fondo del agujero descansaba imponente la gran torre de Apsur. Cuatro columnas sostenían la gran mole que era la torre, surgiendo del inmenso y oscuro fondo del gran hoyo. Un pequeño puente conectaba la torre con el palmo de tierra en el que acababa el camino de piedra, y el sonido de una corriente de agua fluyendo se podía escuchar por todo el lugar sin haber siquiera un río cerca.

—Montemos en Leukathos, llegaremos a la entrada antes. ¡Vamos, chicos! —gritó entusiasmado el erudito llevado por la emoción de volver a ver aquel lugar de nuevo.

—Qué animado se le ve... Pero con razón... Vaya construcción... Esto no es un templo cualquiera... —dijo Asken viendo la poderosa torre sobresalir de entre el gran hoyo.

Montaron en Leukathos y bajaron rápidamente hasta la misma entrada de la torre, y habiendo bajado les pareció algo extraño.

—¿Qué es ese ruido? ¿Agua? —dijo el hada buscando con la mirada el origen del ruido en vano.

—Es cierto, esto es muy raro...

—Je, je... Esto, chicos, no es sólo un templo para honrar a Apsur, el dios de los mares y el agua. Pensadlo. En una isla como esta... ¿No hay muy poca agua como para abastecer a todas las casas que vimos antes? Y escuchando ese ruido... ¿No os habéis dado cuenta ya? —dijo el mago

con una sonrisa que demostraba que sabía la respuesta a todas las preguntas que hacía.

—Yo sólo veo una gran torre construida en un lugar muy raro... Construir la sobre un agujero... Qué rara era esta civilización —dijo el hada sin darle ningún sentido a las palabras que decía Ágamis.

—¡Espera! ¡Esto es...! ¿La Torre de Apsur no será un... pozo gigante? —dijo sorprendido el príncipe al caer en ello.

—Je, je... Al menos hay alguien aquí aparte de mí que sabe observar. Aprende de él, Barsine. ¡Ja, ja, ja! —dijo Ágamis mirando cómo Barsine le miraba fijamente pensando en alguna venganza futura.

—¡Cállate! No sabré observar, pero, ¿gracias a quién conseguisteis el agua mágica, eh? —respondió Barsine mientras discutía con Ágamis.

El mago erudito se acercó al borde de la plataforma en la que se sustentaba la torre la cual estaba conectada por cuatro columnas y lanzó una piedra al vacío. El sonido de la piedra hundiéndose en el agua les llegó unos minutos después.

—¿Veis? Os lo dije. Ahora seguidme, ¡vamos a explorar por fin! —exclamó el curioso Ágamis lleno de emoción por los secretos que iba a poder descubrir y anotar en sus cuadernos.

Llegaron todos a las gigantescas puertas de la torre.

Estaban adornadas con escenas de seres marinos ofreciéndoles regalos al dios y a sus dos hijas, portando las lágrimas de su padre por el mundo. Ágamis comenzó a 153

empujar la puerta y varios chillidos estridentes se escucharon cada vez más cercanos. Varias sombras en el cielo recortaban la luz que llegaba al suelo, haciéndose más grandes. Varias águilas descendieron a gran velocidad de los cielos. Tenían un plumaje plateado en sus alas, medían al menos dos metros de alto y traían, fuertemente aprisionados en sus patas, cadáveres de vacas, ovejas y varios animales que habían cazado. Sus picos ahora rojos por la sangre relucían atemorizantes ante la luz del sol. Ágamis levantó su escudo y se puso en una postura defensiva, a la vez que Asken desenvainaba a Ardana y Leukathos exhalaba pequeños hilos de fuego por la boca con cara amenazante. Las águilas se posaron delante de las puertas de la torre y, fijándose de pronto en ellos, les miraron sorprendidas.

—¿Qué hacen unos humanos aquí? Desde hace mil años ni un solo humano ha logrado llegar hasta aquí por el Kraken.

—¡Explicaos, humanos! —exclamó otra de las águilas.

—Os responderemos, pero antes decidnos, ¿qué lugar es este, Lívlinzor? —dijo Asken señalando con la espada al águila que les había preguntado.

Las águilas rieron a carcajadas al escuchar lo que dijo y una de ellas, más calmada, le respondió.

—¿Ves un águila y aún no sabes dónde estás? Esto es efectivamente Lívlinzor, el reino de las águilas, y ahora responde, humano. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí con el Kraken en estas aguas?

—Nosotros... lo matamos, y es posible que las merrow nos rescatasen y nos dejaran en esta isla... Pero cómo 154

llegamos no lo sé. Estábamos inconscientes al llegar, aunque nuestro objetivo era llegar hasta aquí —explicó el joven príncipe.

Todas las águilas se sorprendieron. Una de ellas incluso dejó caer a su presa aún viva, que, huyendo, se tropezó y se precipitó al vacío del gran pozo.

—¿Cómo vosotros... unos simples humanos... habéis matado a semejante monstruo? Ni nuestras mejores generaciones pudieron acabar con él... Venid con nosotros y contadle a nuestro rey esta proeza, si decís la verdad...

Venga, compañeros, llevadles hasta la sala del rey.

—¡Seguidnos, humanos! —exclamó una de las águilas mientras todo el grupo la seguía escoltados por los demás.

Una de ellas con un golpe seco de sus patas abrió una de las inmensas puertas de piedra y pasaron por fin al interior de la Torre de Apsur.

Andaban lentamente detrás del águila mirando estupefactos el interior de la torre. Estaban en una gran sala circular con baldosas de verdoso jade. Todo estaba recubierto por ellas menos el centro. Un gran agujero circular de al menos dos metros de diámetro que conectaba la torre con el abismo y una gran escalera circular subía hacia el siguiente piso. Por toda la sala, alrededor del agujero había un número considerable de tinajas de hierro que parecían bastante antiguas y un gran tubo de piedra con extraños grabados descansaba junto a ellas.

—¿Para qué son esas tinajas de hierro tan antiguas, y que guardáis en ellas señor águila? — preguntó Barsine con curiosidad.

—Nos las dejaron los antiguos Apsures antes de marcharse de esta tierra, están vacías.

—¿Apsures? Así que así se llamaba la civilización que construyó esta torre... Cuéntanos más, por favor... —dijo Ágamis con semblante pensativo.

—¿No sabéis quiénes son? En mil años debéis haber perdido demasiado conocimiento... Preguntádselo a nuestro rey cuando llegemos a la cima de la torre. Por los tatuajes que portáis en el cuello debéis ser de Fósfor, je, je...

Siguieron subiendo escaleras y no daban crédito a lo que veían sus ojos. El piso entero estaba lleno de paja; montones de pieles de animales tapaban el suelo, haciéndolo cálido y agradable y montones de huevos estaban esparcidos en ese mar de pelos dorados haciendo de la gran sala un nido gigante.

—¿¡Qué sitio es este!?! Está muy calentito... —dijo el hada con semblante somnoliento mientras daba un gran bostezo.

—Esta es la sala de cría real. Aquí es donde se incuban los huevos sin necesidad de que esté la madre por las pieles que recogemos. Los polluelos de toda la nobleza y la realeza de Lívlinzor se crían aquí. Ahora prosigamos —dijo el águila que iba al frente del grupo.

Subieron peldaño tras peldaño. Ya debían estar aproximadamente por la mitad de la inmensa torre, y después de un rato llegaron al tercer piso.

Se escuchaban multitud de voces por toda la sala. Era una compleja red de muros que separaban unas habitaciones de otras, haciendo del piso un gran laberinto. Varias águilas 156

con plumajes de diversos colores caminaban de un lugar a otro, mostrando sus vistosas plumas perfumadas y entintadas en algún extraño ungüento para cambiar su color natural.

—No preguntes, muchacha. Ya que sois de Fósfor os haré de guía y os explicaré por qué este piso es tan...

pintoresco. ¡Ja, ja, ja! Aquí se alojan los nobles del reino, que a diferencia de los demás ciudadanos, viven al lado del rey en vez de construir sus nidos en amplias cuevas, las cuales están hechas en las paredes rocosas de la isla dando lugar al gran abismo que está debajo de nosotros —dijo el improvisado guía señalando con el pico a los nobles y a sus casas.

—Estas eran las casas de los antiguos sacerdotes Apsures, ¿no es así? —dijo Ágamis mirando a cierto punto de la sala.

—Te fijas bien, humano. Estás mirando el altar de las ofrendas al dios Apsur, ¿verdad? Es como dices. Aquí, además de las casas y el altar, está la biblioteca real, donde está todo el conocimiento de los Apsures.

—¿Dónde está esa maravilla del mundo? No he visto ni un solo libro en esta sala aún. Deseo aprender de todo ese conocimiento... —dijo Ágamis con un inusitado brillo en los ojos.

—Está en el centro de la sala; todas las habitaciones de los nobles rodean la biblioteca, pero ahora no hay tiempo.

Debéis visitar primero al rey, y más siendo de Fósfor...

Asken no había mediado palabra desde que entraron por aquellas puertas, intuyendo por las palabras del águila que sabían cosas sobre Fósfor que ni él mismo sabía.

Pasaron entre los nobles y prosiguieron su ya acostumbrada marcha de subir escaleras hasta que llegaron a unas puertas de piedra tan grandes como las de la entrada de la torre, las cuales tenían extraños grabados en los que aparecía una gran ave brillante posándose sobre la torre.

El águila que les guiaba se adelantó hasta las grandes puertas, y alzando la voz dijo:

—¡Mi rey! ¡Traemos algo que le alegrará! ¡Habitantes de Fósfor que derrotaron al Kraken para llegar hasta aquí!

Nada más hubo acabado de decir esas palabras el piso comenzó a temblar y un chillido estridente salió de la sala real al tiempo que comenzaron a abrirse las puertas, dejando escapar un brillo rojizo que cegó a todos los que esperaban delante.

Un gran pico salió de la puerta. Era un ser mucho más grande que las águilas normales, midiendo cuatro metros de alto, y su cuerpo, lleno de plumas doradas, dejaba escapar un aura ígnea y brillante que les cegaba a todos sin consumir su cuerpo.

—Pasad, jóvenes viajeros de Fósfor. He de hablar con vosotros... —dijo el fantástico ser que apareció ante ellos mientras entraba de nuevo en el interior de la sala.

—Mi rey, nosotros esperaremos detrás de estas puertas. Proceda a hablar con ellos sin nosotros, por favor.

—Así haré, hijo mío. Esperad aquí por ahora —le dijo el rey a su más cercano descendiente ante el asombro del grupo de Asken al saber quién era su guía.

Asken y los demás siguieron al rey a través de las puertas, que, habiendo pasado el último de ellos, se cerraron de golpe.

El suelo estaba formado por amplias baldosas de oro reluciendo con áureo brillo. De unos agujeros situados a los lados de la pared fluía el agua hacia un pequeño surco formando pequeñas cascadas rodeando la sala circularmente.

El techo acababa en una inmensa cúpula con representaciones de águilas volando, atravesando el mar hasta llegar a la cima de la torre donde les esperaba el dios, mientras el pueblo de los Apsures clamaba con los brazos levantados mirando al cielo. La cúpula tenía en su parte alta un agujero por el que penetraba la luz del sol, iluminando el nido real como si ese lugar hubiese sido escogido por un dios.

El rey se acomodó en su nido, y dirigiéndoles una solemne mirada les habló así:

—Vosotros claramente venís de Fósfor por los tatuajes del cuello, pero además os acompañan un dragón y un hada.

Realmente interesante... ¿A qué venís a mi reino y cómo habéis llegado? —preguntó curioso el rey.

—Espera, Asken. Déjame hablar primero a mí, deseo saber algo...

—Tú sabrás, Ágamis.

—Antes de hablar, su majestad, querría que después de contarle nuestra historia nos respondiera a todo lo que le preguntásemos, si no es mucha molestia...

—Doy mi palabra de que estarás satisfecho con mis respuestas. Procede a relatar, jovencito.

—Nos dirigíamos aquí, su majestad, para avisaros del gran peligro que se cierne sobre el mundo. El rey de Crecia, Kilem, posee dos de las cinco reliquias y está formando un ejército inmenso para atacar a los demás reinos y recuperarlas para resucitar a Zgmahor. Después de un largo viaje hacia Astratia no pudimos conseguir la reliquia del rey de los elfos y decidimos venir aquí. Pero eso no es todo, mi compañero es el príncipe de Fósfor, y su padre, el rey, le encomendó la misión de reunir además la sangre de los cinco descendientes de los reyes de la antigüedad y mojar con ella su espada para dotarla de los poderes de Ardana —explicó claramente el mago.

—¿Ardana? ¿Cómo es posible? Debéis ser verdaderamente de Fósfor ya que la receta para forjar a Ardana solo la conocíamos el antiguo rey de Fósfor y yo...

Ahora que ya sé cuál es el motivo de vuestro periplo, procede a preguntar lo que deseéis; un rey jamás rompe su palabra.

—Deseo que me cuente la historia de este reino, y además sobre algo que acaba de decir antes su majestad...

Usted... es el mismo rey que hubo aquí hace mil años, ¿no es así? —preguntó Ágamis con una mirada muy seria en los ojos.

—Je... Los jóvenes de hoy en día son cada vez más observadores... Tienes razón. Mi edad supera casi la de cualquier ser de este mundo; he vivido mil quinientos años, si es lo que quieres saber.

—¿Qué clase de magia es esa? Jamás escuché que un águila pudiese vivir tanto... —dijo el mago visiblemente asombrado.

—Eso es porque soy sólo mitad águila. El ave fénix, en uno de sus interminables viajes por el mundo, se encontró con mi pueblo. Al poco tiempo se fijó en mi madre, y una noche... Copuló con ella, pero la abandonó al día siguiente...

Los dioses, para bendición o desgracia, quisieron que naciese yo, una mezcla de ambos. Conservo la forma de un águila, pero no puedo resucitar como el fénix, aunque a cambio se me concedió la facultad de vivir eternamente, aunque puedo morir como cualquier otro ser vivo.

—Asombroso... ¿Cómo puede existir un ser así...?

Simplemente maravilloso... Ahora respóndame a mi primera pregunta, por favor, su majestad... Ya que vivió tanto, cuéntenos sobre los Apsures y vuestro pueblo; cuéntenos esa historia, por favor... —dijo Ágamis cogiendo su pluma, un tintero y uno de sus manuscritos para apuntar lo que dijese el rey a partir de ahora.

—Es una historia larga, pero os la contaré... Hace mil doscientos años, con mi madre fallecida, me convertí en el líder de mi tribu, una banda de águilas errante. En uno de nuestros viajes para encontrar un hogar, llegamos a esta isla.

Miles de humanos nos recibieron como si fuésemos dioses y nos invitaron a subir a esta torre. Yo mismo entré, y en la cima, un grupo de sacerdotes le rezaban a una piedra de agua que brilló y la imagen del dios Apsur apareció ante mí.

Estaba asustado, pero le escuché. El dios dijo que este lugar debía ser compartido por el rey de los Apsures y el nuevo rey de las águilas, el águila fénix. Sin dudarlo, sus gentes nos acogieron y compartieron su cultura con nosotros.

Coexistimos como un único pueblo en un virreinato, pero 161

siglos después comenzó la guerra contra Zagmahor. Subimos una vez más a la sala de los sacerdotes y le pedimos consejo a Apsur. Éste nos dio una profecía:

La sangre del rey fénix junto con la de los otros cuatro reyes vencerá el mal que asola el mundo. Hijos míos, hijos del mar, emigrad a Fósfor antes de que sea tarde; el águila fénix protegerá mi tierra hasta vuestra vuelta. Marchaos, hijos míos.

—El pueblo de los Apsures emigró por mar hacia Fósfor, y algunos incluso hacia otros reinos, y poco después Zagmahor soltó el Kraken hacia estas aguas para impedir que entráramos en la batalla, pero mandé a una de mis águilas con un frasco con mi sangre para crear a Ardana y el mensaje que nos dio el dios —proseguía el rey—. Poco después de que derrotáramos a Zagmahor, un grupo de Apsures que habían emigrado a Crecia descubrieron que su rey apoyó a Zagmahor en la guerra proporcionándole armas, pero que al ver que iba perdiendo fue contra él, y huyeron a Fósfor para contárselo a su rey. El rey del reino de Crecia, aterrado de lo que ocurriría si se enteraban, atacó Fósfor y lo conquistó para matar a los Apsures y que nunca fuese revelado su

pecado.

Es más, mandó quemar todo escrito que tuviese que ver con ellos... El águila mensajera que mandé allí logro escapar y me contó todo lo sucedido y decidimos aislarnos del mundo... Nos sentimos responsables por todo el sufrimiento con el que carga vuestro pueblo. Si necesitáis parte de mi sangre, tomadla, y la reliquia con mucho gusto os la daré —

dijo el imponente rey águila agachando la cabeza hacia Asken en señal de respeto.

—¿Mi pueblo fue masacrado... obligado a recluirse y esconderse por el maldito miedo de un rey? No sólo por mi pueblo... Por el vuestro y por los hijos de Apsur, ¡juro que mataré a Kilem! — exclamó Asken desenvainando a Ardana.

La alzó apuntando hacia el rey haciendo un pacto con él. —

Me enorgullece ver tanto valor en un joven, pero has de saber que no todo es valor en el guerrero. Uno no debe confundir la venganza con el deber; recuerda estas palabras, joven príncipe. Ahora acerca la espada y toma parte de mi sangre, ¡vamos! —exclamó el rey águila fénix ardiendo completamente en un aura flamígera en la que relucían sus poderosos ojos rojos.

Asken le hizo un pequeño corte en un muslo, lo justo para que un par de gotas tocasen a Ardana. De pronto el fuego del rey comenzó a fluir hacia Asken.

—¡Cuidado, Asken! ¡El fuego, apagadlo o morirá! —

gritó Barsine al ver al joven príncipe envuelto en llamas.

Todo estaba oscuro para el príncipe; estaba su cuerpo vagando en una total oscuridad, y de pronto, un dragón de luz volaba a su alrededor y le miró. Tenía montados en su lomo a cuatro seres, y uno de ellos era el águila fénix.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Qué eres tú...? —

preguntó el príncipe asustado y confuso por lo que veía.

Soy aquella a quien tratas de completar. Acepta quién eres; acepta la muerte de tu pueblo y tu hermano. No guiaré unas manos que busquen venganza, guiaré a la justicia que mora en tu corazón. Empúñame con decisión y jamás olvides que luchas para proteger a otros y no para vengarte. Te daré otro fragmento de mi espíritu; tómalo. Toma a Ígnea Ardana.

163

El dragón con una de sus garras cogió al águila fénix y se precipitó contra Asken abriendo la boca y lanzando un rugido mientras metía en el cuerpo de Asken al águila.

—¡Ah! —gritó el príncipe mientras todo se volvía blanco, y abriendo los ojos vio al rey, a Ágamis, a Leukathos y a Barsine tendidos a su lado.

Barsine, al ver que ya no estaba rodeado de llamas y despertaba, voló rápidamente y le abrazó el cuello llorando.

—Esta...bas... Snif... Envuelto en lla...mas... Snif....

¡Menos mal que estás vivo! Snif... —lloraba la chiquilla.

—Estoy bien... Y ya sé lo que debo hacer... Ardana...

me ha aceptado como su dueño... Rey de Lívlinzor...

préstanos tu ayuda, por favor... Danos la reliquia...

—Por supuesto, joven príncipe, y más haría si me lo pidiereis; os debemos demasiado...

—Tengo una idea, su majestad. Llevad si podéis a Asken a descansar esta noche, pues ya está oscureciendo...

Tengo un plan y sólo podemos ponerlo en práctica si nos ayudáis... —dijo Ágamis con una extraña expresión de seriedad en el rostro.

—Así se hará. ¡Entra ya, hijo, sé que nos estabas escuchando! Llévate a alguna de las habitaciones al príncipe y haz que repose toda la noche, aquí tengo unos asuntos que atender ahora con este joven...

Inmediatamente después de decir estas palabras el rey, una sombra bajó desde lo alto de la cúpula volando y se quedó quieta al lado del gran águila fénix. El reflejo de la luz de la luna pasó sobre la sombra; era su hijo.

—Me has pillado, padre... Ya me lo llevo al piso de los nobles, deben darle cobijo si se trata de una orden tuya.

164

Bueno, acompáñeme príncipe Asken, adiós, padre.

Seguidme, chicos, también habrá camas para vosotros —dijo el joven príncipe águila mientras, llevándose a Asken, abría una de las puertas que daban a la sala real y se iba seguido por Barsine y Leukathos. Cuando se alejaron lo suficiente, el rey águila se giró lentamente y miró a Ágamis con curiosidad.

—¿Cuál es el plan del que hablabas? Pero antes...

Dime tu nombre, muchacho. Tu picardía y curiosidad por la búsqueda del conocimiento ha despertado un poco de mi antiguo yo... —dijo el rey con cara de recordar mejores tiempos.

—Lo llevo pensando desde que huimos de Astratia...

Mi plan es reunir a cada uno de los reinos en Fósfor. Kelim está reuniendo a todas las razas oscuras que ayudaron a Zagmahor y atacará uno a uno a cada reino. Les masacrarán a menos que nos unamos en un ejército igual de numeroso.

—Y ahí es donde entramos nosotros, ¿no? ¿Qué debemos hacer, joven estratega?

—Lo que quiero que hagáis es mandar a vuestras águilas a que difundan el mensaje por los demás reinos; además, Lívlinzor mantiene una relación de amistad y entendimiento con Arcram, el reino de los enanos. El rey de Astratia no nos escuchó, pero los enanos sí os escucharán, majestad... La palabra de un rey jamás será dudada... En unos días nos dirigiremos hacia allí.

—Entiendo, Ágamis. Mis águilas les guiarán hasta Fósfor. Sabemos la ubicación de vuestro reino por nuestras águilas; a pie no se puede acceder, pero por aire es algo fácil 165

para nuestra especie. Antes de todo, toma esto, es la reliquia que guarda Lívlinzor —dijo el rey mostrando un brazalete azabache con tonos rojizos que llevaba puesto en su pata izquierda, mientras Ágamis lo cogía y lo metía en su mochila.

—Muchas gracias, su alteza...

—Ah... Quería pedir os un favor, si no os importa... —

dijo el rey cambiando de tema.

—Haré lo que sea. Sólo dímelo y estará hecho.

—¿Viste en el primer piso unas tinajas de hierro y un gran tubo de piedra? De ser así, te habrás dado cuenta de la sequía que padece mi pueblo. Desde que los Apsures desaparecieron, hemos sobrevivido como pudimos; muchos de los nuestros murieron al no haber suficiente agua...

—Entiendo vuestro problema, su alteza, pero... ¿qué podemos hacer para remediarlo?

—Es sencillo... Ese tubo de piedra es mágico. Tiene varios sellos grabados por su superficie... Los Apsures lo tocaban con sus manos, y después de introducirlo en el agujero, el tubo se alargaba hasta llegar al fondo del abismo.

Recuerdo que después de eso usaban un hechizo de atracción y el agua subía por el tubo y llenaban las tinajas... Lo que os pido es que... Hagáis eso por nosotros. Dejad el tubo conectado y haced que una vez más el agua salve a mi pueblo...

—Lo intentaremos mañana, su alteza... No sé si podré, pero como mago le doy mi palabra de que no pararé hasta conseguirlo.

—Gracias, joven mago... Ahora retírate a descansar con tus compañeros, que es muy tarde... —
dijo el rey quedándose pensativo mientras Ágamis abandonaba la sala real para contarles esta
nueva información a sus amigos.

Capítulo 13 La venganza de Puerto Merrow

El sol nacía de nuevo anunciando un nuevo día; la tenue luz se filtraba entre las vidrieras coloridas de la Einm en sa torre, adornando el interior del piso de los nobles con un juego de luces que nada tiene que envidiar al arcoíris que llena el cielo después de las lluvias. El joven dragón dormía plácidamente entre la paja sobrante de los nidos de los nobles y, llegando la luz a sus ojos, despertó dando un largo bostezo. Al rato vio que no estaban a su lado ni Barsine, ni Asken y ni Ágamis; sólo paja y más paja. Dos águilas nobles corrían apuradas, y pasando al lado de Leukathos dijeron:

—Mira, sir Lowvert, es el dragón blanco que llevaban los famosos viajeros de Fósfor, ¿por qué no se lo habrán traído abajo consigo?

—No tengo la menor idea, sir Alduff, pero lo que sí sé es que están en el primer piso a punto de devolvernos el agua y nos estamos demorando más de lo que debiéramos. La expectación debe ser grandiosa en estos momentos, démonos prisa —le dijo una de las águilas a la otra mientras bajaban volando por las escaleras.

Al rato Leukathos escuchó mucho griterío proveniente de los pisos inferiores de la torre. El joven dragón se levantó de golpe pensando que sus amigos corrían algún peligro y, abriendo sus alas, echó a volar hacia las vidrieras, traspasándolas con un fuerte envite y dejando a su paso una brillante lluvia de colores. Voló lo más rápido que sus alas le permitieron bajando verticalmente paralelo a la torre. Cada

vez se escuchaba más intensamente el vocerío que provenía del primer piso.

Dentro de la sala estaban Asken, Ágamis y Barsine escoltados por varios guardias junto con el príncipe. Poco después bajó el rey Águila fénix con solemne postura las escaleras hasta pararse delante de ellos. Un gran número de nobles águilas del pueblo se habían arremolinado por toda la sala formando un corrillo alrededor de tan importantes personajes, y el rey, mirándoles, dijo:

—Pueblo de Lívlinzor, como ya sabéis, hace mil años desaparecieron nuestros hermanos Apsures y con ellos el agua con que nos proveían. Pues bien, estos humanos derrotaron al Kraken y nos dieron la posibilidad de prosperar; de que nuestro reino se abra al mundo, y hoy estamos reunidos aquí porque van a ser los primeros en mil años en traer el agua tal y como lo hicieran nuestros hermanos —ante estas palabras dadas por el rey, cada una de las águilas, ya fuese macho o hembra, noble o plebeyo, hablaban los unos con los otros sin dar crédito a lo que escuchaban.

—Dejad acabar al rey, pueblo de Lívlinzor —les decían los guardias a los inquietos ciudadanos, que se callaron al instante dejando un silencio sepulcral.

—Estos grandiosos héroes nos mostrarán el ritual Apsur de la recogida del agua. Así pues,

comenzad con el mismo, ciudadanos de Fósfor.

—Empecemos, chicos... Asken, necesito que tú y los guardias pongáis el tubo de piedra en el agujero y lo sostengáis. Del resto me encargo yo.

—Como digas, aquí tú eres el mago.

Asken, junto al príncipe y los guardias, levantaron con dificultad el pesado tubo de piedra y lo metieron en el agujero que conectaba el centro de la sala con el abismo.

Una vez colocado Ágamis se dispuso a colocar sus manos en dos círculos mágicos dibujados en el tubo, pero, de repente, un estruendo sonó por toda la sala. Leukathos embistió las puertas de piedra de la entrada con tal fuerza al volar, que se abrieron de par en par y el dragón cayó al suelo estrepitosamente siendo observado por todos.

El incómodo silencio formado por la inesperada entrada del dragón sólo fue roto por las amplias carcajadas del rey Águila fénix.

—¡Ja, ja, ja! Parece que os habéis olvidado de alguien importante, chicos —reía el rey, y acto seguido el pueblo imitaba su gesto sin saber bien qué hacer.

—Cierto... Lo siento, Leu... Esta noche te daré un trozo de carne muy succulento... Pero por ahora empecemos con esto —dijo el joven mago yendo hacia el tubo de piedra.

Miró un momento en sus notas y se fijó en uno de los relieves que había dibujado, en el aparecía dicho tubo, unos círculos mágicos y unas palabras en lenguaje arcano, su expresión cambió de repente a una sonrisa.

Ágamis tocó con la mano izquierda uno de los círculos mágicos y recitó un hechizo de cambio de forma:

— *Audire ad me materia, mutationes figura!*

Inmediatamente después de decir esto, el extremo del tubo que daba hacia el abismo se alargó hasta que la vista no lo alcanzaba a ver, y un débil sonido a agua subió rápidamente por éste, llegando a la sala.

Ágamis entonces posó su otra mano sobre otro de los círculos mágicos y recitó el hechizo de atracción: 170

— *Cur Deus omnes fac de manu tua!*

—Guardias, nobles, ¡todos!, corred y traed aquí esas tinajas de hierro. ¡De prisa, que viene! —dijo Ágamis escuchando cómo algo subía por el tubo. En unos segundos, del tubo de piedra brotó una fuente, formando una bella flor de agua que embadurnó incluso al propio rey.

—¡Llenadlas, llenadlas! ¡Este día hay que celebrarlo!

—dijo el rey mientras docenas de águilas bailaban alrededor del tubo, el cual soltaba incesantemente agua que era inmediatamente almacenada por los guardias en las tinajas.

La fiesta por el agua duró hasta la noche y Asken fue a hablar con el rey.

—Su majestad, hay algo que debo pedirle...

—¿Qué es, si se puede saber, muchacho? —respondió el alegre rey.

—Verá... No tenemos mucho tiempo debido a las actividades de Kilem y debemos movernos rápido. Por lo que lo hablé con mis compañeros y... nos vamos esta noche de Lívlinzor, pero no tenemos un bote para salir de la isla... —

dijo Asken preocupado.

—Así que ya os vais... En todo el reino no tenemos una sola barca, pero sí tenemos algo mucho mejor... Je, je...

Saldréis de Lívlinzor montados en mis guardias; os dejaremos en Puerto Merrow esta noche.

—Le debemos ahora una más su majestad... Primero el acogernos, luego el creer en nuestra historia y habernos dado su reliquia... Jamás podremos pagar una deuda tan grande...

—No te preocupes, chico. Tenemos una deuda antigua con vuestro pueblo. Vosotros id hacia la playa y esperadnos.

Asken se retiró de la fiesta junto con sus amigos y fueron hacia la playa dando un tranquilo paseo. Al cabo de 171

una hora ya tenían los zapatos llenos de arena y les bañaba la brisa marina. El rey junto a su séquito de águilas les esperaban allí.

—Aquí tenéis lo que os prometí: mi séquito personal, la élite de mi pueblo; las Arguéadas.

—Pero no hace falta tanta molestia, su majestad... —

¡Saludad! —ordenó el rey.

—¡Salve, héroes! —gritaron las cuatro Argéadas con sus cascos de plata y sus garras de acero poniéndose en una formación en la que estaban paralelas dos a dos.

—No sirve decir nada... —dijo Asken soltando un largo suspiro.

—¡No te preocupes! Es la primera vez que un rey no nos intenta matar, mejor dar gracias y aprovecharlo, ¿no? Je, je... —dijo el hada mirando el fastuoso plumaje rojizo de las Arguéadas.

—Todo mi pueblo os desea un buen viaje. Enviaremos águilas a Fósfor para formar un pacto entre nuestros reinos y otra a Arcram para reforzar la veracidad de lo que decís.

Adiós, jóvenes héroes —dijo el rey agachando la cabeza en señal de respeto una vez más.

Dos de las Arguéadas se agacharon y fueron montadas por Asken y Ágamis; Barsine se agarró a

Leukathos fuertemente para no caerse en el vuelo; las otras dos águilas se fueron volando una hacia Fósfor y la siguiente hacia Arcram. Los jóvenes héroes emprendieron el vuelo sin mirar atrás, volando en la inmensidad de la noche hacia el horizonte.

Veían la superficie del mar mientras volaban y a veces se perfilaban negras sombras desde el fondo; unas pequeñas y en grupo, y otras más grandes que invitaban a no acercarse.

Las estrellas dibujaban mil figuras en el infinito cuadro de la noche como si fuera la obra maestra de un gran pintor. La brisa marina les empujaba desde atrás confiriéndoles mayor velocidad, y al cabo de dos horas vieron al horizonte el gran faro de Puerto Merrow guiar a los barcos que se extraviaban en la negrura de la noche.

—¡Mirad, el puerto! ¡Qué ganas de comer en una posada! —gritaba Barsine de emoción.

—Conociéndote te empacharás y te dolerá la tripa toda la noche, ¡ja, ja, ja! —dijo Ágamis provocando la risa de todos excepto ella.

Minutos después, las dos Arguéadas aterrizaron en el muelle, y después de despedirse de Asken y los demás se fueron volando, perdiéndose en la lejanía y la oscuridad del cielo nocturno.

Fueron andando por el muelle y Barsine se fijó en un barco cochambroso que estaba casi varado al otro extremo del muelle y lo reconoció; era el barco del viejo pescador traicionero. A Barsine se le dibujó una sonrisa pícara en la cara.

—Barsine, ¿a dónde vas? La posada no es por ahí —

dijo Asken viendo que el hada iba en dirección al barco.

—Lo sé, pero tengo una cosa pendiente en este lugar y me gustaría resolverla antes de irnos mañana. Si no os importa, me llevo a Leu, porque le voy a necesitar, je, je...

—reía nerviosamente el hada.

—Como veas... No preguntaré, pero ten cuidado con Leukathos. Podrían intentar capturarlo y venderlo. No deja de ser un dragón —dijo Asken viendo cómo se alejaba el hada montada en el joven dragón, ignorándole.

—No tiene remedio esta chica... Uf... —replicó Ágamis dando un suspiro.

Barsine vio luces dentro de lo que parecía la bodega del barco, y montando en Leukathos volaron hacia la parte trasera del mismo, deteniéndose en pleno vuelo al lado de la ventana que daba a la bodega.

Barsine asomó la cabeza para poder ver lo que ocurría dentro y vio al viejo pescador hablando con un hombre corpulento con cicatrices en la cara que le recorrían de un extremo del ojo al otro.

—¿Esta es la mercancía que traerás esta noche a la venta clandestina?

—Pues claro, je, je... Huevas del rarísimo esturión errante. Dos cajas de madera llenas hasta los topes de ellas.

Qué fortuna voy a sacar... Je, je... —reía el avaro pescador dándole un sonoro manotazo a una de las cajas.

—Dos de mis hombres irán luego a traer la mercancía al local y verificarán si lo que dices es cierto. No queremos mentirosos en este negocio...

—Te doy mi palabra de marino de que estas son huevas auténticas, ya lo veras. ¡Todos lo verán! ¡Ja, ja, ja!

—De todas formas, ve yendo ya al local, que en un rato mis hombres traerán las cajas.

A Barsine le brillaron los ojos al escuchar esto y tuvo una idea.

—Vamos, Leukathos, hay un par de cosas que tenemos que recoger inmediatamente... Je, je... —dijo Barsine dándole dos palmadas a Leukathos mientras se perdían en la oscuridad.

Varios minutos más tarde volvieron hacia el barco.

Leukathos sostenía en su boca un gran saco y Barsine parecía tener unas pocas heridas y el pelo revuelto.

—Nos ha costado más de lo previsto... Pero ya está...

Uf... ¡Mira, Leukathos! Esos deben ser los hombres de los que habló el de las cicatrices. ¡Sigámosles! —ordenó el hada viendo cómo dos hombres bajaban por una gran tabla de madera del barco sosteniendo en sus espaldas cada una de las cajas.

Los dos les siguieron volando entre las numerosas casas por la ciudad y a Barsine se le ocurrió otra idea. El hada pellizcó al joven dragón en el cuello y bajó en picado soltando una bocanada de fuego hacia los dos hombres, que, al ver a tal bestia acercándose amenazante y lanzando llamas, se desmallaron en el acto.

—Lo siento, Leu... Perdóname... Je, je... Ahora pásame ese saco, que ese hombre se va a enterar... —dijo Barsine abriendo cada una de las cajas y sacando algo del saco.

A los minutos de esto los dos hombres despertaron y dieron un grito pensando aún que el dragón estaba ahí, pero no estaba; no había nadie. Sólo ellos dos tendidos en el suelo con las cajas.

—Juraría que un dragón iba a devorarnos antes de desmayarnos... ¿Qué ha pasado...?

—No lo sé, pero vámonos rápido, que llegamos tarde, y de esto a Tarik ni una palabra o nos degollará con su cuchillo, tiene fama de ser siempre puntual y a veces desaparecen algunos de sus trabajadores... ¡Corre! —gritó alarmado cargando su caja.

—¡Sí, vamos! —gritó el otro cogiendo la suya mientras corría con su compañero.

Barsine y Leukathos salieron de su escondite y continuaron siguiéndoles por el aire. Minutos después vieron que los dos hombres entraban en una taberna gigantesca en la que se escuchaban gritos, risas y lloros a distancia, un gran cartel descansaba encima de la puerta en la que ponía:

« *El Pez Volador* ».

Las puertas del Pez Volador estaban adornadas con una cabeza de león de bronce a cada lado que mordían con sus poderosas mandíbulas una aldaba de bronce cada una, y diversos remates de oro adornaban áureamente las esquinas de tan lujosa entrada.

Barsine vio una ventana, y junto con Leukathos se apostó debajo de ella y comenzó a observar.

Varios hombres incluidos los que llevaban las cajas con las huevas subieron a una improvisada plataforma de madera y enseñaron distintas y raras mercancías; perlas gigantes de color negruzco, mandrágoras chillonas, y una rara variedad de langosta gigante que medía cuatro metros y era agarrada por varios hombres para que no escapase.

Toda la gente de la posada, incluido el viejo pescador, miraban expectantes desde sus mesas tomando unas bien provistas cervezas. La mayoría de hombres que allí estaban eran nobles bien vestidos o comerciantes adinerados esperando sacar una gran tajada revendiendo tales mercancías. Tarik descansaba su espalda apoyado en la puerta de la entrada mirando atentamente hacia la mesa de la subasta. La primera puja era por las huevas del esturión errante. —Damas y caballeros, estamos aquí reunidos por un sólo propósito, que unos afortunados se lleven a sus casas las 176

mayores rarezas que este mundo ha podido engendrar. La primera de ellas es ni más ni menos que un lote de dos cajas repletas de caviar del rarísimo esturión errante, así que procederemos a abrirlas y enseñarles el valioso manjar a los asistentes.

Los dos hombres le trajeron al presentador de la subasta cada caja, y éste las puso sobre una mesa que tenía delante.

Las abrió sin mucho esfuerzo y con la mano saco una de las inmensas huevas. Tenían un color rojizo intenso; estaban listas para ser devoradas.

—Aquí ven, señores, una de las magníficas huevas.

Tienen un color espectacular y están listas para que alguno de ustedes se las lleve a casa para degustarlas. Y sin más dilación, procederemos a la sub... ¿¡Pero qué es...! —gritó el presentador viendo que de las cajas y de su propia mano salía un humo púrpura.

Cuando se disipó la niebla, todos los asistentes vieron que esas bolas rojizas no eran caviar; eran

cangrejos, docenas de ellos que tiraron ambas cajas y corrieron por toda la sala haciendo que cundiese el pánico entre los nobles. La masa de crustáceos se movió por todo el local y unos cuantos con sus pinzas pellizcaron a las mandrágoras, que chillaban sin parar provocando que todos los cristales, vasos y ventanas estallaran, haciendo que todos tapasen sus oídos y corriesen sin parar. Tal era la conmoción, que la langosta gigante logró escapar, toda la gente huyó despavorida del Pez Volador.

Todos menos el viejo pescador, que seguía sentado en su silla, blanco como la leche con un cangrejo pellizcándole la nariz colgado como si fuese un columpio.

La pequeña hada reía sin parar encima de Leukathos viendo tal espectáculo.

—¡Dios mío! ¡Mi tripa! ¡Ja, ja, ja! ¡Lo tienes merecido por dejarnos a la deriva! ¡Ja, ja, ja! Vámonos, Leu, que hoy cenaremos como reyes —le dijo Barsine al joven dragón mientras se alejaban de allí volando hacia la posada donde esperaban Asken y Ágamis.

Llegaron a la posada bien entrada la noche y Barsine dejó a Leukathos dentro del carro donde días atrás habían llegado con la esperanza de ir a Lívlinzor. El posadero había cuidado a los caballos en su ausencia. Barsine llamó al posadero, y a cambio de una pequeña porción del succulento manjar, preparó una gran mesa en la posada y llamó a los dos héroes.

Asken y Ágamis, ante las insistentes llamadas del posadero, se levantaron de su cama malhumorados y bajaron las escaleras dispuestos a decirle un par de cosas al posadero, pero éste les recibió con una sonrisa de verdadera felicidad y les invitó a seguirle hasta la zona donde comían los huéspedes. Al llegar se sorprendieron por lo que veían.

Vieron una gran mesa en la que un gran cuenco contenía las docenas de huevas que le robaron al avariento pescador y tres platos de sopa de cangrejo descansaban sobre un extenso mantel rojo que había puesto el posadero. Barsine les miraba con una sonrisa muy socarrona desde el extremo de la mesa mientras tomaba sopa de cangrejo.

—¿¡Pero cómo lo has...!? ¿¡Esas huevas son...!?

¡Eso era lo que tenías que hacer!? —gritaron al unísono los dos héroes perplejos.

—Comed y callad, que yo me he ocupado de todo.

¡Mañana partiremos hacia Arcram! —dijo el hada comiéndose una gran hueva de esturión que apenas le cabía en la boca.

Fuera, en las caballerizas, un gran plato con olor a huevas descansaba vacío junto al joven dragón, que dormía plácidamente entre gruñidos de satisfacción.

Capítulo 14 El encuentro entre la tragedia y el amor

ninguno de los héroes durmió esa noche, estaban nerviosos por su partida, y cuando el sol salió de entre las montañas ya estaban dejando Puerto Merrow yéndose con su carro mientras le dedicaban una última mirada al mar. Con Ágamis cogiendo las riendas de los caballos, Asken abrió el mapa y comenzó a planear su siguiente destino: Arcram.

—Veamos, chicos, nosotros estamos aquí al sur, en esta marca de aquí que representa Puerto Merrow. Debemos llegar el nordeste; allí se encuentra la tundra de Garheim.

Debajo de ese lugar se encuentra el reino bárbaro de los enanos, Arcram.

—¿Y esta marca azul que hay en medio del camino qué es? —preguntó el hada señalando un punto en el camino.

—Ese lugar es un atajo por el que debemos pasar; es el llamado bosque milenario de Cethrea, diosa de la naturaleza y los animales. Las dríadas y los treants la ayudaron cuando se creó el mundo a extender los bosques por toda la tierra.

Según la leyenda, un pueblo vive allí adorando a la diosa, será una parada interesante, pues es un pueblo con mucha historia,

¿eh, Ágamis? ¡Ja, ja, ja! —reía Asken al ver que su compañero tiraba de repente más fuerte de las riendas al escuchar esto.

Al cabo de un rato vieron a un hombre corriendo con el costado vendado y una mancha sangrienta que dejaba entrever pequeñas gotas carmesíes mojando el suelo en un rojo camino sangriento. Al hombre le faltaba un brazo, y por 180

su túnica oscura le reconocieron. Sus caras se tornaron pálidas y Barsine pegó un estridente grito de horror; era Dábel quien se debatía entre la vida y la muerte viniendo hacia ellos. Le perseguían tres orcos con espadas en mano.

Asken saltó del carro y corrió hacia su fiel compañero herido.

Las caras de los orcos, llenas de verrugas horrendas, sonreían por ver a su presa a punto de sucumbir y darle el golpe de gracia.

Dábel entonces cayó al suelo y los tres se acercaron a él, uno de ellos puso su espada en posición de apuñalar.

Asken gritó lleno de rabia. Ardana rezumaba fuego ardiente y el joven héroe lanzó su espada en llamas hacia el orco, ésta se clavó en su pecho consumiéndolo lentamente como una vela sobre un cenicero. Los otros dos entonces, viendo que el joven príncipe no tenía un arma entre sus manos,

fueron hacia él pegando estridentes gritos con intención de matarlo.

Uno de los orcos le dio un tajo a Asken, pero sólo le rozó la mejilla, haciendo que tibias gotas de sangre recorrieran su cara. El joven príncipe esquivaba cada tajo que los orcos intentaban asestarle.

—¿Eso es todo lo que tenéis? Mi padre lo hacía mejor

—dijo Asken recordando el duro entrenamiento al que le sometió el rey en su niñez.

Ganó el suficiente tiempo para que el carro llegase a donde estaban, y los orcos, asustados, corrieron despavoridos hacia el bosque, pero Leukathos logró matar a uno propinándole en el cuello un fuerte mordisco. El otro orco logró escapar y Asken metió en el carro a Dábel. Había perdido mucha sangre y estaba en estado crítico; le daban espasmos y respiraba fuertemente y sin control escupiendo sangre a veces.

Ágamis derramó varias gotas del agua mágica sobre el sangriento costado de su compañero. Al rato, su respiración se normalizó y la herida dejó de sangrar.

—Dábel, ¿qué te ha pasado? ¿Qué ha ocurrido para que tengas heridas tan graves? ¡Contesta! —dijo Asken perdiendo los estribos al ver el lamentable estado de su amigo.

—Tranquilízate, Asken, ¿no ves que está herido?

Dejémosle que repose y luego nos contará... —replicó Ágamis al joven príncipe mirándole en señal de que parase.

—No... Tiene razón... Es demasiado grave para decirlo después... Escuchadme atentamente... —dijo el herido compañero sacando las pocas fuerzas que tenía.

—Dinos, compañero...

—Veréis... A las dos semanas de iros llegó el ejército que había reunido Kilem, si se le puede ya llamar así, a Astratia. Fue muy rápido... Destruyeron las murallas y asaltaron la ciudad... Los soldados murieron y sólo una pequeña parte, junto con el rey y varios ciudadanos, pudo huir... Astreth les dijo que era de Fósfor y el rey accedió de mala gana a seguirle... Ahora estarán a salvo en nuestro reino... Pero debéis saber algo, chicos...

—¿Qué es, amigo? Por los dioses... Dímelo... —dijo Asken intentando reunir una paciencia de la que no disponía.

—Kilem ha reunido a los ejércitos oscuros que sirvieron a Zagmahor en el pasado... A los orcos desde Alroth, a las mantícoras desde Hordone y a los elfos oscuros desde Lilith... Según por lo que pude escuchar... Los reyes de Lilith y Hordone, al saber la suerte del rey de los orcos, decidieron aliarse con él... Ahora ha conseguido la reliquia 182

de Astratia y ha enviado a las mantícoras a Lívlinzor y a los elfos oscuros a Arcram... Será una masacre...

—Dios mío... Debemos ir lo antes posible a Arcram...

Sé que el rey Águila sabrá cuidarse de las mantícoras, pero debemos avisar al rey de los enanos... Dábel, tú te vienes con nosotros. Vas a sobrevivir y te reunirás con tu hermano en Fósfor, te lo prometo —dijo el príncipe agarrando la mano de su amigo.

—Gracias... príncipe... —dijo el herido Dábel antes de desmayarse por el cansancio y la pérdida de sangre.

—Ágamis, haz que corran más. ¡No hay tiempo que perder!

—¡Iah, iah! ¡Vamos caballos! —gritó Ágamis dándoles un manotazo en el lomo, haciendo que corriesen lo más deprisa que podían.

Pasó una semana hasta que el cálido clima del sur se tornase en el gélido clima característico del norte. A medida que pasaban, ya no veían mariposas yendo de una flor a otra, no había ni un solo insecto; ya no veían caer desde las hojas de los árboles el rocío dejado el día anterior por la lluvia; sólo una masa blanca que cubría todo. Minúsculos copos caían del cielo posándose suavemente sobre la piel de los caballos, deshaciéndose al instante. El carro pasaba por un campo lleno de nieve, con un frío que no invitaba a quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. Como los caballos no podían avanzar por el frío y el albo manto que cubría el campo, el príncipe sacó a Ardana, y, envolviendo el carro con su aura de fuego, derritió toda la nieve que encontraban al paso, pudiendo seguir los caballos sin sucumbir al frío. Las nubes cargadas de agua helada parecían evitar en el cielo un lugar; 183

la luz de la luna iluminaba ese trozo del firmamento sin cubrir. Ese lugar era el bosque milenario de Cethrea.

A medida que el carro se acercaba a esa zona, la nieve desaparecía; la verde hierba rodeaba ese bosque como si fuera sacado de otro mundo.

Barsine vio desde el carro que delante de la entrada del bosque había un hombre y una mujer arando el campo junto a dos niños que les ayudaban; eran rubios y bastante jóvenes.

—Mira, Asken, hay gente allí. Me suenan esos niños que están arando el campo... ¿Por qué será...? —dijo el hada pensativa mirándolos fijamente.

—Yo sí sé quiénes son. ¿Cómo puedes olvidarte con lo que lloraste? ¡Ja, ja, ja!

El hombre y la mujer al ver el carro se alarmaron y pusieron a los niños detrás de ellos. Se pusieron en posición amenazante con sus herramientas de arado y esperaron a que el carro llegara.

—¿A qué venís aquí? ¿Sois soldados de Kilem? ¡No pasaréis! —gritó el hombre a Asken.

El príncipe salió despacio del carro y fue andando tranquilamente hacia el hombre. Con una mano sostenía una hoz hacia Asken; ésta temblaba, y con la otra sostenía a los dos niños detrás de él.

—Señor, no venimos a hacerles daño, somos viajeros que van hacia Arcram y debemos pasar por aquí para continuar nuestro camino, ¿verdad, chicos? ¿No reconocéis mi voz? —dijo Asken con una amplia sonrisa llena de alegría.

El hombre dudó un instante los niños salieron de detrás suyo.

—Tú eres... ¡Asken! ¡Eres tú! ¡Y Barsine también!

—Chicos, ¿les conocéis? —dijo el hombre, dubitativo.

—¡Sí! Ellos nos salvaron en Astratia. Asken y Barsine nos compraron y dieron la libertad, papá.

—¡Vosotros sois...! Espera... ¿No erais huérfanos?

¿Habéis encontrado a vuestro padre? —dijo Barsine acabándose de dar cuenta de quiénes eran.

—Es cierto, somos huérfanos, pero... Nos han permitido estar en su casa y nos quieren y cuidan. Para nosotros son nuestros padres —dijo la pequeña chica abrazando a su padre.

—Si es cierto lo que decís, chicos... Lo sentimos mucho, viajeros. Lo cierto es que los soldados de Kilem están saqueando y destruyendo muchas aldeas, y por lo tanto desconfiamos de cualquiera que intente entrar...

—Tranquilo, buen hombre. Es comprensible. ¿Nos podrían enseñar algún lugar donde podamos dormir esta noche?

—Si es por dormir, simplemente vayan a nuestra casa.

Es lo menos que podemos hacer por ustedes... Si no les hubiesen rescatados estos niños estarían quién sabe dónde en vez de aquí... No aceptaremos un no por respuesta, así que vengan —dijo el hombre frunciendo el ceño levemente.

—Si nos lo pone así... Será un placer... ¡Vamos, Ágamis! ¡Entremos en el bosque milenario de Cethrea!

—¡Como digas! ¿De qué niños hablará ...? A mí no me contaron nada... En fin... —pensó para sus adentros el joven mago mientras hacía avanzar el carro hacia el interior del bosque junto a la pequeña familia.

Al entrar en el interior del bosque vieron el pueblo de Círcil. Grandes y frondosos abetos más grandes de lo normal descansaban sobre la fértil tierra del lugar, y en el interior de sus troncos, docenas de casas estaban construidas. Largos 185

puentes de madera conectaban casa con casa, de un tronco a otro como si de una telaraña se tratara. Las luciérnagas recorrían el bosque bajo el cielo nocturno de la noche, iluminando las casas sin que hiciera falta antorcha alguna. La pequeña familia subió al puente que conectaba su casa por medio de una escalerilla.

Asken y Barsine les siguieron, pero Ágamis tardó más.

Ató el carro con los caballos, dejó a Leukathos suelto para que durmiese donde quisiera y subió rápidamente por la escalerilla. Entraron en la casa después de la familia y vieron toda clase de muebles hechos de madera: sillas, mesas y objetos peculiares como hongos luminosos, como el que encontraron en el pantano. El padre y la madre les enseñaron una habitación sin usar, la cual

tenía dos setas gigantes dentro que se podían usar como camas.

—¡Guau! ¡Setas en vez de camas! ¡Qué bien vivís, ju, ju! —gritaba el hada saltando sobre las setas como una niña pequeña.

—Pues dormiréis aquí, chicos. Si necesitáis algo, llamadme —dijo la madre yéndose a su habitación con su esposo.

Los tres se fueron a dormir, pero por la noche los dos niños llamaron al joven príncipe, que salió bostezando de la cama hasta donde estaban. Los niños le dijeron:

—Asken, te queremos contar una cosa sobre este pueblo. No podíamos decíroslo delante de nuestros padres porque no les gusta que hablemos de ello... Pero lo vimos y queremos que lo veas. ¡Ven con nosotros! —dijeron los niños saliendo de la casa con él a rastras.

—¿Dónde me lleváis, chicos...? ¿Y de qué historia habláis? Ahh... —bostezó el joven príncipe.

—Verás... Nos contaron nuestros padres que el nombre del pueblo se le dio en honor a un archimago que invocó hace cuatrocientos años a Cethrea para curar este bosque de una sequía que llevaba durando más de cien años. La historia cuenta que la diosa se enamoró del archimago, de nombre Círcil, y llegaron a tener una hija. La llamaron Antea.. Esa semidiosa aún existe y se pasea por el bosque con una cierva muy longeva que le regaló su madre. Nuestro pueblo la odia por ser el fruto de un humano y un dios, por lo que no nos dejan hablar de ella... —explicó el niño con cierta tristeza.

—¿Y por qué me lo contáis a mí? ¿Dónde me lleváis?

—preguntaba Asken mientras era llevado por los niños a través del bosque.

—Porque... Gracias a ti somos felices... Unos niños huérfanos y apartados... Ella parece que está siempre triste y tú puedes hacer que sonría... ¡Sabemos que puedes...! —dijo la niña cerrando los ojos.

—Lo entiendo, chicos, ¡pero no sé dónde me lleváis! —

gritó Asken tropezándose con una piedra y cayendo al suelo.

—Pues... Queremos que veas esto. Aparta estos arbustos y míralo tú mismo.

Asken fue hasta donde estaban los dos niños. Una maraña de arbustos le cortaba el camino, y pasó a través de ellos hasta ver una intensa luz. Apartó unas ramas y vio que una gran cierva de dorado pelaje y mirada serena bebía agua de un gran lago. Sus aguas brillaban debido al reflejo de la luna y las luciérnagas que volaban a su alrededor. Asken entonces la vio: una chica, de piel verdosa y cabello blanco, pisaba en el agua flotando sobre ella. Únicamente cubrían su pecho y caderas unas fibras vegetales tranzadas a modo de prenda de vestir. Pequeñas ondas se formaban cuando tocaba

la superficie del lago y comenzó a danzar en el agua mientras cantaba con tierna voz:

Busco una luz en la verdad

Que me lleve través del mundo; Que

me guí e en la oscuridad.

Miro al cielo y veo nubes grises,

Miro al suelo y a la gente;

Todos parecen infelices.

Busco una luz en la verdad

*Que me lleve a través del mundo, Que
me guí e en la oscuridad.*

Deseo encontrar un alma afín

*Que me saque de esta jaula
Y me lleve lejos de aquí.*

Busco una luz en la verdad

*Que me lleve a través del mundo, Que
me guí e en la oscuridad.*

Un beso sellará nuestro destino Y él cortará el viejo árbol Uniendo dos almas al mismo sino.

Busco una luz en la verdad

*Que me lleve a través del mundo, Que
me guí e en la oscuridad.*

Las luciérnagas seguían su paso dejando una estela luminosa mientras ella danzaba. Entonces desplegó cuatro alas cristalinas que brillaban con luz propia bajo la luz de la luna. Asken no podía dejar de mirarla. Pensaba en su belleza, en su voz y en su canción. Su rostro comenzó a sonrojarse a medida que la observaba y los niños sonrieron al ver su expresión. —Te gusta, ¿verdad? Je, je... —reían ambos.

—¡No digáis tonterías, chiquillos! —gritó Asken avergonzado.

La chica paró de danzar por la superficie del lago y las luciérnagas volaron en mil direcciones distintas. La cierva corrió hacia Asken apuntándole con su intimidante cornamenta, y los niños salieron de los arbustos rápidamente.

—¡Somos amigos! ¡Para, Circe! —gritaron haciendo que parase en seco la cierva.

—¿Qué hacéis aquí, chicos? ¿No deberíais estar durmiendo...? —dijo extrañada la chica.

—Es que queríamos traerte a alguien. Este es Asken; él fue quien nos rescató en Astratia y ahora ha viajado con sus amigos al bosque.

—¿Él fue quien os rescató!? Espera... ¿Has viajado por el mundo?! Cuéntame por favor por dónde has ido y todo lo que te haya pasado en el exterior —le propuso la chica sosteniendo las manos de Asken emocionada.

—Em... Sí... Yo les rescaté... Y en cuanto a los viajes, si me sueltas... Agh... —dijo el joven príncipe sonrojándose.

La chica notó su evidente enrojecimiento y esbozó una tenue sonrisa, cogió a Asken del brazo y les dijo a los niños:

—Chicos, nosotros vamos a dar un paseo. Volved a la cama, que Asken y yo tenemos que hablar un momento,

¿verdad? —dijo la chica apretando para sí cada vez más fuerte su brazo dedicándole una mirada de complicidad. —

¡Si claro! Chicos, tenemos que hablar un momento, a la cama, que volveré después...—dijo el príncipe notando el cuerpo de Antea.

—Os dejamos solos, parejita. ¡Ja, ja, ja! —reían los niños viendo la enrojecida cara de Asken mientras se iban.

La cierva se acercó a ellos y se fueron caminando por el bosque, ella le soltó el brazo y fueron por un camino en el que los árboles tenían extrañas marcas, letras antiguas grabadas en ellos. El camino por el que pasaban descansaba sobre montones de hojas secas, pues ya había llegado la estación otoñal a pesar de las intensas nevadas del norte, Antea entonces comenzó a hablar:

—Ahora que estamos solos... cuéntame sobre tu viaje, tengo muchísima curiosidad... y si me cuentas tu historia ¡te contare lo que quieras sobre este bosque! —dijo con una mirada llena de emoción en los ojos.

—Veras, soy el príncipe Asken de Fósfor, como sabrás el rey Kelim ha dominado a los elfos oscuros, a los orcos y a las mantícoras y pretende resucitar a Zagnahor, si lo hace nuestro mundo se sumirá en una era oscura. El propósito de mis viajes es conseguir la sangre de los cinco reyes y las reliquias oscuras para detener a Kelim, la sangre es para imbuir del alma de Ardana esta espada —comentó Asken desenvainándola delante de Antea.

—¡Vaya espada! ¡Tiene runas antiguas escritas en ella!

Cuéntame, ¿por qué lugares fuiste, Asken...? Dime por dónde viajaste... —dijo la chica sin parar de mirarle, imaginando todas las aventuras que habrá tenido.

—He viajado desde el oeste donde está Fósfor hasta el este en Astratia, y al sur, el reino que jamás fue visitado en mil años, Lívlinzor; por último, hemos de visitar el reino de los enanos, Arcram, por lo que antes debíamos pasar por aquí.

Debemos avisar a cada uno de los reinos para que vayan a Fósfor y nos unamos en una causa común: evitar el reinado del dios de la muerte.

—Qué emocionante... Has viajado por todo el continente... No sabes la envidia que siento ahora mismo...

—¿Y eso? ¿No puedes abandonar este lugar cuando quieras? —preguntó extrañado el joven príncipe al ver la entristecida expresión de Antea.

—Ese sería mi mayor deseo... Ir por el mundo buscando aventuras... Conocer lugares y gente nueva... Pero soy como un pájaro enjaulado... Por más que yo quiera, jamás podré dejar este bosque...

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te lo impide? —preguntó extrañado.

—Te lo enseñaré... Ven conmigo, Asken... —dijo Antea perdiéndose en la espesura del bosque junto al príncipe y la cierva.

Antea desplegó sus alas y comenzó a volar rápidamente entre la maraña de árboles. Asken se montó en la receptiva cierva y ésta galopó cual caballo entre las hojas secas, dejando como rastro su crujido al quebrarse.

—¡Seguidme, chicos! ¡Es más adelante! —gritaba Antea desapareciendo en dirección a un inmenso montículo de piedra coronado por una espesa capa de verdoso musgo.

Circe entonces galopó a toda velocidad hacia la pared de piedra agachando la cabeza mientras sus grandes cuernos brillaban con una dorada luz cálida.

—¡Nos vamos a chocar! ¡Circe, no! —gritaba el príncipe viendo que estaban a un escaso metro de la pared y la velocidad de la cierva no disminuía.

La gruesa pared de piedra reaccionó inmediatamente con un solo toque de los brillantes cuernos y como si de agua se tratase, la atravesaron hacia el interior. Asken había

cerrado los ojos justo antes del inminente impacto y comenzó a abrirlos lentamente.

Un inmenso espacio se descubría ante él desde el interior de la gran roca hueca. El suelo estaba rodeado de una fina película de agua y la tierra iba ganándole gradualmente altura al agua formando un gran montículo de tierra fértil. Y

en lo alto de este, rodeado de fresca hierba, un gran árbol emergía robustamente hacia el firmamento bañado por el intenso brillo lunar que traspasaba el techo de piedra, otorgándole una estela misteriosa al gran árbol.

Asken vio a la misteriosa chica descansando sobre una de las ramas del gran árbol mirando a la lejanía.

—¿Qué lugar es este, Antea? ¿Cómo es que no nos hemos golpeado al entrar?

—Primero responderé a tu segunda pregunta. No os golpeasteis porque este lugar sólo permite su entrada a los seres bendecidos por la diosa Cethrea para ser protegido de los seres impíos, pues este lugar es... la tumba de mis padres...

—Yo... Lo siento... No quise...

—No te preocupes, no pasa nada. Ese árbol de ahí que ves es mi madre... Cuando murió mi padre, ella misma lo enterró en ese gran montículo y se convirtió en un árbol que se nutre de él. Mi madre lo hizo así para que estuvieran juntos para siempre... Pero esa es mi maldición... —dijo con una mirada profundamente triste.

—¿Tu maldición? ¿Por qué?

—Je... Mi madre fue tan egoísta que antes de hacerse árbol... Selló mi destino aquí mismo... Ella me obligó a cuidar todos estos años su tumba sellando mi alma en su cuerpo de árbol... Estaré aquí hasta que mi vida acabe por el 192

paso del tiempo o por una espada... Pero hay una forma de acabar con esta maldición... —dijo mirando a Asken con lágrimas en los ojos.

—Dime qué se ha de hacer y lo haré posible. Confía en mí.

—La única forma es destruyendo el árbol...

—Eso será fácil. ¡Déjame a mí! —exclamó Asken desenvainando a Ardana.

—¡No lo hagas! ¡Si lo haces destruirás mi alma y moriré! —gritó alarmada mientras el sobresaltado príncipe envainaba su espada.

—¿Pero entonces qué harás? ¿Resignarte y vivir recluida eternamente? ¿Es que no hay otra forma...? —dijo el príncipe apretando fuertemente los puños.

—Sí la hay... Hay una forma... La única forma es que mi alma acepte a alguien más que a mí... Que sea atraída hacia alguien más que yo... En otras palabras... Sólo podrá cortar el árbol sin que muera la persona que evoque en mí el amor... —dijo la sonrojada chica.

—Espera... ¿Qué has dich...? —no acabó de responder el enrojecido príncipe cuando escucharon fuertemente el hueco ruido de un cuerno de batalla.

—¿Qué es eso!? Salgamos, Asken, ¡corre! —gritó alarmada la chica al escuchar los fuertes ruidos.

—¡Sí! —dijo Asken montando de nuevo a la cierva para salir de la tumba de Cethrea junto con Antea.

Al salir vieron algo horrible; una gran pira estaba consumiéndose el bosque dejando una espeluznante columna de humo a su paso. Los animales huían sin descanso del peligro como el

gorrión que escapa del águila y vieron que unas criaturas se movían en la lejanía portando antorchas 193

hacia ellos. Su piel oscura y ropas moradas, sus inconfundibles orejas puntiagudas y sus sangrientos ojos rojos les definían claramente; eran elfos oscuros. Una marabunta de ellos se movía rápidamente por el bosque y pronto un grupo de unos veinte los rodeó.

—Asken, ese fuego está en dirección a... Círcil...

¡Debemos ir rápido o morirán!

—Déjame a mí, les despacharé rápido con Ardana —

dijo el confiado príncipe desenvainando su espada.

Los cuernos de Circe comenzaron a brillar intensamente una vez más y Antea los sujetó suavemente.

Éstos cambiaron de forma y se transformaron en un gran arco luminoso engarzado con múltiples runas que decían lo siguiente:

«Una flecha para matar, otra para salvar, y otra para comer. Éstos son los fundamentos del arco».

—¡No sois permitidos aquí, elfos oscuros! —dijo Antea disparando una flecha de luz hacia ellos, la cual atravesó a varios de los elfos que se quemaban al contacto con la temible flecha.

—¿Qué ha sido eso? Ese arco... Les quema... —

observó extrañado el joven príncipe.

—Este es el Arco de Circe; es un arma que me dio mi madre para proteger su tumba. Purifica a todo ser de impuros pensamientos con el solo roce de una flecha y cura a las personas puras de corazón.

—Entiendo... Entonces, ¡vayamos por ellos!

¡Muéstrate, Eolia Ardana! —gritó el príncipe dejando que un fuerte viento escapase por su espada.

Un grupo de elfos oscuros apostados en varios árboles cogieron sus arcos y lanzaron una lluvia de dardos de punta púrpura hacia Asken y los demás; estaban envenenados. El príncipe alzó la espada, que soltaba cada vez más viento a su alrededor parando las flechas mientras Antea, aún sorprendida por Ardana, disparó rápidamente tres flechas rozando a los elfos que caían de los árboles, agonizando por las quemaduras. El grupo se retiró hacia la zona en llamas del bosque.

—¡Lo conseguimos, Asken! ¡Sabía que podías!

¡Menuda espada llevas! —gritaba de la emoción abrazando al avergonzado príncipe.

—Antea... No hay tiempo para eso... Tenemos que ir a Círcil... Están en peligro...

—Sí, ¡vamos, Circe! —gritó montando ambos en la cierva mientras se dirigían hacia el pueblo en llamas.

Circe galopaba rápidamente hacia el pueblo y, mientras sorteaban ramas y arbustos, en plena carrera muchos elfos salían de los matorrales dispuestos a matarles en cualquier momento. El gran bosque de Cethrea había sido invadido por la mayor de las plagas: los elfos oscuros.

Asken siguió cubriéndoles con su aura de viento hasta llegar por fin a la entrada del pueblo perseguidos por cuantos elfos habían visto. Contemplaron horrorizados cómo clavadas en dos picas en la entrada teñían sus puntas de escarlata las cabezas de los dos niños que había salvado Asken tiempo atrás.

—No puede ser... Estos niños iban a tener un futuro por delante... Eran felices... Encontraron un hogar... ¡Y los han matado! —exclamó encolerizado el príncipe cortando las picas con su espada.

—¡Tranquilízate, Asken! Snif... No podías saber que vendrían... Snif... No podías saberlo...

—¡Los mataré! ¡Vamos dentro, Antea! Están mis amigos dentro y me temo lo peor... ¡Corramos!
—gritó Asken espoleando en el lomo a la cierva para que fuese más rápido y se adentraron más.

La vista del pueblo parecía sacada de los mismos infiernos; los árboles, que estaban consumiéndose, abandonaban su vivo color marrón para tornarse en negruzco carbón muerto; los puentes que una vez conectaron las casas yacían en el suelo alimentando las llamas; las casas todas ardían, y una pequeña muñeca de trapo yacía en el suelo manchada de sangre junto al cadáver de una niña.

—Esto es horroroso... Hay muchos cadáveres y se quema todo... ¿Cómo puede estar pasando esto...? —dijo Antea entrando en el pánico y desesperación que estaba observando en la gran pira.

—Mientras quede una sola persona viva, este pueblo no habrá muerto. Ten esperanza. ¡Mira! ¡Por allí va un grupo de elfos! ¡Puede que estén persiguiendo a alguien, vayamos! —

gritó Asken divisando un grupo de unos diez elfos oscuros armados con espadas ir corriendo en dirección a la casa del jefe del pueblo, construida debajo del árbol más grande de todo el bosque.

—Asken... Tienes razón... No perderé la esperanza...

—dijo la chica esbozando una tenue sonrisa de nuevo mirando al joven príncipe intensamente.

No tardaron en alcanzar al numeroso grupo de elfos hasta su destino y vieron a unos diecisiete aldeanos huir corriendo hacia la casa del alcalde. Justo cuando Asken iba a lanzar un potente tajo de viento, una gran llamarada les

sorprendió quemando a todos los elfos que corrían despavoridos mientras su carne se consumía al igual que los árboles. Leu emergió de entre las llamas desplegando sus alas con fuerza, montado por Ágamis, Dábel y Barsine; sus amigos habían sobrevivido.

—¡Estáis vivos! Menos mal... Si hubierais muerto...

Chicos... —balbuceó el príncipe mirándoles con lágrimas.

—¿Cómo vamos a morir sin cumplir nuestra misión, Asken? Pero más importante, ¿cómo es que no estabas en la casa por la noche? ¿Y esa chica de piel verdosa? —dijo Ágamis con mucha curiosidad y con algunos rasguños y cortes en los brazos.

—Es una larga historia de contar. Os lo relataré cuando salgamos de esta. Ahora debemos sacar a los aldeanos del bosque y repeler a esos seres inmundos.

—¡Seguidme todos en fila india, aldeanos! ¡Yo, la magnífica hada de los bosques, Barsine, os sacaré de aquí!

—gritó la pequeña hada poniéndose al frente del grupo mientras sacaban a los aldeanos.

Llegaron a la salida del bosque, donde seguía nevando intensamente, y los pocos aldeanos que quedaban se quedaron en la retaguardia mientras Asken y los demás esperaban a que en cualquier momento apareciera una marabunta de aquellos sanguinarios seres de ojos rojos.

A lo lejos docenas de risas resonaban por todo el bosque cada vez más cerca, más y más cerca. Un rastro de fuego se iba acercando a la entrada; se acercaba el ejército elfo. Cada uno de los héroes estaba en posición para atacar en cualquier momento, y, de pronto, varias flechas salieron de improvisto de entre los árboles. Una de las flechas alcanzó en pleno estómago a Barsine, que, empujada por la flecha, 197

caía en la nieve tiñéndola de rojo. Asken no pudo evitar pegar un gran grito mezcla de odio, rabia y dolor.

—¡Barsineee! ¿¡Dónde estás!? ¡Barsine! —gritaba el príncipe escarbando en la nieve hasta encontrar a la pequeña hada ensangrentada mientras Ágamis y Leukathos quemaban los árboles de la entrada para ganar más tiempo.

—Asken... ¿Eres tú...? Veo borroso... Irsia... Por fin nos reuniremos... No cumpliste tu promesa... —decía el hada agonizante.

Antea corrió hacia Asken y Barsine y contempló llorando cómo la sangre del hada se desprendía de entre las manos del príncipe. Una pequeña lágrima cayó encima de Barsine y su cuerpo comenzó a brillar.

—Mi cuerpo... ¿Qué es este calor que siento...?

—¡Las lágrimas! ¡Es cierto! La cura para la maldición del Arquílogo era la lágrima de una diosa, y Antea es hija de Cethrea. Barsine, no mueras, debes vivir, no mueras... Por fin volverás a ser humana... ¡Ya sé, el agua mágica! —gritó el joven príncipe abriendo la botella y dejando caer un intenso chorro sobre la brillante hada.

—No siento dolor, Asken... Sé que voy a morir... Esta agua no salva a quienes van a morir... Sólo cura heridas superficiales... Asken... Suerte en tu viaje... —dijo la agonizante Barsine antes de morir convertida ya en humana.

Un grito seco se perdió entre las grotescas risas de los elfos.

—¡Barsine, no! ¡No debías morir aquí! Debías recuperar tu forma humana y ser feliz viviendo... Pero... así no, Barsine... Snif... Así no... —dijo el príncipe llorando mientras abrazaba fuertemente el cuerpo ensangrentado de su amiga.

198

—¿Por qué...? ¿Por qué todos mueren...? Snif...

Asken... Snif... —lloraba desconsoladamente Antea.

—¡Vais a morir, escoria! ¡Habéis matado a mi amiga!

—gritó el encolerizado príncipe dejando el cuerpo de su amiga en el suelo y desenvainando la espada de la tempestad.

Un intenso viento salió de su acero removiendo las nubes del cielo en forma de espiral; los árboles se consumieron y una gran horda de elfos salió corriendo hacia ellos con sus espadas, arcos y picas con sed de sangre.

—¡Morid! —gritó lanzando un poderoso tornado con su espada que derribó a al menos treinta de ellos.

Asken estaba fuera de sí; su cólera y sed de venganza le habían dominado y descuartizaba con sus ondas de viento a cada elfo que veía. Al rato, un gran rugido se escuchó en la lejanía. Era diferente a las risas de los elfos, y de pronto la atmósfera se volvió pesada. De entre el hueco de nubes que se apartaban del gran bosque bajó, bañado por la luz de la luna, un gran dragón negro de alas inmensas y varias cicatrices por todo el cuerpo que indicaban marcas hechas por espadas.

Asken, viendo que el temible dragón lanzaba hacia ellos una llamarada de fuego púrpura, la disipó con un tajo de viento, pero el dragón lo esquivó y voló rápidamente hacia él.

El joven príncipe le lanzó otro tajo, pero esta vez el dragón batió sus grandes alas con fuerza y lo convirtió en una simple brisa. Aprovechando su desconcierto, con una de sus afiladas garras rasgó el pecho de Asken mandándolo varios metros atrás.

El dragón se posó en el suelo delante del ejército de elfos oscuros y de los aldeanos que quedaban vivos y, 199

dándoles la espalda a Ágamis y los demás, comenzó a hablarles a los elfos así:

—Nuestro maestro Kilem os necesita en Arcram... No os demoréis aquí con esa escoria humana... ¡Atacad el reino de los enanos u os mataré con mis garras!

Los asustados elfos se dispersaron rápidamente ante el asombro de los aldeanos y el dragón miró al ensangrentado príncipe tendido en el suelo clavando su malévola mirada en él diciendo:

—Lo que intentas no resultará, chico... Esta matanza es culpa vuestra por dejar a aquel orco vivo... ¡Ja, ja, ja! —

reía el dragón poco antes de levantar el vuelo en dirección oeste.

Antea recogió del suelo el frasco de agua mágica y corrió hacia Asken. Aún respiraba. Vertió sobre su piel rasgada y sanguinolenta la poca agua que quedaba y comenzó a cicatrizar rápidamente. La sangre que salía se detuvo y fue devuelta a su cuerpo; el príncipe se había salvado.

—Ese bastardo... Lo mataré... Por los niños... Por Barsine... ¡Lo mataré! —gritó Asken tendido en las piernas de Antea levantando la mano hacia el distante dragón como si pudiera agarrarlo.

—Asken, no... Ese no es el camino... Snif... ¡Ya basta! ¡No quiero que sufras más! —gritó la chica abrazándolo mientras tibias lágrimas caían en el suelo helado.

—Antea... —pudo balbucear mientras, siendo abrazado, lloraba en silencio junto a ella.

Al cabo de media hora el cuerpo de Asken se restableció por completo y, más calmado, comenzó junto a sus compañeros a apagar el ingente incendio. Ágamis reunió 200

a los supervivientes y mandó a Asken y los demás que viniesen diciéndoles:

—Aldeanos, ¡lanzad nieve y tierra a las llamas para apagarlas! ¡Asken, usa tu espada de viento para apagar los árboles! ¡Yo apagaré el resto del bosque! ¡Encargaos del incendio del pueblo! Y Asken... Luego prepararemos un funeral para Barsine. Ella habría querido que siguiésemos adelante... —dijo Ágamis instantes antes de salir volando sobre el albo dragón en dirección a las profundidades del bosque con dos tibias lágrimas que no había dejado ver en público.

Asken lanzó ráfagas de viento hacia las llamas, que eran empujadas hacia el pueblo permitiendo el paso del grupo. Los aldeanos lanzaron nieve a los quemados árboles y se fueron turnando en grupos de tres. Antea mientras lanzaba flechas a los árboles que se consumían sanándolos poco a poco, evitando que se carbonizaran. De pronto vieron una luz cerúlea muy brillante sobre el cielo, era Ágamis encima de Leukathos. Estaba recitando un hechizo que decía así:

—«*Apsur Deus aquas mundi, dona nobis pluviam cae-li.*»

Cuando acabó de decir estas palabras la intensa luz azul ascendió a los cielos, y las nubes que jamás se habían adentrado en el bosque ahora formaban una inmensa espiral cubriéndolo. Cayó una gota de agua al suelo, luego otra, y otra más; estaba lloviendo sobre el gran bosque de Cethrea.

En poco tiempo el humo negro producido por el incendio se tornó en blanco vapor al apagarse el fuego; el bosque se había salvado, pero a costa de la mitad del mismo y casi todo el pueblo. Todos miraban estupefactos al joven 201

jinete de Leukathos bajar ante ellos con una cara seria y firme diciendo:

—Este bosque no morirá porque ahora dos dioses lo protegen. Nadie más morirá... Ya nadie más... ¡Entremos!

—gritó el joven mago soltando varias lágrimas sin mirar atrás mientras se adentraba en el bosque en dirección al pueblo.

Al llegar a Círcil encontraron los múltiples cadáveres que el ejército dejó a su paso y los apilaron todos en un gran hoyo en el centro del pueblo. Asken cavó él solo un gran agujero en el suelo y Ágamis se encargó de depositar en él a la pequeña Barsine. El príncipe no dijo ni una palabra, nadie dijo nada; pero se escuchaba cómo sus lágrimas penetraban en la tierra mientras el frío cuerpo de su amiga comenzaba ya a consumirse. Sobre el montículo de tierra en el que descansaba Barsine quedaron grabadas en una tablilla de piedra a modo de epitafio las siguientes palabras:

« Tus compañeros te recordaremos tanto en vida como en muerte. La promesa de Irsia fue finalmente cumplida, así que descansa... Duerme y sé feliz con él, Barsine... Vivirás en nuestros corazones por siempre».

Acabado el funeral, Ágamis se quedó para ayudar en las reparaciones con Antea y los demás. Asken se fue al interior del bosque en dirección al lago en el que horas antes vio a Antea por primera vez. Antea, al no ver a Asken, se preocupó y se fue corriendo a buscarle; fue a la entrada y no le encontró; fue hasta la tumba de piedra y tampoco estaba, así que fue hacia el lago. Cuando llegó vio al joven príncipe sentado sobre una roca llorando bajo un árbol y se acercó lentamente.

202

—¿Por qué...? Barsine... Chicos... Otra vez no pude proteger a nadie... Otra vez murieron por mi incompetencia... No quiero que la gente que quiero muera...

¿Ugh? —se sorprendió Asken al notar que alguien le abrazaba por detrás. Era Antea. El joven príncipe notó que la chica apretaba el pecho en su espalda mientras lo abrazaba, pero no dijo nada; sólo siguió llorando.

—Asken... Yo también sé lo que es perder a alguien querido... Esa chica... Murió siendo feliz... Llegó a serlo antes de morir... Esos niños... Los hiciste felices... No eres un incompetente... Es más... Nos protegiste al pueblo y... a mí... ¡Así que no llores! O lloraré yo también... Snif...

Todos estarán en tu corazón mientras los recuerdes... —

lloraba Antea a raudales mientras lo abrazaba más y más fuerte.

—Antea... Tú... —balbuceó el príncipe mientras se giraba mirando a los ojos a Antea intensamente.

—Te quiero... Te acabo de conocer y sin embargo siento que te conozco desde siempre... —dijo la chica devolviéndole la intensa mirada al príncipe.

—Siento lo mismo... Desde que te vi por primera vez mi corazón latía más deprisa... Cuando salimos de la tumba y vinieron os elfos solo pensé en protegerte... Te quiero... —

dijo acercando su cara a la de Antea para unirse en un tierno beso que sellaría sus destinos para siempre.

Sus labios se rozaban en un mágico ritual de amor. Eran esclavos de las caricias y los tiernos abrazos se sucedieron hasta consumir su amor en esa noche de invierno, encontrándose el amor entre el horror y la muerte como el brote que sale después de la tempestad.

203

Capítulo 15 Arcram, la cárcel del mundo cuando Asken despertó vio el sol reflejado en el lago, a los pájaros con su cantar mañanero y el azul del Cielo sin una nube, pareciendo que lo que aconteció el día

anterior jamás hubiese ocurrido. Asken miró a su lado esperando encontrar a Antea, pero vio a una chica de negros cabellos desnuda a su lado.

—¿Quién demonios eres tú?! ¿Qué has hecho con Antea?! —gritó el príncipe sobresaltado vistiéndose rápidamente.

—¿Um...? Aaah... Soy yo... Antea... —dijo la misteriosa chica bostezando al despertarse.

—No puede ser, ella tenía el pelo blanco y la piel verde.

¡Tú pareces totalmente una humana!

—Oh... ¿Ya es de día...? Tranquillo, soy yo, je, je. Esta es mi forma cuando amanece gracias a la sangre humana que me legó mi padre. Por la noche tengo la forma que ostentaba mi madre, y por la mañana me torno humana —dijo poniéndose su ropa.

—Te creeré... Ya que es tu voz... Antea, sígueme —

dijo el príncipe con cara seria.

—¿Dónde vamos?

—Sólo sígueme, Antea —dijo Asken adentrándose en el bosque.

Antea llegó hasta él y, agarrándole del brazo, le siguió por el boscoso sendero. Pasado un rato vislumbraron la gran roca y abrió los ojos intensamente para luego llorar de emoción.

—Entremos, Antea...

—¡Sí...! Snif... —gritó llevándose una mano a la boca para apagar el llanto.

Entraron dentro de la roca y en el centro de la tumba el gran árbol yacía allí intacto al margen de los horrores acaecidos la noche anterior. Asken desenvainó su espada y ésta soltaba una pequeña aura de aire cortante alrededor de su filo.

—Antea... ¡Por fin serás libre! —gritó el príncipe dándole un tajo de viento al gran árbol, que cedió dividido en dos mitades.

—Gracias... Te quiero tanto... —dijo la chica abrazándole por detrás fuertemente.

Inmediatamente después de caer el árbol un mensaje de brillantes letras apareció en las rocosas paredes de la tumba.

—Antea, ¿qué pone? Son runas antiguas.

— Ahora que has logrado destruir el árbol en que me convertí, sé que puedes enfrentarte al mundo, hija mía... Pues significa que encontraste el amor en alguien digno de ti...

Por favor, no me odies por haberte retenido aquí. Tu padre y yo velaremos por vosotros siempre... Cuidate, hija. Mamá...

—dijo la semidiosa emocionada mientras se abrazaba al pecho de su amado.

—Ahora eres libre de marcharte de aquí... ¡Ven con nosotros, por favor!

—Por supuesto que sí... —le susurró al oído antes de besarle en la mejilla y salir corriendo de la tumba cogida de la mano del príncipe.

Al salir Ágamis les vio desde el cielo y bajó rápidamente junto a Leukathos hacia ellos. Se posó en el suelo y comenzó a hablarles.

205

—Asken... Debemos partir ya... Por lo que dijo el dragón negro, Arcram está en grave peligro y debemos llegar antes que ellos...

—Entiendo... Ágamis... Esta es Antea, la semidiosa de la que hablan en el pueblo... Vendrá con nosotros junto con su cierva. Puede que no se parezca a quien era anoche, pero es ella...

Al ver Ágamis que estaban cogidos de la mano lo comprendió; se amaban. Entonces dijo:

—¿Crees... que podrás protegerla?

—Daría mi vida antes que permitir que le pase algo —

dijo mirando firmemente a los ojos de Ágamis, que, mirándole, sonrió levemente.

—Nunca cambiarás... Me presento, soy Ágamis, el mejor amigo de tu amado, y este es Leukathos, mi fiel montura, ¡ja, ja, ja! —se presentó el joven mago con una amplia sonrisa.

—Encantada... Yo soy Antea, su amada, como bien dices, ¡ja, ja, ja! No seré una carga para vosotros, pues se luchar y tengo a Circe, mi cierva.

—Ya que están hechas las presentaciones, partamos hacia Arcram. Ágamis, ¿Sobrevivió el carro con los caballos...?

—Tranquilo, cuando asediaron el pueblo escondí el carro en el hueco de uno de los grandes árboles. Aún debe estar allí, así que no perdamos tiempo.

Todo el grupo se dirigió por última vez al pueblo corriendo entre las hojas aún mojadas y los charcos dejados por la lluvia del día anterior hasta llegar al pueblo por última vez. Al llegar, Ágamis los llevó detrás del gran árbol que servía de casa al alcalde y varios relinchos se escucharon 206

fuertemente; los caballos seguían vivos junto con el carro, que estaba intacto.

Antea dio un fuerte silbido que esparció el aire, y al cabo de un rato apareció al galope la cierva de cuernos dorados.

—A propósito de todo esto, ¿dónde está Dábel? —

preguntó el príncipe viendo que su compañero no estaba.

—Le dije que fuese a cazar algo para comer y se reuniese conmigo aquí, ya que será un viaje largo y no nos quedan provisiones.

Vieron al cabo de un rato una sombra acercarse. Traía un gran saco por el que goteaban gotas de

sangre. El sujeto que lo sostenía traía ropas oscuras, le faltaba un brazo y sostenía con los dientes varias agujas mientras sonreía al verles. Definitivamente, se trataba de Dábel.

—Ya he conseguido provisiones, chicos. He cazado dos conejos, cuatro truchas y un faisán. Esto es más fácil que ser espía, ¡ja, ja, ja! —reía mientras cargaba en el carro el ingente saco.

—Dábel, te presento a Antea. Vendrá con nosotros a partir de ahora.

—Encantada. Asken me ha hablado de todos vosotros.

Me alegro mucho de que tenga tan buenos amigos —sonrió con alegre mirada bajando mirándoles a todos.

—Un placer, y no es nada. A donde quiera que vaya, le seguiremos, je, je.

—Chicos, ya es hora de partir hacia Arcram. ¡Vamos!

—gritó el príncipe pensando en lo que pasaría si no llegan a tiempo.

—¡Sí, vamos! —gritaron los demás al unísono levantando la voz.

Antea y Asken se subieron a Circe y siguieron su camino junto al carro hasta salir por fin del bosque. La chica y la cierva no miraron atrás, sólo seguían avanzando hacia delante, hacia su destino. El bosque estaba ya lejano, no podían verlo. Al cabo de dos días costaba más avanzar por la nieve, pues cada vez nevaba más. Nubes oscuras de tormenta comenzaron a acumularse hasta donde alcanzaba la vista y comenzó a tronar fuertemente. Un gran rayo atravesó el firmamento dejando como único rastro un sonido hueco que se apagó en un segundo. La lluvia de las nubes de tormenta ante el intenso frío se tornaba en nieve y granizo. El fuerte viento los arrastraba impidiendo ver algo a dos palmos de frente y Asken sacó a Ígnea Ardana.

—Ahora podremos ver bien, chicos. Poneos cerca de mí —ordenó mientras, alzando su espada, comenzaba a brillar con cálidos destellos rojizos soltando una llama que no quemaba a quienes tocaba, sino que les calentaba, habiendo así una candente aura de fuego que derretía la nieve a su paso.

—Bien hecho, Asken, así evitaremos el frío. Pero lo de ver nuestro camino déjanoslo a nosotros —dijo Ágamis con una enérgica sonrisa mientras le devolvía a Leukathos una mirada de complicidad.

Dábel cogió las riendas con una mano y Ágamis salió junto con Leukathos del carro. A un toque de su compañero, el joven dragón comenzó a lanzar una bocanada de fuego al frente dejando ver lo que ocurría en esa dirección y observaron algo intrigante. Varios metros hacia delante se podían ver montones de árboles, pero árboles que brillaban con luz propia, verdosa, bella y atrayente. Miraron entonces atrás; sobre lo alto de una peña vieron amontonadas multitud 208

de luces de antorchas, y poco después escucharon el sonido de un cuerno de batalla; les habían seguido los elfos oscuros.

—Chicos, vamos más rápido. ¡Están a un día de nosotros! —dijo la semidiosa.

—No te preocupes por eso... Porque hemos llegado por fin a Arcram, la cárcel del mundo.

—¿Cómo lo sabes, Ágamis? Sólo veo árboles y nieve

—dijo desconcertado Asken.

—Leí en uno de los libros de Lívlinzor sobre este lugar... Arcram está construido bajo esta tundra de árboles brillantes. Sus raíces son tan largas que llegan hasta el subsuelo e iluminan las cuevas de los enanos. Según vi en el libro, la única forma de entrar en su reino desde fuera es encontrando varios monolitos de piedra dispuestos en un círculo. En cada uno de ellos hay trozos de un mensaje en runas antiguas que ya nadie recuerda. Si lo desciframos, encontraremos la entrada secreta al reino de los enanos —

explicó con detalle el mago erudito.

—¡Busquemosla! —gritaron todos mientras se separaban en grupos. Por un lado, Asken, Antea y Circe, protegidos por el aura de fuego; y por el otro, Ágamis, junto a Dábel y el carro, protegidos por la llamarada de Leukathos.

Por más que caminaban, Asken y Antea sólo veían brillantes árboles inmóviles ante la ventisca y nieve. Pasaron las horas y no encontraban nada, pero de repente vieron una columna de fuego ascender a los cielos. Era la señal de Leu; habían encontrado algo.

—Vamos, Circe, son ellos. ¡Corre! —le gritó Antea a la cierva dándole un suave toque en sus brillantes cuernos mientras galopaba hacia la columna de fuego.

209

Pasaron árboles, nieve, arbustos y más árboles en una caminata interminable mientras las pezuñas de Circe hacían resonar la nieve al comprimirla por su gran peso. Llegaron hasta la gran pira que se alzaba hacia el firmamento y lo vieron.

El carro estaba parado sobre un gran lago helado con forma circular. Al verlos Ágamis, hizo que Leukathos parase de lanzar llamas y se acercaron a ellos diciéndoles:

—Chicos, lo hemos encontrado. Mirad alrededor del lago. Cinco monolitos con runas grabadas descansan sobre un gran surco circular que los conecta. Sólo nos falta descifrarlas, pero estas... son las puertas de Arcram... —dijo con un gran brillo en los ojos.

—Ágamis, yo sé leer runas. Mi madre me enseñó cuando yo era pequeña. Déjame leerlas, podré descifrarlas —

dijo Antea dirigiendo su mirada hacia uno de los monolitos.

— *Qué chica más inteligente de la que me he enamorado... Sabía que podía ayudarnos en nuestro viaje, pero he de protegerla a toda costa... No volverá a ocurrir de nuevo lo del bosque...* —pensó Asken con mirada seria mientras se acercaba junto con los demás a uno de los monolitos.

Antea miró uno de los monolitos y comenzó a leer las runas en una lengua olvidada:

—Lo que pone en este monolito es: *Ut intus me vos clavem et convertam quintuplum a ubi sol usque evadat.* Su significado es el siguiente: *Para entrar en mi interior, has de meter la llave quintuple y girarla desde donde sale el sol hasta que se pone.*

210

—En los demás monolitos están escritas exactamente las mismas runas que en este. ¿Qué hacemos, Ágamis? —dijo Dábel habiendo visto los demás monolitos de piedra.

—Busquemos esa llave quintuple por los alrededores.

¡Debe estar cerca! —ordenó el joven mago.

Ya estaba anocheciendo y el cuerpo de Antea volvió a cambiar tornándose su piel en verde, sus negruzcos cabellos en albos hilos y desplegando sus brillantes alas.

—¡Vamos a buscar juntos, Asken!

—Claro. ¡Adelante! —gritó montando de nuevo en Circe mientras Antea sobrevolaba el lago buscando pistas para abrir la puerta.

Buscaron durante una hora entre matorrales, arbustos y árboles; buscaron incluso en la gélida superficie del lago y no encontraron nada, sólo frío, nieve, y la inminente llegada de los elfos oscuros. Al no encontrar nada se reunieron todos una vez más ante el primer monolito para discutir qué deberían hacer, ya que quedaba poco tiempo.

—Ágamis, no encontramos nada, y quedará al menos medio día antes de que los elfos oscuros lleguen aquí y lo arrasen todo. ¿Qué hacemos? —preguntó el inquieto príncipe confiando en el gran intelecto de su amigo.

—Tranquilízate Asken. Barajemos nuestras pistas...

En los cinco monolitos pone lo mismo... Debemos buscar una llave quintuple... Así que puede ser una llave dividida en cinco partes, una por monolito... Pero no logramos encontrar ninguna. ¿Qué estaremos haciendo mal...? ¡Agh! —gritaba desesperado el joven mago al no poder descifrar el complicado enigma por mucho que lo pensase.

Antea se posó sobre el monolito sentándose en él, pensativa, dándole vueltas una y otra vez al enigma.

—¿Cómo será la llave...? Qué complicados son los ena... ¡Aaah! ¡Me hundo! —gritó llevándose un susto al hundirse el monolito hacia abajo resonando con un ruido metálico.

—¡Ahora lo entiendo! ¡Antea, eres un genio! ¡Los monolitos son la llave para abrir la puerta! Chicos, empujad cada uno de los monolitos como ha hecho Antea hace un momento. ¡Corred, que no tenemos tiempo!

—Je, je... Bien hecho, Antea —dijo Asken mientras le daba un ligero beso en la mejilla a su amada.

—Asken... —balbuceó sonrojada.

Corrieron todos hacia cada uno de los cuatro monolitos que quedaban y los presionaron a una señal de Ágamis hacia abajo. Tal y como dijo, cada monolito se hundió en el suelo justo como pasó con el primero, y de pronto cada uno brilló con una luz purpúrea. Esa luz se extendió desde cada monolito hacia el lago formando líneas que lo cruzaban de una parte a otra, creando un extraño dibujo sin sentido.

—¡Lo conseguimos, chicos! Ahora sólo hay que girar la gran rueda sobre la que están los monolitos empujándolos, pero... debe hacerse de este a oeste y no sabemos por estas malditas nubes ni del sol ni de la luna... ¿Qué podemos hacer...? —dijo Ágamis topándose con otro difícil rompecabezas.

—Um... Ágamis, si de cada monolito sale una línea...

¿Cuándo formen un dibujo no se abrirá la puerta? Quiero decir... Si lo giramos hacia el lado correcto... ¿No iremos viendo que se forma ese dibujo? —dijo Asken ante la perpleja mirada de su amigo.

—Asken... Te odio por haberlo resuelto antes que yo...

Tienes razón, qué simple era... ¡Ja, ja, ja! Pero no sabemos 212

qué lado será el correcto... Y no tenemos tiempo, así que...

Sólo tenemos un intento, chicos; girar a la izquierda o la derecha... Esas son nuestras opciones —dijo el joven mago con su seria mirada puesta en el dibujo de luces púrpuras.

—Girémoslo hacia la derecha, es la corazonada de un espía, je, je... —dijo Dábel comenzando a empujar uno de los monolitos en esa dirección.

—Entonces hacia la derecha. Chicos, id cada uno a un monolito y empujadlo, me da la sensación de que sólo se moverá si se empujan todos a la vez. Leukathos... Sé que entiendes lo que te digo, porque eres un dragón muy inteligente... Empuja ese monolito de allá —le dijo Ágamis al joven

dragón señalando el monolito que no tenía paralelamente a ningún otro.

Puestos todos en sus posiciones, comenzaron a empujar sin descanso. Antea empujaba ayudada de los cuernos de Circe, Asken puso toda su musculatura en el empuje de la gran piedra brillante, como Ágamis y Dábel, y Leukathos volaba mientras agarraba con su cola el monolito y tiraba de él hacia la derecha.

—¡Tirad más fuerte o no se moverán! ¡Un último esfuerzo! —animaba el joven mago.

Al cabo de unos segundos la rueda cedió y comenzó a girar. Las líneas que dibujaban los monolitos iban cambiando de posición sobre la superficie helada del lago a medida que giraba la rueda hasta que de golpe paró; ya no podían moverla más. Todos se reunieron sobre la superficie del lago para ver qué imagen se había formado y sacarle algún sentido si es que lo tenía.

—¡Pero esto es...! —gritaron todos al ver que una amplia estrella de cinco puntas púrpura estaba dibujada sobre 213

la superficie del lago, con luz palpitante la cual brillaba cada vez más y más mientras temblaba toda la superficie.

—Chicos, apartaos del lago, puede ocurrir algo ahora.

¡Corred! —gritó Asken corriendo junto con sus compañeros hasta la orilla.

Vieron entonces que la estrella formó un pentágono en el centro del lago que comenzó a brillar intensamente con siete colores distintos. El hielo en esa zona desapareció dejando unas misteriosas escaleras de hielo que daban a un lugar oscuro, que parecía no tener fondo.

—No hay tiempo que perder, chicos, entremos por fin a Arcram, ji, ji, ji —reía la semidiosa contenta.

—Leukathos, tú te quedaras aquí protegiendo el carro y la entrada. Confío en ti, amigo... —dijo Ágamis dirigiéndose a su fiel compañero mientras le acariciaba por última vez la cabeza. Después, desapareció junto con sus compañeros pasando a través de la entrada al misterioso reino.

La espada de Asken comenzó a soltar una pequeña estela de llamas que iluminaban el oscuro sendero. A medida que bajaban comenzaba a hacer más y más calor hasta que dejaron de tener frío. Siguieron descendiendo y vieron que las paredes, que antes eran de hielo, ahora eran rocosas, hasta que dejó de haber paredes y las escaleras descendían, pudiendo así verse un gran hueco que abarcaba kilómetros excavados en la tierra.

Vieron una gran cúpula excavada en la tierra en la que se distinguían montones de casas de piedra. El subsuelo era iluminado por las brillantes raíces de los árboles de la superficie y un gran lago subterráneo en el centro saciaba a los enanos con sus puras y limpias aguas. Observaron que, 214

junto al lago, habían erigido una gran estatua de un enano con armadura, una gran corona y un poderoso martillo que yacía en su mano derecha levantada.

Los enanos, al ver la llama de la espada de Asken, les descubrieron, y el pequeño grupo de héroes observó cómo se arremolinaban bajo el final de las escaleras situándose a cada lado de la calle a la que daba al bajar. Los enanos eran seres de pequeña estatura, un metro con treinta por lo menos; sus fornidos brazos estaban cubiertos de pelo; largos cabellos de distintos colores bajaban de sus cabezas: rubios, azabaches y pelirrojos, formaban en sus caras hirsutas barbas tanto en hombres como en mujeres, dificultando su diferenciación.

Cuando acabaron de bajar hasta el último peldaño el pueblo enano les recibió con fuertes gritos y ovaciones diciendo:

—¡Estos son los héroes de Lívlinzor!

—¡Son los chicos de los que habló el diplomático Griffith!

—¡Llevadlos ante el rey!

Al escuchar el nombre de Griffith, Asken y Ágamis comprendieron que ese era el nombre del águila mensajera que envió el rey a Arcram.

—Chicos, ¿sabéis por qué los enanos nos ovacionan y adulan tanto? —preguntó Antea visiblemente confundida pero sonriendo ante los halagos del pueblo enano.

—Eso es porque salvamos Lívlinzor, que siempre mantuvo una estrecha relación de amistad con Arcram, y el rey de las águilas les mando un mensaje a los enanos para que nos recibieran y se protegiesen de cualquier ataque enemigo

—le explicó Ágamis detalladamente a Antea.

—Sois increíbles...

215

—Como bien dice el pueblo, hemos de ir a ver al rey de los enanos, Jálmir. Sigamos a esta turba de enanos hasta el palacio real —dijo Asken sin poder ver el final del camino que formaban los enanos.

Siguieron caminando a través de calles de la ciudad viendo que cada casa era iluminada por un trozo de raíz luminosa, y llegaron hasta una gran plaza en la que esperaba una multitud de enanos fuertemente armados con sus hachas y martillos de combate. Llevaban cascos que apenas dejaban salir sus largas melenas y varias tiras de cuero juntaban a sus cuerpos pesadas piezas de metal que formaban sus armaduras bruñidas con escenas de batalla labradas en metal. El grupo esperó en el centro de la plaza y al rato vieron que de entre los enanos llegaban unos cuantos que portaban largas alabardas verticalmente escoltando a un enano de gran estatura; mediría un metro cincuenta centímetros, y llevaba una oscura corona sobre su poblada cabeza dejando escapar pelos castaños. Sostenía un gran martillo igual al de la gran estatua del lago. La gente, al ver al sujeto junto a los soldados de las alabardas, decía:

—¡Por fin ha llegado!

—¡Es el rey Jálmir!

El rey salió del perímetro que formaron sus centinelas y acercándose a Asken le dijo:

—Tú debes ser el príncipe de Fósfor. Griffith te describió bien... Me contó todo lo sucedido en la superficie el último medio año... Derrotasteis al Kraken. Ese estúpido de Kelim fue poseído por su ambición... Os ruego que me sigáis junto con mi escolta hacia un lugar, hace días que prevemos que nos atacarán y contamos con vosotros para organizar la defensa. —Es un placer para nosotros estar ante 216

su majestad, rey Jálmir. Nuestra misión es escoltaros a vos y vuestro pueblo hasta Fósfor, donde ya estarán reunidas las tropas de Astratia y Lívlinzor... Con mucho gusto le seguiremos, pues nuestra misión es asegurarnos de que nadie muera por el camino —le respondió Asken solemnemente al soberano mientras le seguía todo el grupo a través del concurrido lugar que aseguraron las tropas para que ningún civil pasase.

—Acompañadme, veréis... El lugar al que vamos es la cúpula gemela de nuestro reino, la cárcel mágica de Arcram.

Allí cumplen condena y sentencia todos los criminales del mundo. Nuestro reino cobra ingentes sumas de otros reinos por guardar aquí sus criminales. Son tan fieros que se dice que incluso la muerte evita a alguno de ellos. Podría decirse que si esta cúpula es la luz y el esplendor de Arcram, sus cárceles son la sombra que proyecta y su horror. Seguidnos

—dijo el rey poniéndose de nuevo a la cabeza de su guardia personal.

—Así que así son los enanos... Qué monos son y qué pequeñines, ji, ji —reía la semidiosa

percatándose de la intimidante mirada de uno de los enanos guardaespaldas.

El grupo siguió al rey y su escolta por el pueblo hasta que llegó a unas grandes puertas de metal clavadas a la fría piedra. Eran custodiadas por dos ogros de un tamaño descomunal. Tenían la piel grisácea y el cuerpo deforme; una gran joroba sobresalía de la espalda de cada uno; y su poderosa musculatura les permitía a cada uno levantar con una mano una gran porra de madera con cientos de espadas clavadas en ellas. Sus pies, sus brazos y su torso estaban atados con robustas cadenas que no podían romper.

—¿Veis esos ogros de ahí? Son dos de los presos más peligrosos de la cárcel. Los usamos como custodios. ¡Abrid las puertas, bestias inmundas! —les gritó el rey a los dos tremebundos seres, que, empujando las puertas con mucho esfuerzo, lograron moverlas mientras el eco de sus cadenas resonaba por toda la cúpula. Dábel intentó visualizar lo que había en el interior, pero estaba totalmente oscuro, sumido en las más profundas sombras.

Todos comenzaron a avanzar entre los gigantes ogros que descansaban a cada lado, empuñando sus imponentes porras, y entraron a través de las oscuras puertas a la segunda cúpula. Los soldados del rey ataron a sus alabardas pequeños trozos de raíz luminosa haciendo que se pudiese ver el interior de las temibles cárceles. Inmensas rejas horadaban las paredes de la cúpula secundaria, llegando a medir cada una más de veinticinco metros. Las luces de las raíces apenas iluminaban el camino alrededor del grupo y según miraban a los lados distinguían ojos rojos inyectados en sangre, observándoles con calma. Gritos pavorosos se escucharon de repente, estruendos de golpes contra los barrotes; la sangre brotaba a través de las celdas, asesinándose los unos a los otros para sobrevivir. Asken vio a su izquierda colgado el cadáver de un humano que chorreaba sangre de entre sus puños. Los barrotes de su celda estaban impregnados de la misma sangre.

—Asken, tengo miedo... Este lugar es horrible... —le susurró la semidiosa al joven príncipe agarrándose fuertemente a su brazo.

—No te preocupes, Antea... Si pasase algo yo estoy aquí, así que tranquilízate —dijo Asken dándole un beso en la frente.

Siguieron caminando detrás del rey una vez más hasta una gran plaza en la cual su suelo estaba impregnado de sangre. En el centro, una intimidante guillotina descansaba anunciando muerte a todo el que la viese, pues sería lo último que viera en vida.

El rey se detuvo junto a su séquito al lado de la guillotina y dijo:

—Soldados, ¡iluminad las paredes de la armería de Arcram!

Inmediatamente después de escuchar esto, uno de los soldados se dirigió hacia una gran pila de piedra llena de un líquido aceitoso y oscuro y, cogiendo un fósforo lo lanzó y se iluminó entera, dos surcos que conectaban con la pila con el líquido se encendieron entonces iluminando toda la plaza.

Entonces, Asken y los demás las vieron. Clavadas en el techo, sujetas a las paredes, e incluso desperdigadas por el suelo, estaban montones de armas ensangrentadas y algunas todavía con los miembros que las sostenían aún sujetos a ellas. Antea no pudo reprimir un gran gemido de pánico y horror.

—Su alteza, ¿pero qué es esto? ¿Qué matanza ha habido aquí...? Esto es inhumano... —dijo Asken mirando al rey con la mirada perdida, reflejándose en sus ojos la sangre, la carne y el horror.

—Muchacho, no te precipites en sacar conclusiones.

Esta habitación que veis no es más que la armería carcelaria de Arcram. Aquí descansan las armas que una vez pertenecieron a los criminales con sentencias de muerte.

Como veis, algunos no soltaron su arma ni en el mismo momento de la extinción de su vida. Esta sala también se conoce como La Plaza de la Parca, pues acompaña a cada persona que entra aquí.

—Así que esta era la conocida cárcel del mundo... Es más horrorosa que en los libros que leí...

—dijo Ágamis tapándose la nariz ante el fuerte hedor a sangre y muerte que se respiraba en el ambiente.

—Rey Jálmir, no nos ha traído hasta aquí solo para ver esto, ¿no es así? ¿Por qué nos trajiste hasta este lugar? —dijo el príncipe agarrando fuertemente de la mano a Antea.

—Muy perspicaz, príncipe, pero no os asustéis. Mis intenciones no son malas. Sabemos que sólo queréis traer a mi pueblo sano y salvo hasta Fósfor y hemos trazado un plan para lograrlo sin bajas... ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué tienes pensado? Explicádnoslo, rey de los enanos.

—Mi plan es sencillo: usaremos a los presos como distracción para huir por el suroeste hasta Fósfor, pues las águilas nos informaron de su posición. Os he traído hasta aquí para contaros en qué consistirá vuestro papel en esto. Los criminales no son de fiar y apostarí a mi fiel martillo a que con seguridad los presos se revelarían atacando todo mi pueblo y seríamos aniquilados, por lo que os necesito para evitar eso.

—¿Cómo podemos nosotros controlar a tal cantidad de presos? Es imposible hacer algo así y más si tenemos que garantizar la seguridad de tu pueblo.

—Eso estaba a punto de contaros. Antes de que soltemos a los presos, vosotros debéis evacuar a toda la gente y protegerla de los elfos a la vez que, cuando no quede nadie dentro del reino, soltaremos a toda esta marabunta de indeseables a la superficie, prometiéndoles que si luchan contra ellos y sobreviven recibirán su libertad. ¿Aceptáis las condiciones?

—Asken... Es muy arriesgado... Podríamos morir...

—le susurró al oído a Asken preocupada.

—Su alteza, sólo debemos aguantar hasta que los soltéis, ¿no es así?

—Por supuesto. Es lo único que debéis hacer, e iremos lo más rápido posible.

—Entonces lo haremos si cumple dos condiciones: la primera, que nos dé su corona, pues es una de las reliquias malditas, si no me equivoco; y la segunda es que vierta unas gotas de su sangre sobre esta espada. Griffith le habrá informado de los detalles de nuestra misión, ¿no es cierto?

—Chico listo... No pones tu vida en riesgo sin asegurarte antes de que puedas salvarla... Muy bien, tomad mi corona, y... ¡Toma mi sangre! —gritó el rey enano lanzando con la mano izquierda su corona hacia Ágamis y, cogiendo una daga encima de una de las mesas, se hizo un pequeño corte, varias gotas de sangre escapaban de entre sus dedos.

—Se lo agradecemos infinitamente, rey Jálmir.

Cumpliremos con nuestra parte.

Asken extendió su espada por debajo de la ensangrentada mano del rey y tibias gotas rozaron la espada.

Ésta, siendo tocada por la sangre mágica, no tardó en iluminarse cegando a cuantos la miraban. Cuando el brillo cesó, la espada había cambiado de forma. Su tamaño doblaba al anterior y su peso era mucho mayor. De ella se desprendían pequeños granos de arena y el príncipe supo de inmediato qué habilidades poseía su mágica herramienta. Si sus habilidades habían sido el viento y el fuego, ésta sería la tierra.

—Ya está todo preparado, muchachos. No hay tiempo que perder. En una hora llegaran los elfos para atacarnos.

221

¡Que comience la evacuación! —gritó el rey mientras el grupo de Asken y varios soldados corrían hacia la otra cúpula para avisar al pueblo enano y procurar que huyese a la superficie. —Esta vez la hiciste buena, Asken... Pero lo prefiero así. Te seguiré a todas partes —dijo Ágamis con una sonrisa llena de confianza mientras miraba a su amigo.

—Mi alma y destino están ligados a ti y sé que hoy no morirás, así que... Vayamos juntos... Lo conseguiremos...

—dijo Antea cogiendo de la mano a su amado.

—Sé que siguiéndote volveré a ver a mi hermano.

¡Volveremos vivos a Fósfor! —gritó el joven espía corriendo hacia la entrada de la cárcel.

—Chicos... No os volveré a fallar... os protegeré a todos —respondió el príncipe con una mirada decidida hacia el frente mientras corría.

Todos corrieron hacia la entrada evitando mirar a los crueles presos que pronto iban a ser liberados cual jauría de perros en busca de su presa, y vieron a los dos ogros inmóviles, mirándoles con caras llenas de odio.

Llegaron junto a los guardias ante la estatua del lago y uno de ellos sacó un largo cuerno que a un resoplido suyo resonó fuertemente por toda la cúpula enana. Los ciudadanos, al escuchar el cuerno de asamblea, llegaron desde sus casas, desde todas las direcciones alrededor del lago, formando una marabunta impresionante.

—¿Para qué nos habrán convocado aquí?

—¡Mirad, el príncipe!

—¡Que hable el príncipe!

Ante el griterío de los enanos el guardia que sostenía el cuerno volvió a tocarlo una vez más acallando con su sonido a la gran turba enana, y el príncipe les dijo alzando la voz: 222

—Pueblo de Arcram, hemos venido desde tierras lejanas para salvaros, para proteger la libertad de nuestras razas, para que el destino de cada pueblo sea elegido por sí mismo y no por Kélim. Ese desalmado ha enviado un ejército para aniquilaros, para acabar con siglos y siglos de historia y dominaros. Es por eso que hemos venido. Os traeremos ahora mismo a mi reino junto a las demás razas. ¡Seguidme para asegurar vuestro futuro! —gritó el príncipe alzando su espada mientras la gran masa enana gritaba sin cesar, rompiendo en vítores.

Los soldados organizaron al pueblo en grupos de treinta mientras les decían:

—¡Traeos con vosotros sólo comida! ¡Las joyas y el dinero sobrevivirán a vosotros, no son importantes! ¡Coged lo esencial y reuníos en las escaleras!

La gente cogía manzanas, setas y todo alimento que pudieron encontrar en sus casas. Los niños lloraban preguntándoles a sus padres qué pasaba y éstos sólo podían decirles que todo iría bien mientras que en sus mentes les pesaba la incertidumbre de si sobrevivirían realmente o no.

Una vez los enanos se hubieron reunido cerca de las escaleras, un destacamento de unos 500 soldados, junto con Asken y los demás al frente, organizaron la evacuación del reino de Arcram. Subieron las escaleras corriendo, pero controlados. El estruendo de sus pisadas se escuchaba por todas partes, tan insistente como ensordecedor. Al cabo de unos minutos Asken y los demás llegaron a la superficie del lago helado y vieron, carbonizados, los cadáveres de al menos treinta elfos oscuros.

Vieron entonces que, surgiendo de entre los cadáveres, el níveo dragón se alzaba de entre la pira a la que sometió a 223

los elfos; Leukathos había protegido el carro aguardando la llegada de su amigo. El joven dragón tenía visibles heridas en el pecho, la cola y las garras. Su sangre fluía por ellas haciéndole sentir más vivo y muerto a la vez. Ágamis corrió hacia su herido compañero que caía a la nieve, extenuado por la ardua batalla.

—Antea, cura a Leukathos. ¡Yo os cubro mientras! —

gritó el príncipe mientras se ponía al frente de ellos, esperando a la ingente cantidad de elfos armados que se acercaban a ellos.

—Entiendo, ¡restableceré sus fuerzas! —dijo Antea pegando un fuerte silbido al que acudió su fiel Circe que, haciendo brillar sus cuernos, le entregó una vez más el arco sagrado a su ama.

Mientras Antea lanzaba flechas de luz al dragón, Asken miró a su espada y luego a sus enemigos, cada vez más cercanos, y alzándola dijo:

—¡Veamos qué puedes hacer Terra Ardana!

Cuando dijo esto golpeó el suelo con la pesada espada y toda la tierra tembló en la dirección en que golpeó el príncipe, haciendo que saliesen afiladas rocas del suelo ensartando a sus enemigos. Mientras tanto los soldados sacaban poco a poco a los enanos y los llevaban detrás de los árboles luminosos para que no se diesen cuenta de su presencia.

—Ágamis, ¡necesito tu ayuda para contenerlos! ¡Ven aquí!

—Esto será fácil. ¡Ahora veréis de lo que es capaz un mago! —dijo Ágamis alzando su gran escudo en dirección a los elfos.

Junto con ellos venían otro tipo de criaturas.

Sobresalían entre ellos por medir entre dos y tres metros. Sus ojos oscuros estaban hundidos, sus pieles, irregulares, eran verdosas y grisáceas. Llevaban largos taparrabos de piel de jabalí sin curtir, dejando al descubierto su antiguo dueño, y en sus mandíbulas inferiores dos colmillos sobresalían cuales puercos de montaña. Los extraños seres gritaron violentamente antes de ir hacia el grupo a la carrera, levantando sus grandes porras en señal de batalla.

Asken corrió al encuentro del primero de ellos y uno de los misteriosos seres le propinó un cruento golpe en la tripa, lanzándole varios metros atrás. El príncipe, envuelto en su propia cólera, cargó contra su enemigo apuñalándole el torso con Ardana. Su sangre, rojiza, comenzó a mojar el filo de la espada.

—¡Asken, no! ¡Es un trol! ¡Se regenerará de los cortes de espada! ¡Usa fuego para detener la regeneración! —

gritaba Ágamis mientras corría hacia su amigo.

El trol, agarrando la espada con su mano derecha, logró sacársela y, alzando a Asken junto a ella, los lanzó contra un árbol. El cuerpo del príncipe reaccionó ante el fuerte impacto haciendo que escupiese sangre mientras tosía por la costilla que se le acababa de romper.

—¡Haberlo... dicho... antes! —gritó el príncipe volviéndose a poner de pie.

Cerró los ojos por un momento y el trol corrió hacia él para asestarle el golpe final, pero la espada ya estaba en llamas.

—¡Muere, bastardo! —gritó Asken asestándole un corte en llamas al trol en el pecho, haciendo que cayese de espaldas al suelo mostrando la mortal herida.

—Lo siento, pero lo lograste, je, je. Ahora es mi turno...

Mientras el príncipe y el mago luchaban, varios de los soldados enanos que salían a la superficie se les unieron en la batalla al grito de:

— *¡Ala la la lai!*

—Vamos a demostrarles... ¡La fiereza con que nos conocen a los enanos! ¡Atacad! —decían los soldados mientras cruzaban sus grandes hachas con carne enemiga.

A pesar de los muertos en el bando elfo, más contrarios continuaban llegando. Se podían contar dos mil enemigos en aquella batalla, y de pronto aparecieron varios grupos de elfos montados a caballo yendo a la vanguardia del ejército para masacrarles.

La pequeña caballería élfica asestó un duro golpe a los soldados enanos. Sus flechas y sus espadas impactaban de lleno en los pequeños seres antes de que pudiesen defenderse, ya que no tenían caballos. La sangrienta batalla no había hecho más que comenzar.

Apoyando a los enanos se encontraba Dábel, quien, con sus certeras agujas, les acertaba a los elfos oscuros haciendo que los caballos huyesen presa del pánico, pero llegaban más y más tropas y comenzaron a decaer. Más enanos parecían defender a su pueblo temiendo un futuro incierto, y tanto Asken como Dábel, Leukathos y Ágamis habían recibido heridas en la batalla.

—Ágamis, llegan más, retirémonos hacia los ciudadanos. ¡Retiraos todos! —gritó Asken en medio del fervor de la batalla.

—Tienes razón, si permanecemos más aquí nos rodearan y moriremos. ¡Corred todos! ¡Replegaos!

Todo soldado aún vivo que escuchó esto corrió hacia los árboles que circundaban el gélido lago, pues todos los enanos se habían refugiado allí.

Antea ya había acabado de curar a Leukathos, y éste, enfurecido por las heridas que le infligieron, voló con los ojos ardiendo por dentro hacia la vanguardia del enemigo soltando una llamarada que les cortó el paso, permitiendo la huida aliada.

En ese instante el suelo comenzó a temblar. Pasaron los segundos y se escuchaban fuertes estruendos; golpes y más golpes que provenían del subsuelo. De pronto, la superficie del lago se partió en mil trozos de brillante hielo saliendo de ella dos largas mazas del tamaño de grandes árboles. Del lago, ahora destruido, cientos de gritos escapaban hacia la superficie, y los dos ogros que custodiaban las puertas emergieron, libres y sin cadenas, dando fuertes alaridos.

—¡Somos libres!

—¡Vamos a matarles... je, je...!

—Qué ironía... Nos metieron en la cárcel por matar, ¡y ahora nos sacan para matar! ¡Ja, ja, ja! — gritaban los presos saliendo en viles hordas hacia el ejército enemigo.

Trols luchaban contra trols, elfos contra elfos, y toda clase de razas combatían en la contienda: humanos, ogros, elfos, minotauros y tremebundos gólems que, habiendo tomado sus ensangrentadas armas, dejaron salir su furia sanguinaria.

Los dos ogros gigantes golpeaban a una veintena de elfos por vez con sus mazas, pero éstos, juntándose en grupos de arqueros, lograron abatir a uno de ellos llenándolo de dardos envenenados. Los humanos, de aspecto amenazante por la cárcel, blandieron sus hachas, manguales y espadas, 227

cortando en canal, clavando y golpeando a sus enemigos mientras avanzaban. Y así, el ejército formado por reclusos lograba contener al vasto ejército mientras que un enano, sangrando por su cabeza, salía del lago alzando su gran martillo seguido por sus soldados. Era Jálmir. El fiero enano miró a Asken y a los demás y dijo:

—Ha costado domarlos... Je je... ¡Todos, huyamos ahora hacia el sur! ¡Es nuestra oportunidad, corred! —gritó el rey cogiendo uno de los caballos perdidos que dejó Dábel al matar a los elfos.

—Caballeros, coged los caballos perdidos y formad una línea defensiva en la retaguardia. ¡Nos vamos a Fósfor! —

gritó uno de los generales del rey que por suerte había salido con los civiles.

A la orden de ese general, toda su escuadra robó los caballos que encontraron y se pusieron a la retaguardia, organizando la marcha de su pueblo.

Asken, Ágamis y Dábel se metieron en el carro, y Ágamis tiró de las riendas haciendo que los caballos galoparan rápidamente. Leukathos se posó en la parte de arriba del mismo y Antea los seguía a su lado, montada en Circe.

—Lo logramos, Antea... Pero después tendrás que echarme un vistazo... Creo que tengo dos costillas rotas, je, je... —reía Asken viendo que lo habían logrado mientras se quejaba de sus heridas.

—Eres muy tonto, anda deja que te cure, pero ten más cuidado ¡hum! —respondió la semidiosa frunciendo el ceño mosqueada.

—Esos presos serán aniquilados, son demasiado pocos.

Tenemos que darnos prisa, pues nos perseguirán durante todo 228

el camino —vaticinó Ágamis mirando atrás y observando cómo el segundo de los ogros caía al suelo.

—Al menos hay posibilidades de lograrlo... Podré verte, hermano... —dijo Dábel soltando un largo suspiro.

Ágamis volvió a mirar atrás y vio que uno de los presos humanos que luchaba tenía en la cabeza la corona del rey enano y su cara se tornó pálida.

—¿Qué te pasa, Ágamis? —preguntó Dábel notando que su piel era blanca como el papel.

—¡Nos han robado la corona! ¡La tiene uno de esos miserables presos! ¡Maldición!

—¿Qué? No puede ser, si estaba aquí en el car... ¡No está! ¡Voy a por ella! —gritó Asken poniéndose en pie.

—¡Sujetadle! ¡Si va allí morirá! —gritó Ágamis mientras le agarraban él y Dábel piernas y brazos.

—¡Soltadme! ¡Ese bastardo tendrá otra reliquia más!

—gritaba Asken intentando zafarse de su atadura.

—¿Es que no lo comprendes? ¡Si pereces allí tu muerte será en vano! —gritó Antea mientras montaba en Circe.

—Estamos vivos, Asken... Logramos proteger a todo un reino. Además... mientras tengamos la última reliquia, Zagmahor no resucitará nunca —dijo Ágamis apelando a la razón.

—Tenéis... razón... Soltadme ya, que no escaparé...

Gracias, chicos... Prosigamos el viaje... —propuso Asken visiblemente desganado mirando atrás, viendo cómo perdía la cabeza el humano que llevaba la corona negra.

Capítulo 16

Huida hacia la patria.

Malos presagios se avecinan

Desde la huida pasó una semana y el pueblo de Arcram bajó hacia el sur por Astratia sin encontrar De enemigo alguno; sólo un campo lleno de cadáveres carcomidos por los cuervos. La visión era tan terrible y el olor tan nauseabundo que Antea tuvo que vomitar al ver el horror del campo de batalla ya desolado.

Después de tumbarla en el carro con un trapo húmedo en la cara para evitar el hedor, Asken montó sobre Circe y se acercó al bien custodiado rey Jálmir y le dijo:

—Esto es muy raro, su alteza. Este reino fue conquistado por Kélim y en toda una semana no hemos visto enemigos. ¿Qué estará pasando...?

—No lo sé, muchacho... Pero no tenemos tiempo para preocuparnos por eso ahora. Nos persiguen desde hace una semana los elfos oscuros y perdí a demasiados compañeros en esas malditas cárceles... —les comentó el rey apesadumbrado.

—A propósito de eso, ¿cómo logró escapar de allí si le atacó tal cantidad de presos? —dijo Asken no pudiendo callar por más tiempo esa interrogante.

—Eso es gracias a mi fiel Blitz. Este martillo que ves fue empuñado por mi antepasado hace mil años, forjado por hábiles enanos en época antigua, cuando la forja era nuestra y no de elfos. Todos esos presos alguna vez se escaparon y con este martillo logré encerrarlos siempre, pero... al soltarlos todos a la vez quisieron matarnos y nos atacaron.

Muchos fieles soldados murieron, pero me cobré treinta de sus vidas ahuyentándolos y prometiéndoles la libertad a cambio de su lucha.

230

—Un martillo mágico, ¿eh...? Aun con un arma así, pudiste matar a treinta fieros criminales y sobrevivir a trescientos más. Con esa clase de fuerza tu pueblo estará seguro mientras reines —le dijo Asken con envidia y admiración al mismo tiempo al rey.

—Esta es la sangre enana que corre por mis venas. Un enano entrega antes su vida que su arma, ¡ja, ja, ja!

—Rey Jálmir, mire. Se acerca un águila hacia aquí desde la lejanía —dijo Asken señalando a la grandiosa ave que se acercaba a ellos por momentos.

—Debe ser un mensajero... Y si ha venido hasta aquí es que no serán noticias buenas, muchacho...

—Al cabo de unos minutos de viaje el ejército paró un segundo para descansar al tiempo que el águila se posaba delante de ellos. Se acercó al rey y agachando su cabeza en señal de respeto comenzó a hablar:

—Su majestad ya me conoce. Soy el águila más rápida de todo Lívlinzor, Griffith. Me alegra que hayáis llegado sanos y salvos hasta aquí, porque si no mi misión habría sido en vano...

—Cuéntanos, noble Griffith, mensajero de los cielos.

—Veréis... Hace como dos días, sin previo aviso, todas las fuerzas de Kilem se situaron delante de la pared de piedra.

Saben dónde está Fósfor y están lanzando la ofensiva final...

Los ejércitos están preparados rodeando el bosque circundante de Fósfor, los elfos no sólo os persiguen...

¡También van a unirse al ejército para atacar! Hemos de darnos prisa en volver... Todos los magos de Fósfor aguantan al otro lado de la puerta con sellos mágicos, pero no resistirán.

—Así que por eso no había ni un enemigo... ¡Ese bastardo va a destruir mi reino! ¡No le permitiré que me siga

robando a mis seres queridos! ¡Apresurémonos, rey Jálmir!

¡Conozco otra forma de entrar en Fósfor! —gritó el príncipe alzando fuertemente la voz.

—Así se hará. ¡Todo mi pueblo confía en ti, muchacho!

—Griffith, te lo ruego, déjame montarte para guiarles —

le suplicó el príncipe a la noble ave bajando su cabeza en señal de respeto.

—Mayor honor no pudo recibir nunca un águila.

Monta, noble príncipe, y guíanos a todos.

El príncipe entonces saltó al amplio plumaje violeta de Griffith y, agarrándose a él, el águila emprendió el vuelo. El rey, a través de sus soldados, transmitió la noticia a todo su pueblo, incluidos los amigos de Asken, y todo el mundo se puso en marcha aminorando el paso.

—Dime, Asken, ¿Qué otra forma de llegar conoces?

—preguntó el águila llena de curiosidad.

—Verás... Hace mil años, cuando mi reino fue atacado, mi antepasado en la huida creó un sello mágico de teletransporte en uno de los castillos en que se resguardaron en su huida para luchar en un futuro contra el pueblo creciano. Al fundar la segunda Fósfor, creó otro círculo mágico que conectaría el primero, pero su sucesor no quiso más guerra y escondió el secreto. Ese secreto sólo lo conoce la familia real, porque además, ese portal sólo reaccionará ante la sangre real de Fósfor.

—Francamente... ¿Estás seguro de que funcionará un círculo mágico después de mil años?

—Mi antepasado era el rey de un reino de magos... Fue un mago famoso, aunque... No estoy seguro de que funcione, pero no nos queda otra alternativa, Griffith...

—Tienes razón... ¿Hacia qué dirección volamos, compañero? —preguntó el águila con una tenue sonrisa.

—Vuela hacia el oeste, en medio día deberíamos poder ver las ruinas de aquel castillo...

—¡Pues vayamos! ¡Agárrate fuerte, Asken! —gritó el águila doblando la velocidad a la que había volado hasta ahora.

Más abajo, la gente corría; los caballos trotaban y el carro iba junto al rey. Todos aceleraron su paso, confiando ciegamente en el príncipe. Al cabo de unas horas divisaron a lo lejos que el ejército élfico que les llevaba un día de retraso giraba en otra dirección; iban hacia Fósfor, como se temía Griffith.

Varias horas después, habiéndose cumplido el medio día, Asken y su nuevo amigo vieron desde lo alto un gran río.

Éste pasaba al lado de la enorme atalaya de lo que antaño fue un gran castillo. Sus murallas estaban derruidas; gruesos ladrillos yacían en el suelo. Las hiedras se habían comido aquel gran fortín dejando ahora solo unas ruinas devoradas por el tiempo.

—Es allí, Griffith. Bajemos sobre esas ruinas, compañero.

—Apenas quedan unos pocos restos del castillo. Me sorprende que haya aguantado tanto en mil años. Sí, bajemos.

¡Agárrate fuerte a mi plumaje! —le dijo el águila al príncipe instantes antes de descender en picado hacia las ruinas del castillo.

Cuando llegaron al suelo las ingentes ruinas del castillo les parecieron aún más inmensas que desde el cielo. En el río había un vasto puente de piedra que conectaba la fortaleza con el exterior y todos los enanos lo cruzaron minutos 233

después hasta llegar a ellos. Asken se subió sobre una gran piedra que parecía haber sido un trozo de la muralla y comenzó a hablar en voz alta:

—Pueblo de Arcram, como sabéis, en este mismo momento Fósfor protege una débil defensa para salvar a todo reino libre que queda sobre este mundo. La única forma de que resistan es que luchemos a su lado y por eso os he traído hasta aquí —dijo Asken convencido de sus palabras.

—¿Por qué precisamente aquí?

—¡Este lugar está en medio de la nada!

—¡Explícate, príncipe! —gritaba el agitado pueblo enano.

—La razón por la que os he traído aquí es porque un viejo antepasado mío dejó aquí un sello mágico que es capaz de traernos sanos y salvos a Fósfor. Dicho sello sólo reacciona ante la legítima sangre real. Para que funcione sólo debemos dibujar cierto sello en el suelo, pero debéis estar en su radio de funcionamiento, así que entrad todos en la atalaya.

¡Corred, pueblo enano, no hay tiempo que perder! —gritó Asken pensando alterado en que probablemente en ese momento estarían saqueando su reino y matando a sus gentes.

—Asken... Tiene demasiada responsabilidad a su cargo... Vamos al círculo, chicos... —dijo la semidiosa suspirando mientras observaba a su amado con una mirada profunda y llena de preocupación.

—No te preocupes, Antea. Nosotros estamos para apoyarle, pero lo que no le perdonaré es no haberme dicho nunca ese secreto de Fósfor... Aunque ya que nos lo ha contado... Se lo pasaré por esta vez. Vamos a esas ruinas —

dijo el mago erudito conduciendo el carro con sus amigos hacia las imponentes ruinas junto al pueblo de Arcram.

234

El príncipe comenzó entonces a recitar un extraño cántico:

Luminaria

adduxit

praeteriti,

antiquis antecessoris patriae,

da mihi magicae secretum redire

fragmen tuam natura, apparet,

Runic Portal!

Cuando Asken terminó de recitar estas antiguas palabras, un gran círculo luminoso rodeó todas las ruinas, rodeándolas de una mágica columna de luz verdosa. De la nada comenzó a escucharse una voz por todo el lugar que decía así:

—Tú, quien portas mi sangre, sangre legítima de los Fósfores; tú, quien has abierto de nuevo mi sagrado sello; tú que vienes en mi nombre y en el de mi pueblo caído; recupera lo que una vez fue nuestro. ¡Haz posible la derrota de Crecia, descendiente mío! —gritó la imponente voz antes de desvanecerse cual eco distante arrastrado por el viento. —Ese era mi... antepasado... Gracias, solucionaremos lo que dejasteis en el pasado para poder tener un futuro... Sé que puedo lograr que esto funcione... Griffith, voy a escribir el sello, métete dentro de la atalaya junto a los demás.

—Como quieras, joven príncipe. Mucha suerte, dependemos de ti... —dijo la noble ave retirándose rápidamente hacia sus amigos enanos.

El príncipe sacó a Ardana y después de hacerse un corte limpio en la mano, mojó el filo de la espada con su propia sangre haciendo que la espada brillase intensamente revelando algún poder desconocido, pero el príncipe no quiso averiguarlo. Se limitó a trazar el sello en el suelo con la espada embadurnada en su sangre.

235

Dibujó varias runas en los puntos cardinales dentro del círculo: norte, sur, este y oeste. Luego, en el centro, comenzó a trazar líneas y líneas que al principio no parecieron tener sentido, pero que al juntarse describían la forma de un gran león alado, el león sagrado de Fósfor del que cuenta la leyenda que era un dios errante que les dio a los humanos la magia, siendo conocido Fósfor por el perfeccionamiento de este mismo arte.

Una vez hubo acabado de dibujar el príncipe, los surcos hechos con su espada comenzaron a brillar como el exterior del círculo mágico. Inmediatamente después el suelo empezó a vibrar violentamente y la luz se hacía cada vez más intensa hasta que todo dentro del círculo fue tragado por ella.

Instantes después de aquello, en aquel lugar ya no quedaba nadie, sólo el solitario sol escondiéndose de la luna tímidamente entre las montañas.

Cuando el príncipe abrió los ojos de nuevo vio que el paisaje había cambiado por completo. Ya no había una atalaya, ya no había un río cerca; sólo había un gran altar de piedra sustentado en varias columnas en el que en el centro una gran piedra, con forma cuadrada, descansaba cubierta de letras brillantes.

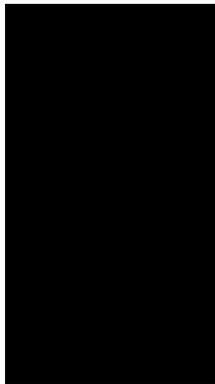
Todo el mundo al ver que habían viajado sin ni siquiera moverse, no se lo creían, y no cabiendo en su propio júbilo gritaban así:

—¡Este príncipe sí que es de fiar!

—¡Cumplió lo que dijo!

—¡No era una patraña lo del portal!

Al rato el rey y su caballería ordenaron continuar con el camino siguiendo a Asken, ya que sólo él y sus amigos conocían aquellas tierras escondidas del mundo. Antea, 236



Dábel y Ágamis se reunieron junto a él adelantándose con el carro y Circe a todo el grupo. Griffith

volaba junto al príncipe a baja altura para que pudiese darles indicaciones a los demás, y este entonces dijo:

—Ágamis, este lugar está cerca de la cueva del arquílogo. Allí se habrá reunido el ejército para sellar el enlace con el exterior. Comunícales a todos que vamos hacia allá.

Capítulo 17

La guerra de los reinos libres.

-amigo. Voy a comunicárselo a todos, saldremos sken, pareces una persona diferente, has crecido,

de esta, amigo —dijo Ágamis antes de aminorar la marcha hasta donde se encontraba el rey para decirle hacia dónde se dirigían todos en ese momento.

Pasó una hora de viaje y vieron desde una colina el inmenso ejército formado por las razas aliadas de águilas, elfos y humanos, formadas en filas perfectas en damero, y al fondo de cada escuadra se encontraban los tres reyes: Jormungand, ataviado con su túnica real de mago de Fósfor; el rey de los elfos, que tantos problemas les causó, tenía una prótesis de metal con forma de mano; y el imponente rey águila fénix se veía a lo lejos, sin haber perdido ni un ápice de su brillo eterno.

Al ver esto el rey Jálmir, mandó a su fiel general tocar el gran cuerno de batalla que traía entre sus manos. Su ruido resonó por todo el reino, expandiéndose por todas partes.

Entonces, el lejano ejército se giró hacia la fuente del ruido y un pequeño destacamento de magos montados a caballo se dirigió hacia donde estaban ellos.

El rey dio orden de ir lo más rápido posible hasta donde se encontraban los ejércitos para reunirse con sus compañeros al fin, después de haber sorteado toda clase de peligros y haber visto morir a tantos amigos, compañeros y súbditos.

La caballería mágica llegó por fin donde se encontraban y todos sus integrantes gritaban de alegría al ver a su príncipe sano y salvo. Escoltaron a todo el ejército hasta que, minutos después, se reunieron los cuatro reyes, formando un ejército de treinta mil soldados dispuestos a dar su vida por proteger los reinos libres.

Al llegar Asken todos los reyes se reunieron junto a él para informarle de la situación.

—Hijo... Estás vivo... Te di por muerto hasta que llegó el rey de las águilas diciendo que te encontrabas sano y salvo... Luchando por volver aquí... Te has convertido en todo un hombre — dijo el rey Jormungand con una orgullosa mirada puesta en su hijo.

—Gracias, padre... El camino fue muy duro y perdimos a muchos compañeros... Barsine murió... Irsia también...

Pero conocí también a mucha gente de entre los que todos están aquí, incluso mi prometida, padre. He hallado más de lo que crees en este viaje...

—¿Una prometida? Eso lo celebraremos cuando regresemos de esta batalla, hijo mío...

—¡Tú! ¡Quién me amputó la mano! ¡No podría agradecértelo más, ja, ja, ja! Me sacaste de mi cobardía enfrentándome a la muerte... Je, je... Jamás te perdonaré por esta mano, pero... ¡He de proteger mi reino matando a esos idiotas execrables, ja, ja, ja! —interrumpió el rey arlequín brincando y saltando sobre su caballo.

—Muchacho, conseguiste sobrevivir a los peligros del norte y llegar hasta aquí con el pueblo enano. Durante otros mil años se recordarán las proezas que han ocurrido y acaecerán ahora. Nosotros logramos escapar de las mantícoras mucho antes de que llegaran gracias a tu aviso.

En nombre de mi reino, te doy las gracias —dijo el rey águila fénix bajando la cabeza hacia Asken en señal de respeto, como era costumbre entre los de su especie.

El rey Jormungand iba ataviado con una gran armadura de bronce con remates de oro ceñida a su gran cuerpo, dándole un aspecto tanto fiero como solemne. Un gran casco con la forma de la cabeza de un león cubría su cabeza dejando escapar su amplia barba blanca, y una gran vara de oro, más pesada que la maza de un enano, descansaba sobre sus dos manos confirándole el porte que tenían los grandes magos que le habían sucedido durante siglos.

El rey Agenort portaba el mismo maquillaje blanco que le caracterizaba, las mismas ropas con rombos estampados con que le habían encontrado apenas hace unos meses y el gorro de cascabeles de oro que dejaba entrever algunos cabellos rojizos del joven rey. Sólo había cambiado una cosa: en lugar de la mano que el príncipe le amputó, una prótesis de metal semejante a una mano estaba ahora en lugar de ésta, y dos largas cimitarras descansaban en cada mano del sangriento rey arlequín.

El rey de los fósfores se acercó a su hijo, y con la mirada seria puesta en él le dijo:

—Asken... Muchos de nuestros magos están apostados dentro de la cueva del arquílogo, y junto a él han estado reforzando el sello mágico que impide el paso de extraños a nuestro reino durante días, pero está a punto de resquebrajarse... Esos valientes guerreros han dado sus vidas por hacer que ganásemos tiempo sabiendo que morirían. En una hora comenzará el combate... Reúnete con tus compañeros mientras formamos el ejército junto con Jálmir y sus enanos, hijo mío. Sé que si no sobrevivo a este día me sucederá el que traerá el mejor futuro posible a esta tierra.

¡Estoy orgulloso de ti, hijo mío!

—Padre... No digas eso, porque... vamos a sobrevivir... —dijo el príncipe justo antes de que él y su padre se dieran un fuerte abrazo.

Poco después Asken se retiró mientras el rey enano se acercaba con su pequeño ejército y lo ponía en formación de damero junto a sus compañeros. A poco que caminó el joven príncipe, vio el carro con el que por tantos lugares habían viajado. Estaba solo, sin caballos, abandonado en el suelo.

Asken se sorprendió al ver esto y notó cómo alguien le tocaba ligeramente el hombro diciendo:

—¿Quién soy? Ji, ji —dijo la misteriosa voz que estaba detrás del príncipe.

—Antea, sabes que reconocería tu voz en cualquier parte. ¿Qué ha pasado con nuestro carro? —preguntó el príncipe girándose hacia su amada. Ágamis y los demás estaban con ella.

—Pues ya que no necesitamos viajar más pensamos dejar de usar el carro y aprovechar uno de los caballos para la batalla.

—Entiendo... Dábel, hay una cosa que debo decirte, amigo.

—¿De qué se trata, Asken? —preguntó extrañado el joven espía.

—Ve a reunirse con tus compañeros en el ejército de Fósfor, Astreth debe estar esperándote, ¡ja, ja, ja! —dijo advirtiendo que la expresión cansada de su amigo se tornaba en una sonrisa alegre y llena de energía.

—Gracias, Asken, de verdad... De no ser por ti no habría vivido para verle de nuevo. ¡Pondré todo mi empeño en la batalla para servir a Fósfor y su familia real! —gritó Dábel antes de desaparecer con uno de los caballos del carro en dirección a un pequeño escuadrón del ejército formado por asesinos.

—Asken, sé que lucharemos en breves instantes contra Kélim y sus tropas oscuras... Por eso, quería decirte que...

Ha sido un honor enorme para mí haber sido tu amigo y compañero durante todos estos años. En esta batalla seré como otra de tus extremidades, no permitiré que mueras en este lugar —dijo el joven mago dándole la mano al príncipe, y después un fuerte abrazo como el que instantes antes le dio su padre.

—No hables como si fueses a morir aquí, ya te dije que saldríamos de esta, amigo —le dijo Asken sonriendo a su amigo de la infancia.

—Tienes razón... Ah, te dejo a solas con Antea, que tendréis muchas cosas de las que hablar ahora, je, je... —

murmuró el joven mago con sonrisa ladina.

241

—¡Ágamis, no lo digas así! Ven... Asken... —dijo la sonrojada Antea cogiéndole de las manos al príncipe mientras lo apartaba hacia donde estaba el carro.

Cuando hubieron llegado la sonrojada semidiosa asió una de las manos del príncipe a su pecho diciendo:

—¿Qué notas ahora mismo, Asken?

—Noto... Cómo tus latidos se muestran acelerados...

Cada vez más y más... —dijo Asken con la mano visiblemente temblorosa.

—Eso que notas es el amor que siento por ti... Ahora pon tu mano en mi vientre...

—¿En tu vientre...? ¿Por qué me pides...?

—¡Tu hazlo! Deprisa... —dijo Antea cada vez más roja queriendo decirle algo que no podía expresar con palabras.

Asken posó lentamente su mano derecha en el vientre de Antea, y de pronto su expresión cambió de repente. Antea volvió a preguntarle:

—Asken... ¿Qué notas? Dímelo, por favor... —Noto otro latido... ¿Cómo es posible...?

—Claro que es posible, tonto... Ahora dos latidos moran en mí... Eso significa que un nuevo ser, fruto de lo que sentimos, se está formando en mi interior... Lo llevo notando desde hace unos días... Cuando pasamos por Astratia no vomité por el olor de los cadáveres, sino por... el bebé que llevo dentro...

—No me digas que... Aquel día que te conocí en el bosque...

—Sí... Debió ser aquella vez, Asken...

—Mi hijo... Vamos a tener un hijo... Pase lo que pase os voy a proteger, vosotros perduraréis más de lo que perdurará esta batalla... Pero Antea... Prométeme una 242

cosa... Si no sobrevivo a este día... No hagas ninguna tontería... Permite a este niño nacer...

—Claro que sí... Te lo juro, amado mío... Ven aquí...

—dijo la semidiosa tirándose a los brazos de su amado príncipe para después darle un apasionado beso que duró apenas unos segundos, aunque para ellos fue eterno.

A los segundos de esto el ruido de una gran explosión se expandió por toda la pradera, una gran columna de humo subía serpenteante hacia el firmamento desde el otro lado de las paredes de

piedra; el sello había sido destruido. Aquella noche empezaría la batalla más grande que Argentor hubiera conocido.

Cuando hubo pasado esto, el rey Jormungand mandó al escuadrón de asesinos hacer lo siguiente diciendo:

—Quinto escuadrón de Fósfor, liberad ahora la breca sobre el campo. ¡Repleguémonos a la colina!
—gritó el rey de los magos con un plan en mente que nadie salvo su ejército conocía.

Sin preguntarle el porqué de sus acciones, los demás reyes hicieron lo que él decía, y los treinta mil soldados, caballería, falange, arqueros e infantería se movieron rápidamente a la colina mientras los asesinos cubrían de oscura breca el camino que daba a la salida de la cueva.

—¡Traed las bolas de paja! ¡No queda mucho tiempo!

¡Después verted sobre ellas breca y cal y esperad a mis órdenes! —gritó el rey a varios soldados que traían ya preparados los objetos que había pedido.

Al poco tiempo otros estruendos similares le sucedieron al primero a cada cual más amenazador. Cada hombre, elfo, enano y águila esperaba con ansiedad a que en 243

cualquier momento saliesen hordas y hordas de orcos y elfos oscuros por la cueva que tenían delante.

Se escuchó un último estruendo cerca de la entrada de la cueva y de ésta comenzó a salir humo, poco después empezó a asomar una gran sombra de él. A los soldados se les heló la sangre al ver lo que había salido por la entrada.

El grande y poderoso arquílogo yacía ensartado por el aguijón de una gran mantícora y su cuerpo era levantado por la devastadora fuerza de ésta. La sangre fluía, mezclada con el veneno de su aguijón, bañándola con sangriento brillo bajo la luz de las antorchas enemigas.

De pronto se escucharon más ruidos y un gran temblor sacudió la tierra.

—¡Mirad! ¡Desde las montañas!

—¡Mirad esos monstruos colosales!

—¡Es Kélim, mi rey! —gritaban los soldados viendo llenos de miedo que varias bestias gigantes de piel gelatinosa trepaban por las colosales paredes de piedra para adentrarse en el interior de los vastos terrenos del reino. Las inmensas criaturas no eran más que huecos; el inmenso rastro de gelatina que dejaban por donde pasaban era la sangre coagulada y podredumbre de los muertos de que se formaban.

No poseían ojos para ver, y una gran boca descubría dos hileras inmensas de dientes. Medían alrededor de diez metros de altura por quince de ancho y poseían la forma de grandes elefantes sin cuernos. En lo alto del lomo de uno de ellos, una gran criatura de piel oscura descansaba con el rey Kélim montado en ella. Era el imponente dragón negro. Este desplegó sus alas y comenzó a

volar, recortando su silueta el albo brillo de la luna en la noche.

—Bestias inmundas, ¡atacad a mis enemigos para que recupere a Clarise! —gritó el rey oscuro levantando su amenazante espada carmesí.

Inmediatamente, junto a los inmensos huecos una marabunta de mantícoras voló por el cielo ensombreciendo el terreno con sus voluminosos cuerpos, y hordas de elfos oscuros, huecos menores, trols y orcos corrieron con espadas en mano y a caballo hacia el ejército libre subiendo por la colina.

—¡Ahora! ¡Lanzad el fuego de batalla! ¡Elfos, lanzad flechas incendiarias a las bolas de paja! —gritó Jormungand mientras el rey arlequín les mandaba que hicieran lo que decía.

Los soldados del rey Jormungand empujaron las bolas de paja por la colina y fueron rodando hacia el ejército enemigo a gran velocidad. Los elfos, preparados con sus arcos, lanzaron certeras flechas en llamas que hicieron arder intensamente las bolas de paja que rodaban hacia el enemigo.

Al pasar por el campo lleno de brea todo el suelo quedó incendiado alrededor del ejército oscuro y los orcos corrían en todas direcciones con su piel y carnes consumiéndose en el fuego. Los caballos de los elfos oscuros, aterrados, los tiraban y salían corriendo de allí. Montones de orcos traían cubos llenos de agua para apagar el portentoso incendio, pero cada gota que lanzaban avivaba el fuego más y más por la cal viva.

—¡Ja, ja, ja! Ilusos. ¡Lucháis en tierras enemigas y jamás os las daremos! ¡Es tu turno, rey de Astratia! —gritó Jormungand riéndose mientras el rey arlequín, viendo el gran espectáculo fogoso dijo:

—Menuda fiesta nos has preparado, Jormungand.

245

¡Eres un buen anfitrión, ja, ja, ja! ¡Este es mi regalo por vuestra acogida! ¡Arqueros, disparad! —ordenó el rey élfico a los mejores arqueros de su ejército que estaban apostados al pie de la colina.

Todos tensaron su cuerda y apuntaron hacia arriba.

Soltaron la cuerda tensada y una intensa lluvia de dardos castigó la tierra con miles de heridas al tiempo que descansaban, calcinándose, los cadáveres de las víctimas a las que iban dirigidos.

—¡No sabéis lo que hacéis! ¡Ja, ja, ja! Huecos,

¡devorad a los muertos! Mauros, ¡ve a la cima de la pared rocosa! Este será un espectáculo digno de ver —ordenó el rey oscuro.

—Como tú pidas, amo —dijo el dragón negro volando hacia donde había dicho para ver la gran masacre.

Tanto las criaturas huecas gelatinosas, como los cientos de huecos que acompañaban al ejército, caminaron hacia las llamas, consumiéndose, pero de repente se hacían más grandes los seres gigantes y los pequeños pasaban de ser criaturas esqueléticas con una masa gelatinosa de sangre a aumentar su cuerpo de volumen y llegar cada soldado a medir más de dos metros de alto. La mayor de las criaturas gelatinosas saltó sobre el fuego, sacrificándose a sí misma para apagarlo con sus fluidos gelatinosos mientras dejaba de ser un hueco para convertirse en meras cenizas empujadas por el viento.

—¡Por mis barbas! ¿¡Cómo hizo eso!?! ¡Que ataque la infantería junto a la caballería! —gritó el rey Jálmir a sus soldados mientras los demás reyes, estando de acuerdo, enviaron a sus tropas a luchar.

Asken y los demás se unieron a la infantería formada por enanos, fosforianos y crecianos huidos de su país.

Mientras tanto, en el aire, las águilas junto a arqueros élficos luchaban por dominar el cielo frente a las cruentas y venenosas mantícoras junto al rey águila fénix. Los dos ejércitos terrestres avanzaban el uno hacia el otro corriendo y viendo a su enemigo cara a cara y entonces ambos chocaron.

El gran estruendo de los aceros chocando sonó por todas partes como un virus que se extiende rápidamente sin remedio.

Los tres héroes, dando un feroz grito, se abalanzaron sobre el enemigo. Asken vio a un grupo de orcos con grandes machetes y sus largas sonrisas caninas les pedían su sangre.

—¡Un humano! Te desollaremos vivo y nos comeremos tus tripas... ¡Vamos, chicos, que tengo hambre!

—gritó el que parecía el líder de los seis orcos que flanqueaban al príncipe entre las carcajadas de sus compañeros.

—Parece que tu lengua se mueve demasiado. ¡Ten cuidado o te la cortaré! —gritó el príncipe lanzando su espada al orco, clavándosela en el pecho. El príncipe se acercó a su cadáver, y apoyando un pie sobre su cuerpo hizo palanca para sacar la espada. Goteaban tibias gotas de sangre.

—¡Morirás, perro humano! —gritaron los demás abalanzándose sobre él.

Varias flechas de luz pasaron al lado de la cabeza del príncipe clavándose en las extremidades de tres de ellos, y extendiendo una sinuosa quemadura por sus cuerpos, gritaban agonizantes.

—No te luzcas, Antea, que es mi turno de atacar.

—Tienes que ser más rápido, Ágamis. ¡Ja, ja, ja! —reía la semidiosa.

—Ahora veréis. ¡ *Magna Pira!*

Al recitar estas palabras, de su báculo salió un intenso fuego que quemó no sólo a los orcos, sino a los huecos que tenían a su alrededor.

—¡Vamos, Asken, avancemos! —gritó Antea.

El príncipe apretó más y más su espada mientras corrían en dirección al rey oscuro y Ardana comenzó a brillar intensamente. Varias chispas salían de su interior y su temperatura era muy elevada. Se había convertido en Electro Ardana. Los tres héroes de pronto silbaron y al rato aparecieron sus tres monturas: Circe en primer lugar; el valeroso Leukathos desde el aire abrasando enemigos por el camino; y el último de los caballos del carro hacia Asken.

Montaron y se encaminaron rápidamente hacia su enemigo.

Pronto, el rey se dio cuenta y, apuntando con la mano en su dirección, las criaturas gigantes anduvieron lentamente hacia ellos para aplastarles.

Una de ellas, la más rápida, llegó hasta el grupo y encaminó una de sus patas hacia el príncipe para aplastarle.

—¡Corre, Asken! —gritó Ágamis empujándole, haciendo que esquivase la monstruosa pata del hueco, pero a cambio el joven mago recibió el golpe.

—¡Ágamis, no! —gritaron los dos al unísono.

De repente, la pata comenzó a brillar con luz blanca y parte de ella saltó en pedacitos de carne, huesos y sangre. El joven mago salió de entre los restos de la pata con sus ojos blancos, brillantes y su pelo plateado, ondulante ante el viento nocturno.

—Asken, Antea, id hacia Kélim. Esto que veis es el resultado de los estudios que hice durante el viaje para hacerme más fuerte. Esta es... la magia blanca que he creado, luz divina.

—Te lo dejamos a ti, Ágamis. Confío en ti, amigo... Sé que lo lograrás...

Ambos dejaron solo al mago y se encaminaron hacia Kélim una vez más. Jormungand, que vio toda la escena en el campo de batalla, decidió apoyar con sus magos a su hijo luchando contra los demás huecos gigantes.

—¡Magos, dadle cobertura a mi hijo matando a esos seres impíos! ¡Vamos todos! —gritó el rey mago espoleando su caballo junto a su caballería hacia las horrendas criaturas.

Mientras tanto, el rey arlequín junto a una pequeña infantería élfica luchaba contra los enemigos comprados por Kélim, los trols. En poco tiempo su inexperta caballería cayó entera ante las inmensas porras de los trols, haciendo que se quedase solo contra al menos veinte de ellos.

—Así que estoy solo, ¿eh...? ¡Más diversión para mí!

¡Venid, cucarachas, os cercenaré en pequeños trocitos, ja, ja, ja! —gritó poniéndose de pie sobre su caballo, y girando sobre sí mismo desmembró en dos partes a uno de ellos, pudiéndosele ver las entrañas cayendo al suelo.

La parte delantera del malherido trol, ayudándose de sus manos, cogió sus piernas, y uniéndolas a su cuerpo se regeneró rápidamente.

—Así que regeneráis partes del cuerpo... ¡Tengo una idea más divertida, ji, ji, ji! —reía el sanguinario rey empuñando sus dos cimitarras hacia el trol que se estaba recuperando.

Hizo girar al caballo hacia el hediondo ser y, saltando detrás de él, usó sus dos espadas a modo de tijeras y la cabeza del verdoso trol cayó al suelo, mojando con su sangre el campo de batalla.

Los trescientos magos de Jormungand lanzaron hechizos de fuego hacia el horrible hueco con el que luchaba Ágamis. Éste, gravemente dañado por sus ataques, comenzó a pisotear a varios de los magos que le atacaban debajo.

Jormungand se acercó hacia Ágamis y le dijo:

—Desde ahora se te conocerá como «*El mago del alma blanca*», Sir Ágamis. Nosotros nos encargaremos de cada una de estas atrocidades, os lo debemos... Tú ve a luchar junto a mi hijo. Te necesitará si quiere salir de esta... Confío en ti...

—dijo el rey antes de irse a seguir luchando sin esperar una respuesta del mago del alma blanca.

—Es todo un honor recibir tal nombre de vos, mi rey.

¡Vamos, Leu, no hay tiempo que perder! —gritó Ágamis dándole un toque al dragón para que volase hacia sus amigos.

Siendo entretenido cada uno de los huecos, el rey Kélim puso su atención debajo de él, donde estaban el príncipe y Antea a punto de ir a su encuentro.

—Maestro Kélim... Esos seres no merecen ni mirarle y sin embargo están ahí... Merecen morir por su osadía...

Permítame darles su justo castigo a esos bastardos, por favor... —le dijo Mauros al rey.

—Te lo encargo, Mauros, pero no me decepciones o será la última vez que lo hagas. ¡Ahora ve y masácrasles! —

gritó el rey saltando del gran hueco a unas rocas que estaban en la cima mientras el dragón bajaba a gran velocidad hacia ellos.

250

Mauros, mientras bajaba en picado, lanzó una bocanada de fuego verdoso. Eran llamas venenosas, y el príncipe, viendo que no podrían esquivarlo, saltó sobre Antea y la cubrió con su cuerpo cerrando los ojos. Al no sentir nada el príncipe miró atrás. A los lados yacían los restos de las llamas venenosas que pudrían el suelo, y el brillante mago montado encima del albo dragón estaban sobre ellos. Ágamis había levantado una pequeña barrera a su alrededor para evitar las llamas.

—¡Imposible! ¡Un humano ha logrado desviar mis llamas! Es la primera vez que esto pasa... — dijo el dragón mirando incrédulo las llamas esparcidas alrededor de los héroes.

—Chicos, ¿estáis bien? Jormungand y sus magos están luchando contra los huecos y por eso pude venir.

—Gracias, Ágamis... Ya no sé cuántas te debo... —le dijo Antea poniéndose en pie junto a Asken.

—Estamos bien, amigo. Por tu mirada sé que quieres vengarte de ese dragón por lo de Barsine... ¿Crees poder hacerlo, fiel amigo?

—Por supuesto que sí, Asken. Mataré a ese dragón con mis manos por el sufrimiento que nos causó. ¡Corred, Kélim os espera! —gritó el mago con tono severo.

—¡Vamos, Antea!

—¡No llegaréis hasta mi maestro, insectos! —gritó el dragón lanzando otra bocana de llamas tóxicas hacia ellos.

Ágamis volvió a desviarlas, y con mirada amenazante le dijo:

—Si quieres tocarles un solo pelo tendrás que matarme primero. ¡Ven aquí, lagartija negra!

251

El rey, viendo la escena, comenzó a reírse descontroladamente, y dando un salto a más de cincuenta metros de altura llegó al suelo sin rasguño alguno. Asken y Antea se sorprendieron al verle aparecer justo delante de ellos.

—A ti te conozco, escoria humana. Eres a quien espíó mi orco en el norte... Y por lo que sé, has venido a traerme esa reliquia que llevas contigo, ¡ja, ja, ja! ¿Queréis luchar conmigo? Ven y comprobemos quién es más fuerte.

El rey Kélim había cambiado mucho desde que había matado a Irsia. Sus cabellos carmesíes salían de su cabeza formando una larga melena; su piel, negra totalmente, irradiaba un aura oscura por todos los poros de su cuerpo.

Portaba una gruesa armadura de acero negro de la que sobresalían varias púas en la zona de los hombros y rodillas.

Una larga espada carmesí, de al menos dos metros, descansaba en el suelo por su peso derritiéndolo al contacto con ella.

—Tú eres... El asesino de mi hermano Irsia... Si tú no lo hubieras matado por pura avaricia... ¡Todo este sufrimiento jamás habría ocurrido! —gritó Asken corriendo rápidamente hacia él portando a Ardana en la mano.

El príncipe, fuera de sí, lanzaba fuertes tajos de espada hacia Kélim, que, aun con su pesada armadura, leía perfectamente sus movimientos esquivándolos con facilidad.

Un corte, dos cortes y hasta cuatro cortes le hizo el rey a Asken en brazos y piernas.

Asken apenas podía sostenerse en pie y el rey fue a darle el golpe de gracia, pero una flecha luminosa atravesó los brazos del príncipe curándolos y paró la inmensa espada a tiempo con Ardana.

—¡Asken! ¿¡Qué haces!?! ¡No te dejes llevar por la venganza o morirás! ¿Crees que Irsia habría querido que murieses en vano? —gritó la semidiosa reprimiendo un gemido de dolor al ver sangrar a su amado.

—Antea...

—Esto es muy poco habitual. ¡Una mestiza de los de mi especie sagrada! ¡Ja, ja, ja! ¡Te mandaré de vuelta al mundo del que procedes! —gritó el rey lanzándose hacia la indefensa Antea, pero el príncipe logró hacerle un pequeño corte en la pierna haciendo que cayese al suelo. Pequeñas gotas de sangre quedaron impregnadas en la espada y volvió a brillar, pero esta vez la luz fue tan intensa que todos en el campo de batalla pudieron verla.

—¿Qué es esa luz tan brillante? —preguntó Jálmir.

—Así que ya la has completado, hijo... Sabía que tú y sólo tú podías empuñarla... —dijo Jormungand.

—¡Je, je, je! Cuanto más fuerte seas, más disfrutaré al matarte en el futuro —reía el rey arlequín.

—Muchacho... Véncelo, estamos contigo... —dijo el rey águila fénix.

Cuando el príncipe, Antea y Kélim abrieron los ojos después de ser deslumbrados, Ardana había cambiado completamente. La espada se volvió mucho más larga y brillaba intensamente. Sus runas habían cambiado y con ellas el mensaje, que ahora era este:

«Mi alma está en tu sangre. Mi nombre es: Sacro Ardana».

—¡Esa espada es...! ¡Tiene la esencia de Ardana! No puedo morir aquí... Clarise... No... ¡No!
—gritó el rey visiblemente asustado.

—¡Agh! ¡Suéltame! ¡Asken! —gritó Antea mientras el rey puso el filo de su espada a escasos milímetros del cuello de la semidiosa.

—¿¡Qué haces, cobarde!? ¡Ven a por mí y lucha como un rey y no como la escoria cobarde que nos has mandado!

—¡Silencio, cállate! ¿Sabes acaso lo que es perder la única persona a quien amas? ¿Sabes acaso lo que es mirar tu cama y sentir el frío espacio que ya no podrá llenar nunca Clarise? Haré lo que sea por ella aun si tengo que mataros a todos... Pon en el suelo la reliquia oscura y... ¡Suelta esa espada o morirá!

—Maldito cobarde...

—¡Asken, no lo hagas! ¡Me matará y después a ti!

—Ahora que toco tu tripa... Aquí late otro corazón más pequeño... ¡Estás embarazada, ja, ja, ja! ¡Si no quieres que mate a tu hijo junto a ella suelta esa maldita espada, escoria!

—gritó el rey riéndose mientras con su otra mano manoseaba la tripa de Antea.

—Eres un ser despreciable... Te mataré... —dijo Asken agachándose al suelo para dejar su espada y el brazalete oscuro mientras apretaba el puño con la mano izquierda con rabia.

—¡Asken, no! —gritó Antea lanzando un fuerte gemido.

—¡Eres un iluso, ahora moriréis aquí y ahora los dos!

¡Muere, ramera! —gritó el rey con una sonrisa cruel levantando su espada hacia Antea.

—¡Jamás lo permitiré, bastardo! —gritó Asken lanzando con su mano izquierda la arena que había recogido en el suelo hacia los ojos de Kélim.

—¡Mis ojos! ¡Bastardo!

Antea aprovechó entonces para empujar al rey y éste se agachó para coger la espada antes que el príncipe y evitar su muerte, pero sólo llegó a tiempo para coger el brazalete oscuro. Asken, con espada en mano, se la clavó en el pecho atravesando la armadura, y luego hizo palanca con sus pies para sacarla. La sangre salía rápidamente de su cuerpo.

—¡Maldito! ¡Mis... sueños junto a Cla...rise... No morirán conmigo! ¡Zagmahor la devolverá a la vida! ¡Tengo las cinco, aunque yo, muera el señor oscuro renacerá y nos resucitará a ambos! —gritó el rey oscuro con las cinco reliquias en su cuerpo mientras alzaba su mano izquierda hacia el cielo y recitaba estas palabras:

— *Oh, señor de los muertos, de los que murieron, mueren y morirán. En este día yo te ofrezco mis cenizas de las que crearás tu carne y sangre y las reliquias en las que te encerraron, que serán tu alma. ¡Ven a mí, Hellfire!* —gritó mientras de su mano salía un fuego negro, oscuro y atemorizante que comenzó a consumirle poco a poco junto a las reliquias.

—¡Maldito estúpido! ¡Corramos, Antea, o nos tragará ese fuego! —gritó Asken tomándola de la mano y corriendo fuera de allí mientras Antea, mirando atrás, vio cómo el fuego comenzó a extenderse sin quemar las plantas, sólo marchitándolas.

Los dos héroes pararon a escasos veinte metros del lugar del fuego y de repente se escuchó un horripilante grito parecido al que suelen hacer los que están a punto de morir asesinados. En poco tiempo, el fuego fue decreciendo hasta que tomó la forma de un hombre. Su piel ardía dejando ver huesos y trozos de carne. Sus cuencas, vacías, dejaban ver en su profundidad a la misma parca llevándose las almas de los 255

muertos al infierno. Su temible armadura estaba formada por huesos, montones de huesos humanos, cráneos, costillas y dientes adornaban el cuerpo de aquel ser llamado dios de los muertos. Su nombre era Zagmahor. De pronto aquel ser miró a la asustada Antea y Asken y les dijo:

—Vosotros, humanos, habéis perdido toda esperanza en este mundo... He vuelto a ser llamado a este mundo, y con mi venida... los vivos caerán... He de agradeceréoslo...

Necesitaba un recipiente vivo además de las reliquias para renacer e hicisteis que ese estúpido se suicidara... ¡Ja, ja, ja!

¡Se creyó todas mis mentiras el muy iluso! ¿Quieres resucitar junto a Clarise? ¡Toma tu deseo, escoria humana! —gritó el dios abriendo una grieta en el suelo de la que salieron dos figuras.

Los dos seres que salieron de las entrañas de la tierra tenían forma humana. Eran una mujer joven, de rubios cabellos que nada tenían que envidiar al sol. Su piel era blanca cual perla y su sonrisa cálida. La otra figura era la de un hombre también joven. Su robusto y fuerte cuerpo indicaba gran nobleza, y sus cabellos, marrones como el trigo, ondeaban en el viento, y de pronto, se besaron. Poco después de besarse ambos empezaron a sangrar. Soltaron más sangre de la que poseía un

cuerpo humano, llenando el suelo del líquido carmesí mientras su pelo, su carne y su piel, todo, se desmoronaba dejando dos esqueletos en el suelo, y luego todo fue ceniza, polvo que el viento arrastró en el horror y la sangre de su amor.

—Asken... ¡Esto es horrible! Snif... Tanta sangre...

Tantos muertos... Tanto dolor... Es horrible... —dijo la semidiosa llorando en el pecho de Asken.

256

—Antea... Estoy aquí contigo y te protegeré pase lo que pase. Nosotros no acabaremos como ellos, nosotros no moriremos hoy, te lo prometo. Vete de aquí, yo iré a por él.

¡Corre!

—¡Pero Asken...! ¡Morirás si luchas solo contra el!

—¡Antea... necesito que te vayas, no quiero que perdamos a nuestro hijo, debes irte, debo protegeros a todos y por fin tengo el poder para hacerlo!

—Snif... Por favor, prométeme que no morirás, quiero volver a verte, envejecer juntos y ver a nuestro hijo crecer...

—dijo llorando mientras le abrazaba fuertemente.

—Te lo prometo, amor mío, volveré sano y salvo —

dijo el príncipe dándole un último beso a Antea en los labios, un beso en el que todas sus emociones pasaron del uno al otro: amor, miedo, ansiedad, desesperación y esperanza. En ese instante el príncipe dio un sonoro silbido y Griffith llegaba volando.

—Llévatela, que no le ocurra nada, el futuro de mi reino depende de ella... y gracias Griffith, ahora huye, ¡es muy peligroso que estés aquí!

Sé que nos volveremos a ver... Adiós... —dijo el príncipe viendo alejarse a Griffith por el cielo.

Zagmahor miró al príncipe sonriendo con parte de sus labios cadavéricos en una mueca lobuna, invitando a la muerte, y metió su mano derecha en el charco de sangre formado por los cadáveres de Clarise y Kélim.

—¿Sabes, chico? Aun habiendo sido sellado durante mil años por Ardana, no le temo a esa espada como Kélim, porque... ¡es empuñada por un maldito humano! Ven aquí, iluso, ¡y comprueba que seré yo quien te mandará al infierno!

—gritó sacando del charco una espada de sangre y huesos 257

parecida a Ardana en la que, con runas grabadas en el óseo acero decía:

Soy una llave, y quien me porte, abrirá las puertas del infierno.

—¡Vamos, bastardo! ¡Comprobemos si de verdad iré al infierno o no! —gritó el príncipe corriendo hacia el dios de la muerte.

Mientras tanto, doscientos metros al este de allí se encontraban luchando dos titanes: el dragón

oscuro Mauros y el dragón blanco Leukathos, montado por el mago del alma blanca Ágamis. Los dos seres se lanzaban fuego mutuamente volando en una danza ígnea por el iluminado cielo de la noche. El inmenso dragón oscuro de pronto dejó de atacar a Leukathos y voló muy alto. Tanto, que su sombra se hizo más y más grande gracias a los rayos de la luna.

—Atento, Leukathos, va a hacer algo. No bajes la guardia, amigo —dijo el mago blanco viendo que Mauros comenzó a bajar en picado hacia ellos acelerando cada vez más debido a la gravedad.

El dragón, girando rápidamente sobre sí mismo, lanzó una lluvia de fuego venenoso desde lo alto que esquivaron hábilmente, pero el ataque aún no había acabado.

—Bien hecho, Leukathos, lo esquivas... ¡Maldici...!

—gritó Ágamis justo antes de ser golpeados por el inmenso dragón, impactando en el suelo formándose una gran nube de polvo.

La nube se fue disipando lentamente y Ágamis se encontraba en el suelo con una de sus piernas sangrando y varias contusiones en el cuerpo, pero Leukathos no estaba junto a él. Alzó la mirada para encontrar a su compañero y de 258

pronto escuchó un fuerte rugido que le heló la sangre. Vio salir de la nube hacia el cielo al dragón negro siendo mordido en el cuello por Leukathos.

—¡Suelta, ser indigno! ¡Tu luz jamás prevalecerá, porque cuanto más intensa sea, mayor será su sombra! —

gritó el dragón castigando el lomo de Leukathos con los cruentos golpes de su gran cola.

El dragón, aun siendo golpeado, no disminuyó su fuerza al morder. Al contrario, el dolor alimentaba su fiereza y apretó más y más hasta que penetró en sus duras escamas, infligiéndole una gran herida chorreante de sangre.

—¡AAAARRGH! ¡Maldito, debes morir! —gritaba Mauros mientras su sangre regaba el campo de batalla y descendía hacia el suelo violentamente.

Leukathos entonces metió la boca en la herida que infligió, y sus candentes pulmones exhalaban más fuego del que tuvieron nunca, quemando desde dentro al ser impuro mientras caía en llamas contra el suelo. Leukathos yacía a su lado inconsciente por el dolor.

—¡Leu, no! ¡Malditas piernas, corred, corred! —gritó Ágamis cojeando con su pierna izquierda mientras trataba de llegar desesperadamente hasta donde se encontraba su amigo.

Del cadáver en llamas de Mauros comenzaron a salir más llamas que antes y dos grandes alas sin membranas ni piel, sólo hueso, salieron del fuego, su huesuda cola entonces golpeó al albo dragón lanzándolo rodando metros detrás de Ágamis.

Un infernal rugido disipó el fuego que cubría a Mauros y Ágamis pudo contemplarlo aterrado. El fuego lo había consumido hasta tal punto que sólo podía ver su gran 259

esqueleto alzarse entre las llamas con dos intensas luces carmesíes saliendo de sus cuencas vacías.

—No puede ser. ¡Acabas de morir! ¿Eres acaso... un hueco? ¡Responde, ser impuro! —gritó Ágamis con decisión mirando a los ojos de la bestia.

—Yo, Mauros... Soy la reencarnación del odio de las almas de todo dragón asesinado en este mundo... Yo soy su venganza y su dolor, su desesperación y su odio. Zagmahor me ha dado otra oportunidad de volver y destruirlos a todos...

Vas a morir aquí y ahora, humano... —dijo poniéndose a cuatro patas mientras corría hacia Ágamis.

—¡De aquí no pasarás, ser impío! ¡No moriré por tus garras, porque ese no es mi destino! —gritó el mago blanco mientras, instantes antes de ser devorado por el dragón, invocó una inmensa columna de luz a su alrededor que repelió a Mauros, lanzándolo metros atrás aturdido.

—¿Por qué no puedo matar a un simple humano...?

¿Por qué? ¿Por qué mis ataques no te alcanzan? ¡Contesta, humano!

—Desde un mismo principio, el odio, la desesperación y el resentimiento se van con la muerte y no queda nada...

¡Por eso jamás debiste ser invocado y por eso no podrás matarme! ¡Ahora muere! Espadas de luz divina, ¡*Seginjhae!*

Después de decir el nombre del hechizo, siete espadas lucientes salieron del cuerpo de Ágamis, y situándose en un círculo perfecto, una a una salían de él clavándose en el dragón las siete. En el suelo yacían, inertes sus huesos llenos de odio. Ágamis, el mago del alma blanca, había vencido.

—Lo logré, Asken... ¿Me ves? Lo he logrado. Aquella que veo a lo lejos... No es posible... ¿Antea...? —dijo Ágamis tendido en el suelo con la vista nublada por el

cansancio mientras se acercaba a él volando Griffith junto a la semidiosa.

—Gracias Griffith ya puedes irte, te debo mucho.

—Pero señora Antea, ¿no sería mejor que os lleve al castillo? —dijo el águila dudando al recordar lo que le dijo al príncipe.

—Si no les curo morirán, Griffith, estaré más segura con ellos que en el castillo, ve a luchar con los demás, Asken lo entenderá.

—Como mandéis, mucha suerte Antea —dijo el Águila mientras desaparecía volando en dirección a la batalla.

—¡Ágamis, Leukathos! ¿Qué os ha pasado? Estáis en unas condiciones horribles... Y eso que veo es... ¡El dragón!

¡Lo has matado!

—¿Qué esperabas del... mejor mago de Fósfor...? Je, je... Pero más importante... ¿Por qué Asken no está contigo?

¿Qué le ha pasado...? —dijo Ágamis con voz temblorosa temiéndose lo peor.

—Asken me dijo que me fuera... Que esta era su lucha y que debía huir con nuestro hijo... Sí, estoy embarazada...

Pero hemos de volver allí... ¡Puede morir!

—Tienes razón... Cura a Leukathos para que al menos se pueda mover y llévanos hasta él... Te lo ruego...

—Por supuesto, espera aquí un momento, Ágamis. Es mi turno para hacer lo que mejor se hacer.

Antea tensó la cuerda de su arco y apuntando directamente a Leukathos le lanzó una flecha en cada pata sanando parte de las heridas infligidas en su carne. El dragón entonces pudo ponerse en pie y, tambaleándose, caminó hacia ellos.

—Ya está. Sostente en mi hombro. Vamos hacia Asken

—le dijo a su compañero apoyándolo sobre su hombro mientras, junto con el herido dragón, caminaban en dirección a su amado.

Sus aceros chocaban, las chispas salían y la sangre del príncipe ardía con cada envite de su espada. Asken saltó hacia atrás esquivando hábilmente un tajo de la temible espada del dios, y al caer al suelo esprintó hacia Zagmahor, que evitó la muerte interponiendo una vez más su espada con la del príncipe, y le dijo:

—Luchas bien para ser un humano, pero... ¡Con eso no me ganarás! —gritó mientras el aura oscura que le recubría se hacía más grande y la espada de Asken fue cediendo ante la creciente fuerza del empuje del dios, que le agarró con su huesuda mano y le lanzó fuertemente contra una gran roca.

Asken no pudo evitar expulsar una gran cantidad de sangre por la boca al impactar contra la roca cayendo al suelo inconsciente.

—¿Eso es todo lo que puedes darme? ¡Débil humano!

—exclamó mientras que, con pasos lentos, se acercaba a Asken.

El interior del príncipe se volvió oscuro. Él mismo se veía, rodeado una vez más de sombras, vagando en la nada desesperado, hasta que volvió a verlo de nuevo: el gran dragón que vio en Lívlinzor volaba hacia él, serpenteando entre la oscuridad con luz propia con todos los reyes montados en su espalda. Incluso Kélim estaba montado en Ardana. Ardana se posó en el suelo delante de Asken y le dijo:

—No desfallezcas, príncipe, pues has encontrado una razón por la que vivir y luchar diferente de la venganza.

Ahora tienes algo que proteger...

—Pero... ¿Y si no puedo? Tiene la fuerza de cien hombres, y no dudará un segundo en clavarme su espada...

—Joven Asken, no caigas en la desesperación. Que tu corazón jamás dude, pues me tienes a mí y todos mis poderes en tu mano siempre. Confía en mí, tu espada. Confía en el largo viaje que hicimos juntos y a cuantos salvaste la vida empuñándome. Mis cinco dones te serán entregados.

Tómalos y sálvanos a todos.

Los cuatro reyes restantes volaron por una fuerza misteriosa hacia el príncipe. Uno a uno se metieron en su interior mientras que, antes de volver en sí, unas últimas palabras resonaron en su cabeza:

— *No caigas en la desesperación. Que tu corazón jamás dude.*

Zagmahor ya estaba delante del cuerpo inconsciente de Asken, y alzando su espada hacia él se dispuso a matarlo.

—¡Muere, humano! —dijo mientras daba un mandoble hacia el príncipe, que lejos de matarlo fue repelido por la espada.

Asken se levantó sin decir palabra alguna, como si ni uno de sus huesos se hubiera roto, y Sacro Ardana comenzó a brillar intensamente confiriéndole al príncipe una intensa aura de luz blanca. Entonces volvieron a chocar los aceros, pero ya no era sobrepasado por la titánica fuerza de Zagmahor; ahora estaban igualados.

—Parece que sí había un poco de fuerza en tu interior, humano. ¡Muéstramela! —exclamó el dios mientras su espada despedía por su acero un fuego fatuo azul.

El dios alzó su espada fatua y las almas de cientos de huecos se concentraron en su hoja, confiriéndole un enorme poder destructivo. Asken, viendo la enorme espada despedir ardiente fuego de su hoja, no se achantó, y, señalando a Zagmahor con su espada, recordó aquellas palabras:

« No caigas en la desesperación, que tu corazón jamás dude».

También en su mente ardió la imagen de Antea, Ágamis, Barsine, Irsia y todos sus seres queridos y pensó:

— Debo protegerlos como sea. Todos están conmigo, y por eso... ¡Debo derrotarle con mi propia fuerza!

De pronto el brillo de Ardana creció más y más, deslumbrando a quienes lo miraran, pero Asken lo veía todo claramente. Vio la figura de su enemigo acercándose rápidamente hacia él con la espada en mano dispuesto a matarle e hizo lo mismo corriendo hacia él, mirándole únicamente a los ojos. Asken, mientras corría, bajó su espada que, tocando el suelo, levantaba una nube de polvo a su paso y ambos chocaron envueltos en la cortina de humo. Cuando se hubo disipado el polvo, a un lado yacía Zagmahor con Ardana clavada en el corazón, disolviéndose en miles de partículas diciendo en su agonía:

—¡Otra vez no! Has... destruido mi cuerpo, has...

doblegado mi alma en lo terrenal. Pero en un futuro lejano volveré. ¡Lo juro! ¡Parece que compartes mí mismo destino, escoria! ¡Ja, ja, ja! —gritó el dios oscuro desvaneciéndose en el aire dirigiéndole una última mirada al príncipe.

Asken también yacía en el suelo. La espada de Zagmahor había atravesado su pulmón derecho y no paraba de expulsar sangre al toser y convulsionarse. De pronto, una 264

flecha de luz le alcanzó la herida, aliviándole momentáneamente su agonía, y Ágamis, Antea y Leukathos corrieron desde lo lejos hasta donde se encontraba el príncipe.

—¡Asken! ¿¡Qué te ha hecho...!? Dijiste... Snif... *Que estaríamos juntos... Que vivirías... Que cuidaríamos a nuestro hijo... Snif...* —dijo Antea mientras sus tibias lágrimas rozaban las mejillas ensangrentadas del príncipe.

—Antea... Siento no haber podido cumplir con mi promesa... Aunque al menos... Pude protegerte... Sé que voy a morir pronto... Te esperaré allá arriba por siempre...

Sé que darás a luz un hijo hermoso... Dale cuando nazca este nombre, por favor...

—Snif... Snif... ¡nooooo! ¡Asken! —gemía Antea entre lloros mientras la voz de Asken se apagaba poco a poco.

—Nuestro hijo se llamara... Za...rren...

—Asken... No digas esas cosas ahora... No hables...

Repón energía... Snif... Vas a recuperarte... Snif... —

lloraba Ágamis viendo que los ojos de su mejor amigo se cerraban lentamente mientras de sus labios brotaba una feliz sonrisa.

—Irsia... Barsine... Por fin me reuniré con voso...

—¡Asken! —gritaron los dos al unísono al ver que su voz se apagaba del todo y Ardana caía de sus manos al charco formado por su propia sangre.

Al mojarse la espada en la sangre del príncipe brilló intensamente una vez más y, volando sola hasta el cielo, de ella salió una onda de luz que cubrió todo el reino. Los inmensos huecos gelatinosos comenzaron a desmoronarse dejando inertes pilas de cadáveres. El ejército coaligado de los reinos libres repelió a orcos, elfos y mantícoras que, viendo que su líder había muerto, ya no encontraban una

razón para luchar y huyeron despavoridos por la cueva del arquólogo. Las nubes que se movían tranquilamente por el cielo se arremolinaron hasta que formaron la figura de cuatro seres de proporciones magnificadas. Tres de ellos confinaban al cuarto con unas cadenas y el reflejo de la luna los iluminó pudiendo verse quiénes eran. Las tres figuras que vieron eran la diosa Armette, el dios Apsur y la diosa Cethrea, quienes aprisionaban a Zagmahor para luego disiparse las nubes y volverse todo en calma bajo las estrellas de la noche.

Ya han pasado dos años de la que fue conocida como la Segunda Guerra Ardánica. Durante estos años se llevaron a cabo las labores de reconstrucción de Astratia, Lívlinzor y Arcram, quienes recibieron los mayores daños de la guerra.

Antea dio a luz un hermoso niño de pelo plateado al que llamó Zarren, pero semanas después de nacer él, ella se suicidó con un puñal diciendo ante la tumba del príncipe antes de morir:

—Zarren ya ha nacido, Asken... Permíteme vivir una vez más junto a ti... Te quiero...

Ahora el abuelo de Zarren, el rey Jormungand, es quien se encarga de cuidarlo. El pueblo de Crecia, al quedarse sin un rey y viendo todo lo que Fósfor les había ayudado dejando atrás el resentimiento pasado, decidió unirse a ellos formando un único reino humano más grande, unido y fuerte. Y yo, después de estos dos años, me he convertido en el mago real de Fósfor y cronólogo oficial de los cuatro reinos. Escribo este libro para que las generaciones futuras miren atrás y vean cuánto lucharon sus antepasados por proteger el presente que ahora viven. Estas son las crónicas de Ardana: la sangre de los reyes.

Firmado: Ágamis, el mago del alma blanca.

Capítulo 18

Epílogo

erré el libro que con tanto entusiasmo y pasión había leído. Al meterme en la historia también ese mundo Cse hizo mío. Aquel libro lo había escrito el mayor mago de cuantos había oído hablar, Sir Ágamis. Metí el libro en una de las estanterías subiéndome en unas escaleras y salí de la gran biblioteca de Fósfor, pues había atardecido y era hora de volver a entrenar con mi maestro. Al pasar por la plazoleta me fijé en las docenas de estatuas que había contemplado toda mi vida sin saber a quién pertenecían.

Había esculturas del valeroso Asken, de la princesa Antea, del mago real Ágamis, y en la entrada del pueblo vi la estatua más pequeña de todas. En ella había una pequeña placa en la que ponía:

«Este monumento es en honor al rey Zarren, quien recibió la sangre de los humanos y de los dioses. Tu reinado llevó a nuestro pueblo a ser lo que es hoy en día.»

Emocionado por saber cómo le fue al hijo del príncipe Asken, corrí fuera de las puertas de la ciudad y a lo lejos vi a mi maestro. Los rayos del sol lucían fuertes y tuve que cubrir mis ojos con la mano mientras corría hacia él para contarle todas las aventuras que había vivido al leer el libro.

FIN

267

Índice

Capítulo 1. El principio del pasado	9
Capítulo 2. Investigando el pasado	15
Capítulo 3. Robando el secreto del mal	17
Capítulo 4. El principio del fin	29
Capítulo 5. Recuerdos de una promesa incumplida	45
Capítulo 6. Pequeña brillante esperanza	53
Capítulo 7. La búsqueda de la espada legendaria	67
Capítulo 8. Forja y Sangre	81
Capítulo 9. Malentendidos, disputas y sangre	107
Capítulo 10. La resurrección del oscuro pasado	117
Capítulo 11. El agua mágica y el vencedor de la tormenta ...123	
Capítulo 12. El reino isleño de las águilas	141
Capítulo 13. La venganza de Puerto Merrow	163
Capítulo 14. El encuentro entre la tragedia y el amor	175
Capítulo 15. Arcram, la cárcel del mundo	199
Capítulo 16. Huida hacia la patria. Malos presagios (...) ..	225
Capítulo 17. La guerra de los reinos libres.	233
Capítulo 18. Epílogo	263

